Sebastián Basualdo

Cuando te vi caer

novela

BAJO LA LUNA

Una tarde, Lautaro Nogán, el joven protagonista de esta novela, descubre que su madre le es infiel al hombre que él más admira: Francisco, excombatiente de la guerra de Malvinas y héroe que ha suplido la ausencia de su padre biológico. La imagen de esa mujer subiéndose al auto de otro hombre es el primer eslabón de una cadena de acontecimientos que el muchacho enhebra para entender el repentino derrumbe de la ficción de familia que otros habían edificado a su alrededor.

Cuando te vi caer es una novela cimentada en los fracasos: el fantasma de una guerra perdida, el entresueño de una década olvidable —los '90 en Buenos Aires—, el deterioro de las convenciones familiares y sociales de clase, la vulnerabilidad de un universo masculino en decadencia. Con ese telón de fondo, Sebastián Basualdo construye su primera novela, una historia de barrio, cruda, violenta y entrañable.

Foto: Valentina Rebasa

Sebastián Basualdo nació en Buenos Aires. Es profesor de Castellano, Literatura y Latín. Ha publicado el libro de cuentos breves *La mujer que me llora por dentro* (2001). *Cuando te vi caer* es su primera novela.

Sebastián Basualdo

CUANDO TE VI CAER

BAJOLALUNA

Basualdo, Sebastián
Cuando te vi caer - 1a ed. - Buenos Aires: Bajo La Luna, 2008.
176 p.; 21,5x13,5 cm.

ISBN 978-987-9108-57-4

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

© Sebastián Basualdo, 2008

© bajo la luna, 2008
Pje. Anfbal Troilo 988 2° C
C1197ABB Buenos Aires
República Argentina
www.bajolaluna.com

ISBN 978-987-9108-57-4

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723
Impreso en Argentina

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito de la editorial.
Todos los derechos reservados.

a Mercedes
a Ana Inés
a Florencia
a Marcos

Contemplando desde afuera el transcurso de mi vida, me doy cuenta de que no tiene un aspecto muy feliz. Sin embargo, me asiste menos razón todavía para considerarla desdichada, a pesar de todos los errores cometidos. Pensándolo bien, es realmente cosa necia indagar así la felicidad o la adversidad, pues me parece más difícil renunciar a los días más penosos de mi vida que a todos los alegres unidos. Si la vida humana estriba en aceptar conscientemente lo ineludible, saborear a fondo lo bueno y lo malo, y conquistarse además de la suerte exterior un destino íntimo, más esencial y no del todo fortuito, se puede decir que mi vida no ha sido ni mezquina ni mala. Si el hado pasó por encima de mí como de todos, inevitable y decretado por los dioses, mi destino interior ha sido, sin embargo, obra mía, cuya dulzura o acritud me corresponde a mí mismo y cuya responsabilidad estoy decidido a asumir yo solo.

H. HESSE

I

Tenía quince años cuando descubrí que engañaba al hombre que yo más admiraba en el mundo, y no sólo por tratarse del padre que me había elegido, o acaso fuera justamente por eso, porque me había inculcado un respeto feroz hacia ese hombre que, sin ser mi padre, afrontó como un héroe la obligación de criar a un niño poco después de regresar de la guerra de las Malvinas.

Aquel sábado a la mañana, cuando la reconocí, ella estaba parada en la esquina de la plaza, frente al hospital Zubizarreta. No sólo tenía una mezcla de cansancio e inquietud en su manera de esperar, había algo más: todo su cuerpo parecía denunciar la tardanza de una persona. Sólo le prestaba atención a los automóviles. Y ahora yo estoy ahí, mirándola como un guardabosque sorprendido, incapáz de evitar la propagación del fuego, o hasta algo peor, ya que estoy seguro de que hubiera bastado con levantar una mano para que me viera, y, sin embargo, me oculté en un kiosco, mejor dicho: detrás de una máquina rellena de ositos de peluche.

No creo que pueda acercarme otra vez a ninguna de esas máquinas tragamonedas sin que su imagen regrese a mí tal cual como la vi vestida aquella mañana de sábado. Recuerdo que llevaba una pollera oscura, apenas por encima de las rodillas, y las botas de cuero, que Francisco le había regalado para Navidad; tenía también una blusa de color rosa que nunca le

había visto antes y una cartera pequeña y liviana como una insinuación asomándose desde su cintura. Vulgar; esa es la palabra que me impide decir que todo en ella me resultó a su vez familiar y ajeno. No sólo me molestó verla vestida de esa manera, era el lugar pero también la hora, y el hecho de que yo la había visto, no hacía mucho, amanecida de bata y molesta, enjuagando una taza con leche que tuve que rechazar porque llegaba tarde a un partido de fútbol. No es fácil de explicar. Acompañada de Francisco no me hubiera molestado que se vistiera de ese modo, pero al estar sola todo en ella cobraba un nuevo sentido. Había una provocación innecesaria en sus gestos, en la impunidad de sus gestos que tal vez...

Hace años que tengo un sueño recurrente: quiero hablar de ella, siento la necesidad imperiosa de contarle a alguien lo que vi aquella mañana pero apenas comienzo a hablar me encuentro en un vagón en penumbras. Miro a mi alrededor: hay un solo asiento. Yo no estoy sentado, por el contrario, camino cada vez más de prisa, nervioso, y, por cada vagón que recorro, me alcanzan un montón de sensaciones: soy aquello que ella no quería mirar, la impaciencia en sus ojos, soy un pensamiento que reverbera filoso, la hoja de plátano que corrió a un lado con la punta de su bota izquierda, el cuero inexpresivo de su bota ignorando la mirada de un automovilista que sonreirá lo inconfesable, soy la hora suicida arrojándose desde su muñeca, el sonido estridente de un disparo de revólver sobre mi vergüenza, soy la canilla que quedó goteando en casa, soy la obligada taza con leche y el partido de fútbol que no jugué, lo último que pensé antes de cruzar la calle, soy todo eso y acaso más en el momento exacto en que ella sonríe y levanta una mano y acomoda la cartera delante de su vientre para acercarse a un automóvil que estacionó en doble fila.

Ya no es un sueño; la puerta del acompañante se abrirá en cualquier momento, pero antes, levemente, ella se asomará a

la ventanilla, golpeará el vidrio y saludará: su mano ensombrecerá la fresca expresión de su cara. Ahora es cuando definitivamente se abre la puerta, entonces ocurre algo: vacila, sí, y entre los segundos que tarda una puerta en abrirse o una sonrisa en apagarse, ella miró hacia una esquina y luego hacia la otra, nunca hacia donde yo estaba escondido; y fue tan torpe, tan asqueante su manera de mirar hacia un lado y al otro, que yo también quise con todos mis quince años que de una buena vez se metiera dentro del automóvil y se fueran. Cuando el automóvil arrancó, luego de que ella lo besara en la boca, sentí tanta vergüenza que me puse a llorar: el estómago se me hizo un nudo al ver que la ventanilla del conductor comenzaba a bajar maquinalmente mientras se detenían... Fue el silbato lo que me desconcertó. No podía creer lo que estaba por suceder: la presencia del policía me aterrorizó salvajemente. Temblé. Recuerdo que temblaba agazapado en mi sufrimiento mientras los dos bajaban del automóvil. Un taxista curioso aminoró su marcha, luego esquivó confiado y se perdió abandonando una estela de personas desesperadas por saber lo que estaba sucediendo. Un espectáculo lamentable, terriblemente patético. Y ya veo que algunos chicos con sus bicicletas señalan al policía y también a ella. Siento un escalofrío. O acaso es lo que experimento ahora al recordar un puñado de curiosos; porque lo que realmente sentí en aquel momento fue vergüenza, una vergüenza profunda, parecida al sufrimiento. Muy distinta a la que pueden sentir los adultos. Ella había mirado hacia las esquinas porque le hubiera causado vergüenza que la vieran, no lo que hacía. Y ahora gritaba y hurgaba dentro de su cartera. No podía abrirla; se encontraba tan nerviosa y tan sola frente al policía que yo no pude hacer otra cosa que pensar algo terriblemente absurdo: respirando hondo, me dije que el policía se daría cuenta de que era uruguaya. La van a llevar detenida por uruguaya, pensé, recordando las palabras del tío Migliano. Por-

que sabía lo que le hacían a los extranjeros, especialmente a los peruanos y a los bolivianos, una vez que les pedían los documentos. Mi tío Migliano lo había contado en casa, durante la sobremesa de un domingo. Apenas mi tío y yo nos quedamos solos le pregunté horrorizado si a los chilenos les hacían lo mismo, y no me contestó. Le pregunté por los paraguayos y tampoco me contestó nada. Entonces le pregunté si había olvidado que mamá era uruguaya. Recuerdo lo que dijo y su carcajada grosera, su carcajada manchada de olor a vino:

–Los uruguayos no existen —dijo. Y luego agregó—: Ser uruguayo es un estado de ánimo.

Relacioné la presencia del policía con los documentos de mi madre. Al respirar hondo, de alguna manera manifesté el alivio de haber encontrado una causa, un motivo, una verdad. La necesitaba por absurda que fuera. Hablar de ingenuidad o desesperación no tiene mucho sentido, no importa ya. Sé que fue aquel sábado a la mañana cuando perdí definitivamente la ingenuidad. Nadie podrá imaginar nunca de qué manera las palabras estallaron sobre mis quince años. Escucho las risas de aquellos dos hombres y de repente lo comprendo todo, absolutamente todo: el policía había confundido a mi madre con otra clase de mujer. Entonces lo dije yo también; con la mirada del mundo grité furioso lo mismo que uno de los hombres le había dicho al otro tan despreocupadamente segundos antes de entrar en el kiosco. Y salí corriendo.

2

Escribir sobre lo que vemos o escuchamos, lejos de desnudar una verdad, puede crear una realidad paralela hecha solamente de palabras. Hoy lo sé; pero ya es tarde. Recuerdo que aquella Navidad cenamos al aire libre. Era una noche calurosa. Nadie hablaba. A veces se oía el sonido de los cubiertos al rozarse y de los cubitos de hielo precipitándose dentro de los vaso como quien arroja dados ya sin suerte; alguna que otra risa, también, proveniente de la calle, rápidamente cegada por el estruendo de un petardo junto a un grito, o la alarma de un automóvil. A veces ni siquiera eso lograba meterse por las grietas del silencio.

Cuando el reloj de la cocina dio las doce de la noche, Francisco buscó mi complicidad bajo un cielo electrizante de luces multicolores, brindis y gritos. Tenía el revólver en la mano cuando me dijo tan fríamente:

—Vamos a hacer un poco de ruido.

No recuerdo quién arriesgó un comentario sobre lo trágicas que resultaban las balas perdidas —mi abuela Paula, mi madre quizá—, pero Francisco no contestó nada; se limitó a estirar la mano como si fuera a salvarme de un inminente naufragio y enseguida los miró a todos con una mezcla de desafío y malhumor. Parecía querer decir: «Estoy en mi casa, y al que no le guste, ahí tiene la puerta».

Se irían, sí, unas horas más tarde, por algo que hice y no debí hacer nunca.

Pero antes, Francisco y yo caminaremos lentamente hasta llegar a una claraboya de vidrio que había en el centro de lo que nosotros llamábamos la terraza. En rigor no lo era; todo parecía indicar que el proyecto original del propietario de la casa, el señor Botbol, fue construir un edificio de no más de tres o cuatro pisos. Malogrado el proyecto, lo que debió ser el garaje se convirtió en un depósito para su mercadería (fabricaba tapitas de plástico de todos los tamaños y colores) y así fue como en el techo de ese galpón, al fondo, se terminó edificando una casa cuya particularidad estribaba en poseer un patio delantero enorme y cómodo si no fuera porque en el centro había una claraboya de techo de vidrio a dos aguas, extremadamente peligrosa hasta el día que Francisco soldó unos fierros de protección.

Muchas veces debía esperar toda una semana para que los obreros me devolvieran la pelota que yo deliberadamente arrojaba con el solo fin de observar el interior de ese galpón lúgubre donde reinaba la oscuridad con sus cientos de bolsas apiladas. El galpón me fascinaba, como toda cosa prohibida. Los obreros eran bastante indulgentes conmigo; me permitían acceder hasta donde agonizaba la luz, ni un paso más, es decir dos o tres metros después de la persiana metálica que daba a la calle.

El señor Botbol, que los sábados por la mañana solía tomar un café con mi madre mientras se descargaban los camiones, complaciente con mi pedido, se asomaba por la claraboya y gritaba:

—¡Ernesto!

Y desde las entrañas húmedas del galpón retumbaba:

—¡Al hijo del inquilino se le cayó la pelota!

Y entonces, Ernesto, el capataz, me abría la puerta del galpón, sonriendo. Pero eso fue al principio, cuando no hacía mucho que vivíamos en Villa del Parque. Si lo menciono es porque recién ahora comprendo cuán íntimamente

enlazados estuvimos por medio de la violencia, lo que hicimos sin saber que lo estábamos haciendo juntos, lo que fue para mí ese galpón y lo que significaba para Francisco.

Muchos meses después de aquella última Navidad, la mañana misma en que descubrí que mi madre lo engañaba, tenía yo que recordar nada más que lo brutal de ese momento: un hombre desencajado disparándole a un espectro que fuera a su vez su propia sombra, el negro metal del revólver reverberando sobre las gotas de sudor que le arrancaban todo vestigio de inocencia a su sonrisa. Para sorpresa de todos, Francisco no disparó hacia el cielo sino al galpón: dos disparos breves, secos, al corazón mismo de la oscuridad. Luego, mientras el silencio sangraba, puso el revólver entre mis manos, corrigió la postura y me dijo al oído:

—Pensá en alguien que odies.

Disparé y regresamos a la mesa junto al abuelo y el tío Migliano, que aplaudía diciendo:

—¡Bravo, bravo!

Seguramente con el propósito de aflojar la tensión del ambiente.

—Valiente el pibe, valiente.

Y comentando la grata sorpresa que se llevaría el señor Botbol al encontrar las bolsas desechas, nos sirvió sidra a los dos. Como nadie dijo nada, levantó su copa y agregó que las mujeres se habían ofendido.

—Mucho —dijo Francisco.

El tío Migliano dijo que sí, efectivamente, era mucho; y estirando el cuello, bebió de un trago la mitad de lo que me había servido. Brindamos.

Fue en ese momento cuando mi madre dijo:

—Lautaro, vení a abrir tus regalos.

No recuerdo lo que me regalaron ese año. Paula, mi abuela, no hacía obsequios fuera de los cumpleaños. La Navidad para ella era una obligación irrisoria; creía menos en Dios

que en la familias congregadas para celebrar el nacimiento de su hijo y no tenía ningún prurito en manifestarlo cada vez que se le brindaba la oportunidad. Eso sí: se encargaba una buena cantidad de whiskys paganos y por dos o tres horas podías verla bailar tan enérgica como una bacante en una celebración dionisíaca. Cuando se cansaba, saludaba a quienes pudieran verla y se acostaba a dormir. Al otro día era la primera en levantarse: se preparaba el mate amargo, se sentaba en una reposera junto a los jazmines del cabo y fumaba, fresca y silenciosa, sus prohibidos cigarrillos.

En cuanto a mi abuela Luisa, tengo que decir que sus regalos siempre resultaban anacrónicos. Puedo asegurar que jamás supo mi edad ni creo que le importara en lo más mínimo. Necesito aclarar algo: nunca valoré un regalo por lo que costara, pero un niño intuye si se pensó en él o, si por el contrario, se priorizó la urgencia de llevar algo, el no llegar a la casa con las manos vacías; un niño intuye con una lucidez aplastante si el dinero siempre escaso, huraño, difícil, se evaporó en las manos de un vendedor cuyo color de ojos no se recuerda nunca debido al apuro. Nadie debería regalarle nada a un niño que no esté envuelto en un grueso papel de colores maravillosos. Recuerdo muy pocos regalos; pero aún dura en mí la aspereza de todos aquellos papeles y lo mucho que siempre me costó romperlos en pedazos, lo que quise y a todo lo que renuncié en el momento exacto de levantar un paquete. Lo demás es accesorio. Poco importa la cantidad de dinero que se gaste, lo importante, lo que verdaderamente importa, es demostrarle a la persona que se ha pensado en ella, y eso exige tiempo, no dinero, un tiempo que a veces no estamos dispuestos a sacrificar porque olvidamos que momentos como esos son los que colman cualquier infancia.

Luisa debía creerse obligada a traerme algo, todas cosas inútiles por otra parte, difíciles incluso de justificar ante la mirada despectiva de un jovencito que ya tenía novia. Lo

que ella debió ignorar siempre era que a mí me importaba muy poco su regalo; si me fascinaba verla en casa, aunque sólo fuera para Navidad, era porque a tres o cuatro metros de distancia se encontraba mi Caballero Rojo. Se llamaba Juan Francisco Martoy. Era robusto, de enigmáticos ojos verdes y nariz golpeada y gruesa como la de un púgil que renunció a parecerse a sí mismo y con los años se acostumbró a que la prominente calvicie le diera un vago e injustificado aspecto monacal. Tenía manos pesadas y anchas. Prefería sonreír a las palabras breves y luminosas. En las contadas ocasiones en las que nos dejaron solos, lo que menos hacíamos era hablar con palabras. Utilizábamos el lenguaje de los cuerpos:

—¿Un poco de boxeo, pibe? —me preguntaba con una sonrisa socarrona.

Diez minutos eran suficientes para que los dos saliéramos igualmente reconfortados. Al rato, absoluta y naturalmente, yo dejaba de existir para él. Admiré a mi abuelo profundamente y lo quise en el más absoluto de los silencios. Lo respetaba de una manera exagerada en relación a estos tiempos que corren, donde la exageración y el respeto no dejan de ser otro grave síntoma de frivolidad. De su vida conocí muy poco, casi nada, pero lo que supe, lo que todavía sé hasta hoy y no ha cambiado, es que mi abuelo fue El Caballero Rojo: un hábil luchador de Titanes en el Ring.

Falleció unos días después de Navidad. No me permitieron ir al velorio; dijeron que me causaría un dolor innecesario. Lloré y rogué pero no sirvió de nada. Quizá tuvieran razón. Lo que ellos no sabían ni podían imaginar era que yo no deseaba otra cosa que pedir perdón por lo que había hecho. Tenía la sensación de que se había cometido un asesinato, y había un solo culpable.

Recuerdo lo que mi abuela Luisa le dijo a mi madre cuando llegaron del cementerio.

—Juan estaba terriblemente angustiado. Yo no le dije a mi hijo que su padre lloró. Él no quiso defender a Julián, todo lo contrario, pero era Navidad, Cora, una fiesta de familia... No entiendo, te juro que no entiendo lo que le pasó por la mente a Francisco. Yo le dije a Juan que tenía que hablar con su hijo, que no podía ser que siguieran disgustados. Discutimos muy fuerte. Al rato me fui a la cocina y preparé el almuerzo. No quiso comer nada. Volvimos a discutir. Juan se fue a acostar y yo me fui a la casa de Pochi a jugar a las cartas. Cuando regresé y lo vi ahí...

Muerto. Esa es la palabra que nadie se atrevió a pronunciar nunca. La imposibilidad de Luisa las ligó a un silencio difícil y oscuro, luego sobrevino un llanto profundo y yo no fui capaz de quedarme detrás de la puerta del dormitorio.

Nunca lloramos lo suficiente a las personas que nos han dado todo. Esa es la última deuda que los muertos saldan por nosotros. Pasaron varios días hasta que comprendí lo que Luisa le había querido confesar a Francisco por medio de mi madre: aquel hombre grandote, de manos sólidas y sonrisa afable, murió sin entender por qué razón su hijo, por el que tenía una predilección especial, un orgullo firme, fresco y perdurable como el mármol debido a su participación en la guerra de las Malvinas, en el que exaltaba el valor por asumir un destino, su hijo, la luz de sus ojos como dijo Luisa aquella tarde desconsolada de silencios y explicaciones vanas, su propia sangre, lo había echado de su casa la noche de Navidad...

¿Cómo llegué a esto? ¿Qué deuda creo estar saldando?

Sucedió mientras saludaban a los vecinos. Para entonces la música ya se había enredado entre las piernas de las mujeres, y el ambiente renovado y festivo era una demostración de lo que son capaces de hacer cuando lo creen necesario. Nadie era ya el que había sido durante la cena. Supongo que los regalos fueron una fuerte influencia, por no decir un

interés común: las botas para mi madre («Son de cuero bueno, Cora», recuerdo que le dijo Francisco apenas la vio sonreír), soleros de colores claros y ambiguos para mis abuelas, el par de aros enchapados en oro para mi tía Mirta... Así fueron siempre las fiestas; el árbol de Navidad era apenas la sombra desganada de un ícono de plástico y había rutinas: saludar a los vecinos después de las doce de la noche.

Bajaríamos todos, excepto mi abuelo.

—Yo me quedo, vayan ustedes tranquilos —fue lo que le dijo a Luisa, que motivada por la curiosidad más que por necesidades afectivas no insistió demasiado.

El recorrido podía abarcar toda la vereda o apenas unas casas. Dependía de si la gente se quedaba o no en el barrio.

—Doña Blanca se ha ido a pasar las fiestas a la casa de su hija —fue lo que le dijo finalmente mi madre a Paula cuando ya éramos los últimos entrando en la casa de los Enríquez.

Cuando cerré la puerta alguien me gritó que no, que por favor la dejara abierta. Los gritos comenzaron a fugarse desesperadamente. Éramos muchos. Parecía increíble que pudiera caber tanta euforia en un lugar tan pequeño. Recuerdo una pareja: Alfonso y su novia, el hijo mayor de los Enríquez; bailaban pero no seguían el ritmo de la música. Eran buena gente. Ricardo Enríquez tenía el mismo oficio que Francisco, sin envidias. Los muchachos, como su padre los llamaba, no tenían oficio pero sí novias núbiles que se dedicaban a cebar mate mientras cuatro manos convergían isócronamente durante incansables horas para mejorar lo inmejorable de un Torino.

Me acerqué a la mesa: comida en abundancia y de todas las estaciones del año; botellas vacías y vasos con lápiz labial sobre sus bordes, una vela roja sobre el mantel salpicado y una considerable variedad de corchos exhaustos.

Mi madre estaba sentada junto a Francisco, que a su vez

conversaba con Esteban. En realidad Francisco solamente escuchaba, o eso parecía, mientras el menor de los Enríquez gesticulaba y hacía maniobras imposibles con sus brazos. Ni bien me paré junto a mi madre, Esteban detuvo bruscamente su relato, y, mirándome a los ojos, concluyó:

—Al final me di cuenta: era el carburador.

Mi madre me miró. Tenía en la mano un vaso y en la otra, con la palma extendida y hacia arriba, un paquete a medio abrir.

—¿Y eso? —pregunté. Me miró otra vez, sonrió, y dijo que sí con la cabeza— ¿Qué es eso? —y señalé con el dedo. Cuando por fin advirtió mi pregunta, acercó su boca a mi oído. No fue el movimiento enfático lo que me alejó de ella, sino su aliento fuerte, agrio. Dijo:

—Un regalo de la señora de Enríquez.

—Ah...

—Sí.

—¿Y qué es? —insistí—: ¿Qué te regaló la señora?

Levantó unos centímetros el paquete, lo miró detenidamente y lo estrujó diciendo:

—Una bombacha rosa.

No supe qué decir. Miré a mi alrededor: las luces se desvanecieron lentamente sobre una canción antigua que conocía por mi madre... *Put your head on my shoulder*, de Paul Anka; porque ella escuchaba ese tipo de canciones cuando limpiaba. Corrieron la mesa hacia un costado: el living se convirtió en un trilladero de piernas y miradas pecaminosas. El ambiente se tornaría tan pegajoso que lo mejor que podía hacer era irme, escapar. La miré: no podía evitar moverse. La música siempre la atrajo.

—Me voy a casa —le dije.

—¿Qué?

—Que me voy a casa.

—Está bien, andá.

Dejaré a mi madre balanceándose como un péndulo: mal augurio. Siempre detesté que bailara. Sólo busca que la miren, y lo logra, no sé cómo, pero lo logra siempre.

3

El viento había cambiado. La luna, distante y a la vez contemplativa, era una brújula para los que habían perdido el camino verdadero. Los chicos insomnes, mientras sus padres se embrutecían de nocturnidad y alcohol, acomodaban botellas vacías en el medio de la calle y encendían sus cañitas voladoras. Los menos osados, porque los otros, en cambio, reventaban petardos sobre los portones de las casas y luego corrían despavoridos pero orgullosos de que Villa del Parque quedara vibrando como una copa de vino sobre un piano desafinado. Oí, a lo lejos, la sirena de una ambulancia. Abrí la puerta de mi casa sin necesitar la llave. Mañana, si llega a faltar algo, se van a acusar unos a otros, pensé; casi en el mismo instante en que vi a mi tío Migliano: estaba por bajar el último escalón que le permitiría llegar al descanso de la escalera. Apenas se sostenía del pasamanos. Cuando por fin apoyó los pies sobre el descanso, levantó la cabeza y se quedó mirándome con una desconsolada actitud de entrega. Tenía que ayudarlo. El tío Migliano estaba tan ebrio que, por hábil que fuera, no lograría nunca realizar la hazaña —bajar otro escalón— sin partirse, por lo menos, la nariz. Pero eso no lo pensé hasta que intenté encender la luz y me atravesó su voz, mejor dicho: el modo en que me pidió que por favor no la encendiera. Me asusté. Aquella voz no era la suya. Pero si era, entonces la había perdido hacía ya muchos años. Era la voz sibilante de un niño metida en el cuerpo de mi tío Migliano.

Abrí aún más la puerta y la luz lunar trepó como agua diáfana por la escalera hasta encender la expresión difícil de su rostro: sonreía. Debo decir que terminó de bajar la escalera lenta, trabajosamente, pero no como quien bebió de más e intenta disimularlo, sino como quien carga una tabla rasa sobre su espalda y lo único que desea es bajar de un modo decoroso y sin aspavientos.

—Lo ayudo, tío —recuerdo que le dije.

—¿Dónde está Mirta? —preguntó, y apoyó rápidamente una mano sobre mi hombro.

Mi tío Migliano, pobre hombre en sueños, guitarrista lunático, borracho melancólico, me hizo esa pregunta sonriendo constantemente. Comprendí que algo andaba mal: si él no había bajado con nosotros, si en ningún momento había estado en la casa... Recién cuando me apretó con fuerza el hombro, le dije tan rencoroso:

—Están en la casa de los Enríquez.

Subí la escalera y lo primero que vi debajo del cielo fresco como un mural recién trabajado fue a mi abuelo. Estaba recostado sobre el respaldo de la silla con los brazos cruzados y el mentón caído hacia abajo: dormía. Sobre la mesa relucía una copa vacía y un plato con una porción de pan dulce. Antes de entrar en el baño, me pareció ver que una sombra cruzaba rápidamente el pasillo. La puerta estaba abierta... Entré: eso estaba ahí. Pensé que no iban a creerme y decidí encerrarme hasta que llegaran: tenían que verlo con sus propios ojos. Me asomé por la ventanita; abrí la celosía y lo vi a mi abuelo, seguía durmiendo, imperturbable. El respaldo de la silla no lograba abarcar la elocuencia de su espalda. No se me ocurrió despertarlo. ¿Qué hubiera hecho? Evitar todo lo que sucedió, sin duda. Me hubiese hablado largamente sobre la enfermedad del tío Migliano con el tono y la cautela de quien sabe dirigirse a una mente inferior y peligrosa; a un jovencito que de tanto vivir entre adultos aprendió a interpre-

tar los códigos, a completar las frases y a simular como un gran actor un sueño repentino para escuchar una conversación sin que nadie lo perturbe o desconfíe. Yo tenía esa edad en la que se cree saber todo, y actué de un modo irresponsable. Había que callar, pero no por mi tío, no justamente por ese hombre delgado, alto y de rasgos gruesos que usaba el cabello muy corto —incluso después de renunciar a la policía—, y cuyas tempranas canas contrastaban demasiado con su manera de ser. Porque Julián Migliano no toleraba una conversación seria por más de quince minutos: se aburría rápido. Recuerdo que había ocasiones en las que se lo encontraba exultante, optimista, sin ningún motivo aparente, y entonces contaba anécdotas fantásticas que carecían de importancia.

Otras veces nos recibía en pijama y almorzaba sin dirigirnos la palabra, absorto frente a la pantalla de televisión. Al cabo del almuerzo, desaparecía súbitamente: se acostaba a dormir la siesta. Si estaba de buen humor, rasgaba la guitarra y cantaba durante horas. Una de sus canciones preferidas: *El témpano*. Recuerdo de qué modo pretendía imitar la cadencia de Baglietto, con qué abnegada admiración enfatizaba esa estrofa que dice: «Me pego un tiro con una palabra que alguna vez me fue tan transparente». Cantaba bien y era realmente bueno con la guitarra. A los veinte años debió parecer un hombre de talento y lleno de futuro; seguramente inspiró un desmedido amor a las muchachas del barrio y más de una habrá sentido el despecho de no ser correspondida. Pero con el tiempo aquel joven dueño de un gran potencial artístico se fue gastando hasta convertirse en lo que había sido siempre debajo de ese mismo potencial: un inútil que sabía tocar la guitarra y nada más.

—Es tan inútil que ni siquiera para la policía sirvió —repetía Francisco en la época que lo tomó de ayudante.

Un domingo, al cabo del almuerzo, levantó una copa de vino y la hizo sonar con una cucharita para comunicarnos a

todos que estábamos en presencia de un hombre libre: sonriendo dijo que había pedido la baja en la policía y estaba decidido a aprender un oficio. Nadie habló ni se movió. Sabían que mentía. Había una razón por la cual nunca duraría en ningún empleo ni aprendería oficio alguno: del lugar al que fuera, necesitaba llevarse un souvenir. Mientras fue policía era habitual ir a la casa y encontrar grandes cantidades de bolsas de caramelos y otras cosas por el estilo, todas nimiedades del calibre de sus aspiraciones. Justificaba su botín con una frase muy recurrente y no menos desalentadora:

—Lindo operativo, che, mirá lo que nos regaló.

Cuando los operativos se terminaron, a mi tío ya no le fue tan fácil justificarse.

Recuerdo la vez que me pidió que lo acompañara al almacén; hacía calor y temían que se terminaran las cervezas antes de que estuviera listo el asado. Cruzábamos la plaza cuando se me ocurrió pedirle que me llevara a la calesita. Supuse que diría que ya estaba grande para ese tipo de juegos, y, sin embargo, aceptó pagar dos vueltas. El problema llegó cuando quise una tercera.

—La última —dijo.

Pero ahora quería algo a cambio: la sortija. Amenazó con dejarme ahí mismo y decirle a mi madre que me había escapado si no lograba sacarla. Recuerdo perfectamente de qué manera espantosa sufrí aquellas interminables vueltas: no disfruté la música ni la repetición de las caras (mi tío sacudía violentamente la cabeza cada vez que lo miraba), incluso tuve que renunciar al caballo, y, sujetándome del fierro y en puntas de pie, estiré el brazo todo lo posible mientras recitaba un por favor para mis adentros. El hombre que manipulaba la sortija debió darse cuenta de mi desesperación y me dejó atrapar la última. No la gané, es cierto; pero me había ganado el derecho a volver a casa. Cuando por fin se detuvo la calesita le llevé la sortija a mi tío. Me besó en la frente y dijo que ade-

más de esa vuelta que me había ganado, compraría cinco boletos más. Mientras él cumplía con su promesa, yo monté a Pluto. Al rato, un señor con bigote grueso y oscuro, me pidió la sortija. Le dije que se la había dado a mi tío.

—¿Y dónde está tu tío?

Le respondí que estaba comprando los boletos. Me miró de un modo extraño y bajó de la calesita. Al cabo de unos segundos, el señor que retiraba los boletos regresó. Detrás venía mi tío.

—¿Dónde metiste la sortija?

No supe qué decir.

—¿Dónde la metiste, Lautaro?

Lo miraba.

—¿No sabés que hay que devolvérsela al señor?

Gritó:

—¡Dame la sortija!

—No la tengo.

—¿Cómo que no la tiene? —preguntó el señor con bigote.

Me puse muy nervioso cuando me bajó de Pluto. Todavía estaba agachado, revisándome los bolsillos, cuando gritó:

—¡Ahora voy a tener que llevarte preso!

Poniéndose de pie le guiñó un ojo al señor e hizo el movimiento de buscar la billetera. Y lo hizo; sólo que el movimiento fue lo suficientemente enfático como para que todo el mundo fuera capaz de apreciar la pistola que siempre llevaba a la altura de los riñones. Abrió la billetera y en voz muy baja, dijo:

—Bueno, dígame: ¿cuánto cuesta la sortija?

No sé cuánto pagó por la sortija, pero lo que sí sé es que mientras regresábamos a casa la sacó del bolsillo de su campera y la miró largamente como si se tratara de un artefacto complicado. Luego me acarició el pelo diciendo que él me quería como si yo fuera su propio hijo y que nuca se olvidaría del regalo que le había hecho. Como yo sabía guardar un

secreto me regaló dos pesos. Siempre había soñado con una sortija, gracias a mí ahora la tenía. Así era el tío Migliano. Con los años se fue apaciguando, es cierto, las cosas pequeñas ya no le interesaban. Pasó de ser un cleptómano inofensivo a convertirse en un ladrón irracional. Ya no quería el cenicero del bar, ni le hacía feliz el tenedor de la mesa de un amigo (o familiar), ni mucho menos su encendedor; le importaba poco el portalámparas del palier de un departamento o la vela encendida de una iglesia; no ansiaba ya la patente de un automóvil cuyos primeros números había jugado sin suerte a la lotería, ni la identificación del conductor de un taxi, ni mucho menos agenciarse (cuando era policía viajaba gratis en colectivo) otro martillito para su colección titulada: «En caso de emergencia rompa el vidrio». Había perdido el interés por los ejemplares gratuitos de la agencia inmobiliaria, y otra tijera de la peluquería debía resultarle muy arriesgado. Cambió radicalmente. Uno entraba en su casa dispuesto a encontrarse con las cosas más absurdas: un semáforo, por ejemplo. Al parecer, lo había encontrado en el interior de un volquete frente a una obra en construcción. Aquel semáforo irradiaba una verdad vergonzosa en el interior del living; pero lo único que parecía preocuparle a mi tío era lograr que los tres colores se iluminaran. Aquella oportunidad la recuerdo bien porque fuimos todos a su casa luego de que Mirta llamara por teléfono. Mirta lloraba y Francisco tuvo que amenazarlo con una denuncia a la Municipalidad. Regresó el semáforo, no le quedó otro remedio; pero siguió creciendo, perfeccionándose silenciosamente.

Unos meses más tarde, en una cena, comentó al pasar que había comprado una casita en el Tigre y esperaba que el fin de semana entrante fuéramos todos a comer un asado. Al principio no lo tomaron en serio y hacían bromas. Cuando Migliano comenzó a dar descripciones precisas del lugar y mi tía confesó no saber nada del asunto (muy improbable), deci-

dieron seguirle la corriente para comprobar hasta dónde era capaz de estirar una mentira. Más tarde yo sabría que nadie se atrevió a preguntarle cómo había conseguido la casa en la isla del Tigre por temor a arruinar un plan que acababa de nacer de las miradas.

Durante la semana Francisco habló por teléfono todas las noches con su hermana para preguntarle si había logrado averiguar algo. Estaba convencido de que antes del domingo Migliano se sentiría acorralado y eso le haría recapacitar y aceptar, primero a su mujer, luego al resto de la familia, que necesitaba urgentemente un tratamiento psicológico.

Cuando llegó el viernes supimos que Mirta no había podido averiguar nada. Incluso parecía segura ella también de que había una isla en el Tigre que les pertenecía casi por derecho divino y estaba ansiosa por conocerla. Es extraño, nunca tuvimos familiares por esa zona, no podía haber sucesiones ni herencias de ningún tipo. Francisco llegó a preguntarse cuál de los dos estaría más enfermo.

—Lo sabremos el domingo —concluyó.

El domingo, bien temprano, fuimos a buscar a mis tíos. Tenían la alegría propia de quien realmente se ha comprado una casa en el Tigre y desea estrenarla con los seres que más quiere. Durante el viaje no se habló de otra cosa que de la casa y del dinero que había que invertir para una muralla de contención porque, según Migliano, el agua se adueñaba cada vez más rápido de la tierra. También se habló de una fiesta. En un momento dado, Mirta comentó que había que contratar un sereno permanente para evitar el robo de los materiales. Al oír eso, Francisco la miró por el espejo retrovisor. Supongo que ya no podía discernir de qué lado de la realidad se encontraba su hermana. Nadie podía asegurar que estuviera fingiendo. Llegamos al Tigre; la lancha nos dejó en el Museo Sarmiento. Luego de un largo camino anegado por la incertidumbre, dimos por fin con la casa. El tío Migliano

no mentía; la casa existía y era exactamente como él la había descrito. Sólo que, si bien comimos un asado y pasamos un día maravilloso al aire libre, al caer la tarde se acercaron tres hombres en una lancha y armados con escopetas nos ordenaron que dejáramos todo como estaba y nos fuéramos inmediatamente. Creo que no nos hicieron nada porque notaron que éramos una familia de irresponsables con una canastita de mimbre y nada más.

Y ahora me pregunto, abuelo, si usted hubiera sido capaz de perdonarme. No sabía que las palabras son como dagas que se alimentan de sangre y que para que los demás edifiquen su vida como pueden, otros deben callar, y es recíproco. No lo sabía, lo sé hoy, pero ya es tarde. Perdí la noción del tiempo dentro del baño. Cuando oí los pasos en la escalera, me asomé por la ventanita y vi a mi madre: subió el último escalón, dejando caer la falda de su vestido largo con la presteza ambigua de una mujer de la época victoriana. Francisco venía detrás, sonriendo. Esperé unos segundos, luego abrí la puerta.

—¿Qué pasa?

—Mirá —dije.

Y señalando su espejo de mano, que estaba apoyado en el borde del lavatorio, disparé a quemarropa:

—Alguien se olvidó esto.

Sin decir nada, mi madre intentó acercar la mano temblorosa al espejo. Sólo lo intentó. Me miró a los ojos (el labio inferior vibraba debajo de sus dientes manchados) y se llevó una mano a la frente y otra al abdomen.

No le creí a mi madre, no le creí hasta que dijo:

—Decile a tu padre que venga.

Fui a la terraza. El Caballero Rojo dormía, abrigado por la noche. Francisco no estaba. Regresé al baño y lo vi parado en el mismo lugar donde había dejado a mi madre, que ahora lloraba sentada en el borde de la bañera. Francisco rozó ape-

nas un dedo húmedo sobre el polvo blanco y lo llevó a la punta de su lengua. Luego se limpió la saliva con el pantalón nuevo.

—¡Andate! —me gritó.

Aunque no me lo dijera nunca, yo sé que siempre me culparía por lo que tuvo que hacer. Mi madre, mientras yo cerraba la puerta, le dijo:

—Estamos criando a un chico, no podemos permitir esto, Francisco. No podemos.

La verdad y la sinceridad cargan con el reflejo de la crueldad y la sospecha. Todo lo que no se nombra, no existe; pero ahora que existía, puesto que yo lo había visto, mi sola presencia exigía que se pregonara con el ejemplo. Si yo no hubiera encontrado la cocaína no habría sucedido nada. Francisco se vio forzado a reivindicar a su familia echando a todos, no porque Migliano fuera un drogadicto sino porque yo lo había descubierto. Fue un verdadero caos: entre llantos, insultos y forcejeos, mi tío Migliano resbalaba entre los gritos como una vocal abierta. Siempre un descuido estropea las cosas, un testigo casual arroja luz sobre el secreto y lo mancha, lo vuelve vulnerable, indefendible, evidente, y obliga a dar marcha atrás, a repasar las reglas del juego si es que todavía queda tiempo, o a ponerle un punto final a la farsa y optar por el sacrificio como un modo de redimirse. Y eso fue lo que hizo Francisco cuando la muerte de El Caballero Rojo dejó todo inconcluso: cortó los lazos, sacrificó una parte de la familia para salvar el mundo que había construido en el ombligo de su mujer. Pero lo más terrible de todo es que mi madre ya había comenzado a alejarse de su vida, íntegra y decidida como un velero sobre el agua.

4

—Pero cuando pienso en esos años, Lautaro, la verdad es que veo una jovencita egoísta que piensa en el futuro como algo grandioso exclusivamente preparado para ella. No me juzgaba una persona especial, nada de eso. Simplemente era joven, y cuando una es joven siente que todo es posible, que todo está por hacerse. Sin duda que hay gente destinada a grandes cosas. Pero no era mi caso, y yo lo sabía. Como también sabía que toda la vida estaría ligada a un solo hombre. A lo mejor suena medio teatral, pero creeme, volvería a casarme con Julián aunque supiera que nunca tendríamos hijos y que terminaríamos así... Terminar, qué palabra, suena demasiado fuerte. Yo estoy segura de que va a volver. Claro, vos no sabés nada. Decime, ¿por qué dejaste de visitarme? La última vez que te vi... Marcela, la novia de tu tío se llama Marcela. Y no sé si no debe tener tu misma edad. No creas que estoy enojada. Él sufre. Nadie más que yo sabe cuánto. ¿Cómo puede una enojarse con un hombre que te dice que te ama mientras cierra la valija? Hay veces, te juro, Lautaro, que me sorprendo a mí misma cuando pienso en todo lo que soporté, y mirá que fueron muchos años... Te acepto, sí, por qué no, vamos a fumar un cigarrillo.

Mirta me dijo esto mucho más tarde, cuando ya me había enterado, entre otras cosas, de que se había hecho amiga de mi madre mientras trabajaban juntas en una reconocida tienda de ropa, ubicada en la Galería del Este. Antes de que se temiera, o sospechara, la posibilidad de una guerra.

—Cuando nos conocimos, tu madre todavía extrañaba mucho Uruguay. Siempre hablaba del miedo que sintió viajando en ferry, y de las poquitas cosas que pudo traer.

Mi madre llegó a la Argentina en un ferry cuya estela implacable desdibujó para siempre algo más que la costa de Montevideo y su infancia. Infancia que yo siempre imaginé pobre; pobreza digna en el Barrio de los Bulevares donde había un aljibe y un duraznero de sombra espesa.

Al contemplar la fotografía que me regaló Mirta, y que ahora mismo tengo sobre la mesa, me doy cuenta de lo hermosa que era mi madre: morena, rasgos suaves y profundos como ciertas noches de verano cuando todavía se siente la presencia amenazante de un cielo azul, o tal vez estoy pensando en su pelo lacio y largo que daba la impresión de no terminar nunca de oscurecer.

—Belleza adriática —dirá Mirta desde su habitación, mientras buscaba la fotografía—. Eso era lo que decía de tu madre la dueña de la tienda donde trabajábamos. Adela se llamaba. Ella nos sacó la foto. Cuando te la muestre, no vas a poder negar que éramos muy lindas de jóvenes. La encontré hace poco, ¿sabés? Estaba haciendo una limpieza profunda en el dormitorio. Esperá un segundito.

Durante aquellos largos minutos de silencio, me dediqué a observar el living comedor en el que alguna vez había visto un semáforo, y no tardé en reconocer un montón de cosas que habían pertenecido a nuestra casa de Villa del Parque. Colgado en una pared estaba el reloj con forma de gota, detenido, quizá sin pilas, o dañado una vez y para siempre por un tiempo que ya le resultaba ajeno. En otra pared estaban las reproducciones de los cuadros; láminas que mi madre traía de sus salidas y que nunca mandaba a enmarcar; como el que Mirta había colgado frente a la puerta de entrada: *El grito*, de Edvard Munch. También estaba el juego de porcelana china: platos, tazas, azucarera y tetera detrás de una cristalera que

Francisco, me acuerdo, había aceptado como parte de pago por un trabajo.

Supongo que fue entonces, segundos antes de que Mirta saliera de su habitación con una enorme caja y la fotografía, que me pregunté por el diploma y la medalla de honor de Francisco. No me atreví a preguntárselo.

—Esto es tuyo —me dijo, apoyando la caja y la fotografía sobre la mesa—. Como te darás cuenta, está cerrada. Así permaneció todos estos años.

—¿Qué es?

La sonrisa también fue un modo de darme tiempo.

—Si la abrís, te vas a enterar. ¿Viniste en auto? No importa, te tomás un taxi.

La miré.

—Julián y yo hicimos la mudanza de tu casa —dijo Mirta.

Abrí la caja; pero no me atreví a sacar nada. Ni siquiera estaba seguro de querer llevármela. A simple vista, pude reconocer el jeep de madera que mi padre me había comprado en el parque Centenario, y un libro: *La Odisea para chicos* de Billiken. Regalo de mi abuela Paula en la época en que mi madre y yo vivíamos con ella.

—Había muchas cosas en tu dormitorio que tu abuela no quiso llevarse —dijo Mirta—. Entre ellas, estaba esto...

Y sacó mi diario de la caja.

No me atreví a abrirlo.

—¿Lo leíste?

—Solamente hasta la mitad —dijo Mirta—. No pude seguir.

Si no recordaba mal, estaba dividido en dos partes. La primera, la había abandonado abruptamente al fallecer El Caballero Rojo. Recordé una frase. En ese cuaderno había una frase como una bisagra, un quiebre abrupto entre el que yo fui antes de descubrir que mi madre lo engañaba y el que me habría de devorar después. Y efectivamente, esa misma

noche, cuando llegué a mi departamento (no me llevé la caja, pero sí el cuaderno y la fotografía), leí el diario completo y comprobé que era exactamente como lo recordaba.

La primera parte está escrita por un jovencito que se creía eterno y resultaba megalómano e innecesariamente críptico. Hay poemas y sueños, el nombre de mis amigos de entonces y, por sobre todo, una marcada obsesión por la guerra. Luego un abismo, exactamente eso, como si todo lo que fui se lo hubiera tragado la tierra: hay diez páginas en blanco y una frase rotunda como un desmoronamiento: «Si Francisco se entera, nos mata.»

—¿Tomamos unos mates? —preguntó Mirta.

—¿Cuándo renunció Cora al trabajo de la Galería? —pregunté; y no sé si lo habrá advertido, pero al llamar a mi madre por su nombre quise demostrar que las palabras ya no me lastimaban.

—Al poco tiempo de que a Francisco le dieran el alta —dijo, apoyando la pava sobre la hornalla—. Éramos muy amigas, y te digo más: fue a la única persona que llamé por teléfono la tarde en que a Francisco lo internaron en el hospital.

Llamó a mi madre; pero no para que la consolara con palabras que no alivian nunca y acaso se oyen pasar ligeras, palabras que se dicen aun cuando sabemos perfectamente que la desgracia prefiere dialogar con uno solo.

—Tu madre no lo conocía a Francisco ni había querido conocerlo nunca. Todo lo que hizo durante la guerra fue por mí. Yo era la única amiga que tenía en Buenos Aires.

Mirta recordó el día en que mi madre entró sonriendo en el vestuario del local sosteniendo una canasta. Adentro había de todo, y bastante costoso. Desde ropa hasta cremas. Y zapatos, un par de zapatos muy finos que donaron los dueños de un negocio que no era de la Galería.

Mi madre se había tomado el trabajo de ir local por local a pedir una donación para hacer una rifa.

—Tu madre quería juntar dinero para comprar chocolates y bufandas —dijo Mirta, y sonrió al contármelo porque se acordaba de lo mal que reaccionó ella al principio—. A partir de ese día me convertí en la chica que tenía un hermano en la guerra.

Y Mirta no quería que fuera así, como tampoco imaginó nunca que sería el puente tendido entre mi madre y Francisco, que sólo estaría Cora parada a los pies de la cama del hospital la noche en que su hermano abrió los ojos. Si Mirta necesitó que mi madre estuviera a su lado fue porque sabía que sólo ella era capaz de comprender lo que imperiosamente necesitaba confesarle a alguien.

—Si Francisco se muere, ya no voy a poder casarme con Julián —fue lo que le dije a tu madre apenas nos encontramos en el pasillo del hospital.

Fue entonces cuando comprendí que estaba a un paso de conocer un montón de cosas que me habían estado vedadas durante años. Pregunté lo necesario para no levantar la sospecha de que toda esa historia era nueva para mí.

Más tarde me iría de aquella casa sabiendo que Mirta renunció al trabajo de la Galería del Este recién cuando terminó la guerra, y que la boda tuvo que ser postergada dos veces. La primera postergación había sido la consecuencia inevitable de un olvido. Ya se sabe que para los novios (al menos durante la época de los preparativos) no existe otro universo que la ilusión de ese porvenir destinado para el animal bicéfalo que es el matrimonio: ciegos a lo que acontecía a su alrededor, ninguno de los dos tuvo en cuenta, a la hora de pactar una fecha en el registro civil, que en unas pocas semanas más se llevaría a cabo el sorteo para el servicio militar. Y menos la posibilidad de que Francisco saliera favorecido. Razón por la cual no tardó en derrumbarse el sueño.

—Tuvimos que cancelar todo —dijo Mirta—; desde el salón que habíamos señado en el club Pedro Lozano hasta el catering y el alquiler del smoking para Julián.

Y parece que durante semanas enteras sólo se consolaron contemplando en silencio las tarjetas de invitación troqueladas y bordadas con hilos de oro que la futura esposa había encargado el mismo día que fueron al registro civil.

—Mi madre no quiso que nos casáramos mientras Francisco cumplía el servicio militar. Así que, mientras esperábamos, decidimos juntar más dinero para agregarle una estrella al hotel donde pasaríamos la noche de bodas. ¿Qué otra cosa podíamos hacer?

Nadie imaginó nunca que la guerra arrebataría el calendario ferozmente.

Anocheció. Una penumbra densa se vio maltratada de repente por la necesidad de una luz encendida, y nos hizo tomar conciencia de la cantidad de horas acumuladas que teníamos alrededor de un mate a medio cebar, irreconciliable, frío, lavado, escandalosamente cargado de confidencias.

Después Mirta habló de una manifestación en Plaza de Mayo. O no fue exactamente así; pero yo acabo de recordarlo ahora y no quisiera perder la oportunidad de decirlo: un 30 de marzo hubo una manifestación en Plaza de Mayo. Migliano, tras cuarenta y ocho horas de servicio ininterrumpido, llegó a la casa de su prometida tarde y muy contrariado. Esa madrugada sucedió algo que difícilmente podrá olvidar nunca. Estaban tomando mate en el patio cuando Migliano se quebró: la tomó de las manos, las colocó suavemente sobre su pecho y, con lágrimas en los ojos, le hizo prometer a Mirta que jamás iría a una manifestación.

«Prometeme, Mirta, que pase lo que pase, jamás vas a ir a una manifestación». Y ella se lo prometió, porque, como me dijo, en esa época no sólo era muy ingenua sino también, y por sobre todo, dueña de un egoísmo galopante.

—Tu madre, en ese sentido, era muy parecida a mí. La vida política o económica del país no le interesaba en lo más mínimo. Dudo que leyera los diarios, y estoy casi segura de

que no miró televisión hasta que comenzó la guerra. Te digo más: si mi hermano no hubiera ido a Malvinas, seguramente la guerra no habría significado nada para ella. Nadie me ayudó y me contuvo tanto como tu madre. Tengo la sensación de que nunca se lo agradecí lo suficiente. Fijate que no lo había visto ni siquiera en fotos a... —Dijo Francisco; pero estuvo a punto de decir tu padre, me di cuenta. Por no decirlo, su voz trastabilló dolorosamente.

—No creo mentirte si te digo que tu madre se enteró de que yo tenía un hermano en el servicio militar recién cuando comenzó la guerra.

Mirta dijo que no sólo había tenido esa actitud con mi madre sino también con el resto de sus amigas. Según ella, no había motivos para inquietarse; generaciones enteras debieron cumplir con esa obligación absurda. No era un hecho trágico, y aunque lo hubiera sido para su madre (mi abuela Luisa), había que reconocer que Francisco en ningún momento lo había vivido con angustia. Hasta se podría decir que lo deseaba.

—Yo no estaba en casa el día del sorteo —dijo Mirta—; pero imagino que estuvo todo el tiempo pegado a la radio, fumando de puro ansioso, rogando para que no le tocara un número bajo.

Una semana más tarde se presentó a la revisación médica. Durante esa semana, no ayudó a su madre en nada. Se pasaba todo el día tirado en la cama, escuchando música, leyendo revistas, como si realmente se hubiera estado preparando para unas vacaciones en Bahía Blanca, como él mismo denominó en su primera carta.

—El mismo día que fue a presentarse a la revisación médica, una señora llamó por teléfono a la casa de una vecina para decirnos que Francisco le había pedido que por favor nos avisara que viajaba rumbo a Bahía Blanca.

El sábado recibieron una carta donde Francisco les contaba los detalles de lo que había sucedido.

—Me acuerdo de lo primero que dijo mi madre cuando terminé de leer la carta: «Mi cielo, y yo que lo mandé con el dinero justo para el colectivo».

Y tras un breve silencio, agregó:

—Siempre creí que el hecho de no despedir a Francisco, si bien en un principio se trataba simplemente del servicio militar, le dio más fuerza para soportar lo que sucedería después. Eran muy unidos ellos dos, especialmente durante los últimos años. Francisco cambió mucho alrededor de los diecisiete. Antes hubiera sido imposible. De chico era terrible, pero más que terrible era malo y rencoroso. Te engañaba con sus ojitos verdes y su sonrisa de ángel. Qué raro, ahora que estamos hablando de mi hermano tengo la sensación de que no lo conocí nunca.

Y supongo que fue entonces cuando me contó lo que había hecho Francisco la vez que no lo dejaron entrar a la fiesta del club Pedro Lozano, por no tener la cuota al día.

—¿Te acordás de ese club? Eras muy chico. Pero de la casa tenés que acordarte: Chivilcoy y Tinogasta. El club estaba en la esquina. Ese año los directivos organizaron una fiesta muy importante. El club había ganado un campeonato, me parece. La cuestión es que estaban las personalidades más importantes de Villa Devoto. Las mujeres tenían unos vestidos y unos peinados que daba gusto mirar. No era una fiesta para nosotros, eso estaba claro. Aun así, ¿quién se lo hacía entender a mi hermano? En fin, no lo dejaron entrar; pero la historia no termina ahí. Estamos hablando de Francisco Martoy. Su orgullo no se lo hubiera permitido, no señor. Planeó una venganza sin medir las consecuencias, sin saber qué hombres poderosos o ricos estarían a esa hora bailando con sus mujeres en la cancha descubierta del club Pedro Lozano, qué apellidos iría a ensuciar con su endiablado rencor.

Él mismo le contó cómo planeó y llevó a cabo su venganza. Apenas le dijeron que no podía ingresar al club, se fue lo

más tranquilo y dejó transcurrir el tiempo necesario como para asegurarse de que todos estarían durmiendo. Nadie lo escuchó entrar en la casa, nadie lo vio ir a la cocina y adueñarse de los cartones de huevos que su papá compraba cada quince días.

—Subió a la terraza y arrojó los huevos con una puntería inspirada por el mismo demonio. Recuerdo que se habló de mujeres con ataques de histeria, llantos y ruegos por vestidos y peinados arruinados, hombres con sus trajes pegajosos buscando a puño cerrado culpables en el cielo. Un horror, un verdadero desastre, pobre gente... Era de madrugada cuando los timbres constantes y los golpes furiosos en la puerta nos hicieron levantar de la cama. Recuerdo que yo estaba en deshabillé y que me abracé fuerte al brazo de mamá mientras intentábamos comprender lo que cuatro hombres, uno de ellos todavía tenía cáscara de huevo en el pelo, nos exigían a los gritos. «Mi hijo no haría una cosa así, señor», dijo mamá, segundos antes de que la figura angelical de mi hermanito apareciera desde la otra esquina de la calle. «¡Pero si allá viene! Qué le decía yo, no fue mi hijo.» Todos miramos hacia la esquina: caminaba tranquilamente con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Tal vez, silbaba. No, no hubo manera de probarle nada. Es más, hasta nos pidieron disculpas.

Hizo una pausa para cebar un mate.

—Si de chico pasaba todo el día en la calle haciendo miles de travesuras, de grande, digo dieciséis, diecisiete años, cambió de una manera preocupante: en vez de ir a bailar los sábados o simplemente salir con los amigos del club, prefería quedarse en casa a comer chocolates y escuchar la radio o hacerle compañía a mamá mientras planchaba en la cocina. Sí, así como lo escuchás. Un buen día, dejó el colegio con la promesa falsa de que trabajaría. No sólo que nunca buscó trabajo sino que cada vez comenzó a salir menos, lo que se dice salir, se entiende, como cualquier muchacho normal de su edad.

Hasta que de pronto ya no salió más. Era extraño ver cómo ayudaba a mamá en las tareas domésticas. Actuaba como si fuera la hija mujer. Esa fue la vida que llevó hasta el día que le tocó hacer el servicio militar. Si pienso en mamá, su angustia era comprensible: se había acostumbrado demasiado a la compañía de su hijo. Había encontrado en Francisco a esa hija compinche que yo no había podido ser. Si me preguntás por papá, lamentablemente tengo que decirte que vio en el servicio militar una solución para un problema que no sabía cómo resolver. «Si no lo enderezan los milicos, no lo hace nadie», habrá pensado. Yo nunca comprendí qué sentido tenía el servicio militar. ¿Para hacerse hombre? ¿Para aprender a hacer la cama? Bueno, mi hermano no necesitaba aprender nada de eso. Incluso, tendía la cama mejor que yo. ¿Y entonces? No sé. La alegría de Francisco no sólo desconcertó a mamá y a mí, sino también a papá que, fijate vos, creyó que sería necesario convencerlo con palabras rigurosas. Pero no fue necesario. «Espero que no me extrañen mientras yo me paso unas vacaciones en Bahía Blanca», escribió en su primera y única carta. Recuerdo que un viernes, antes de irme al trabajo, mamá me pidió que le hiciera el favor de enviarle un telegrama. Quería saber por qué razón su hijo no viajaba a Buenos Aires cuando tenía franco. El domingo por la tarde decidí escribirle una carta extensa donde hacía fundamental hincapié en la depresión que había ocasionado en mamá su larga ausencia. Llegué a escribir: «No come, se queda todo el día en la cama, llorando». Y que, por favor, antes de que ocurriera alguna desgracia, tomara un tren a Buenos Aires. Entre paréntesis prometía darle dinero por su discreción. La carta estaba plagada de exageraciones y mentiras. Pero por supuesto, no todo era mentira. Mamá, si bien no había llegado al nivel que yo había escrito, no dejaba de lamentarse. Especialmente durante la hora de la cena, se preguntaba en voz alta: «¿Qué estará haciendo, Francisco?, ¿estará enfermo?»,

«¿estará pasando hambre, pobre hijo?» Y así todas las noches. Más de una vez me pregunté si no hubiera sido mejor para mí nacer hombre, te juro. Hacer el servicio militar y tener la posibilidad de imaginar que alguien te extraña tanto. Mamá hablaba de su hijo como si se tratara de un aplicado estudiante de arquitectura que había tenido que abandonar la Universidad. Parecía haber olvidado que ya no estudiaba ni trabajaba y que yo, ¡su hermana!, era quien le daba el dinero para los cigarrillos. «Tu hermano secaba los platos después de lavarlos», decía mamá, y era realmente insoportable. «Fijate cómo dejaste el piso, se podía comer sobre él cuando lo limpiaba tu hermano», o le decía a Julián «Ay, querido, no sabés dónde te estás metiendo», o «Pensalo bien antes de casarte con esta chica, mirá que no sabe hacer nada» o «¿Siempre con esa cara, vos?, ¿siempre de mal humor?» Me acuerdo y mirá: se me llenan los ojos de lágrimas. No se trataba de mal humor; trabajaba doce horas por día y no era dueña de ir al baño sin pensar antes que mi hermano lo limpiaba mejor. Escribí la carta y la mandé convencida de que, tratándose de la salud de su madre, no se tomaría el trabajo de responderla porque estaría en casa el fin de semana. Pero llegó el fin de semana y no hubo ninguna novedad. Pasó otra semana y luego otra. Nada. Ni siquiera un telegrama. Mamá, que ignoraba por completo el contenido de la carta, no podía creer que su hijo no respondiera. «A lo mejor ni siquiera la escribiste, de jodida que sos», llegó a decirme. Ya estaba por cumplirse la cuarta semana cuando llegó una carta de Francisco, breve, que terminaba más o menos de esta manera: «Recibí la carta. Estoy bien. Gracias por preocuparse». Mamá se quedó muda frente a la letra de su hijo, y no pudo responderle a papá cuando le preguntó a qué se refería Francisco con eso de que había recibido una carta. Se enojó muchísimo. «Que sea la última vez que le escriben», nos dijo papá. «Francisco está demasiado ocupado haciéndose hombre como para prestarle atención a

los reclamos absurdos de dos mujeres aburridas. Escribirá cuando tenga ganas. Si no escribe, mejor.» Lo lamenté mucho por mamá, y más tarde, recordando sus palabras, también sentí pena por papá. Si alguien nos hubiera advertido que se venía una guerra...

Al decir esto se quedó callada como si hubiera recordado algo imposible de poner en palabras. Imágenes, pensé; destellos como instantáneas que la mente no logra retener y se traducen en una imperceptible sonrisa, en un gesto subrepticio, acaso un ligero y casi imperceptible pestañear, o en una mano que se posa suavemente sobre un viejo rencor a la altura de la mejilla, como a la sombra de uno mismo.

—Me parece que ya es hora de calentar la pava y cambiarle un poco la yerba a este mate... ¡Qué tarde se hizo! —agregó con sílabas oscuras. Miré sus manos, las dos alianzas matrimoniales, y pensé, no sin cierto renovado desprecio hacia Migliano, que la segunda alianza estaba ubicada donde difícilmente podría caber nunca un perdón.

5

Era durante el mediodía que Francisco me contaba todas aquellas historias sobre mi madre y la guerra. A mí me encantaba escucharlo, dejarme llevar por la expresión cálida de su mirada y la cadencia de su voz, aunque sabía que todo terminaría siempre en el mismo lugar: al final debía imaginar una guerra y el regreso triunfal de un héroe con una herida en el brazo izquierdo. Todo muy epopéyico si lo que mi madre pretendía era deslumbrar a un niño, inventarle un héroe para arrancarle de raíz la imagen escuálida de un padre ausente: Norberto Nogán, mi padre, «tu padre biológico», como decía ella tan despectivamente. Y ahora debería poder rescatar de entre los escombros de las palabras el tono inclemente de su voz para que la historia cobre toda la trágica dimensión que se merece, para que se ponga de manifiesto cómo sonaba a martillazo lo que indefectiblemente seguía: la palabra postizo.

«Francisco será tu padre postizo», dirá mi madre una mañana de mudanza y silencio. Un silencio que duró hasta hoy: la noche en que regresé a la quietud amenazante de mi departamento pensando en todo lo que me contó Mirta.

Recuerdo cuando, aprovechando que mi abuela había ido al Uruguay, mi madre invitó a Francisco por primera vez. Cenamos pizza y de postre tomamos helado de frutilla. Antes de irme a dormir, antes de que mi madre me obligara a irme a la cama, Francisco tuvo que contarme la historia del ancla tatuada en su brazo izquierdo.

—¿Y ese dibujo?

—Es un ancla —dijo serio—. Me lo hizo un amigo mientras navegábamos en un barco grande que se llama portaaviones. Esta cicatriz... A ver ¿y esta cicatriz, Cora? Ya está, ahora me acordé, pero mejor otro día, de hombre a hombre, te cuento por qué tengo esta cicatriz. —Y rozando apenas su boca en mi oído, agregó en tono impersonal—: tengo esta cicatriz, Lautaro, porque me lastimaron en la guerra. Dame un beso. Que duermas bien.

Mi madre, ligera y astuta, corriéndome el flequillo hacia un costado, agregó:

—¿Sabés una cosa, hijo? Francisco estuvo en la guerra. El amigo de mami es un héroe de la guerra de las Malvinas.

Esa noche soñé que Francisco era un guerrero. Soñé, supongo, influenciado por una versión moderna del canto o capítulo titulado «El castigo de los pretendientes», de *La Odisea para chicos*, Colección Roja de Biblioteca Billiken, que mi abuela solía leerme por las noches y cuyos pasajes sueltos todavía puedo repetir de memoria; como ése en el que Ulises se despoja de sus harapos y luego de saltar al umbral con el arco y la aljaba repletas de flechas, les dice a los pretendientes que el fatigoso certamen está terminado. Momento en el cual, evocando la ayuda de Apolo, desencadena el sangriento combate al acertar una flecha en la garganta de Antinoo, el varón más señalado entre los jóvenes de Ítaca. Esa noche también me hice pis en la cama. Ninguna alegría, por duradera que fuera, parecía ser lo suficientemente fuerte como para abolir el sortilegio. Estaba hechizado, no había duda. Cama en la que me acostaba, sábana que terminaba pegada a mi piel como lapa: colchón y culpa tostándose inseparables al sol.

Estaba hechizado por el duende, como me enteré una tarde en que fuimos a pasear al Zoológico; porque luego de la historia de ese soldado que saltó de un helicóptero para res-

catar a sus compañeros y recibe un disparo que lo hiere de muerte —los hados de mi imaginación no permitieron que muriera: la bala pudo entrar por su boca, salir por el cuello e incrustarse en su brazo izquierdo, pero cinco valerosos soldados lo rodearon a fuego cruzado hasta que lograron meterlo en el helicóptero que lo llevó al buque hospital—, Francisco me contó una historia que le valió ganarse automáticamente mi respeto y admiración. Ahora, si mami quería, podía ser su novio. Francisco era el único que sabía por qué me hacía pis en la cama: la culpa la tenía el duende.

—¿El duende? —pregunté.

—Sí, señor, el duende peregrino que habita el mundo de los sueños. ¿No me creés? Te voy a contar un secreto: el duende dice una palabra mágica y vos te hacés pis encima. Así de simple. ¿Querés vencer al duende? Sé muy bien lo que hay que hacer, yo también tuve que vencerlo cuando era chico como vos. Pero tenés que hacer todo lo que yo te digo, si no, no funciona: lo primero que debés hacer es tomar poquito jugo durante la cena, menos de la mitad. Después hacés pis, te cepillás los dientes, y, antes de acostarte, repetís dos veces las palabras mágicas para quebrar el hechizo del duende. Dos veces repetís: no me voy a hacer pis, ya soy grande. ¿Qué hora es ahora? Mejor empezá mañana, hoy ya tomaste mucha coca-cola y no va a funcionar —me dijo Francisco, y yo le creí, le creí tanto que casi estoy convencido de que alguna vez vi al duende llorando con un zapato en la mano como un Leprechauns.

Debo decir que su historia, al menos durante unas semanas, funcionó a las mil maravillas. Hice paso a paso lo que me había aconsejado y a la mañana siguiente me desperté entre impolutas sábanas blancas como un papel secante. Mi madre se enojaba mucho si me encontraba meado.

«Ya sos un hombrecito, qué vergüenza, Lautaro, que todavía te hagas pis en la cama», solía decirme.

Incluso alguna vez hasta llegó a pegarme. Pero eso fue antes de que se fuera a vivir con Francisco... Me estaba llevando al colegio cuando me habló de un trabajo nuevo. No sería por mucho tiempo. En unos meses podría comprarme juguetes y ropa linda. Si me portaba bien con la abuela hasta podría comprarme el reloj con jueguito que yo le había pedido. Por supuesto, el reloj con jueguito nunca me lo compró. Era una promesa que se renovaba cada vez que necesitaba algo de mí; cosas que, por otra parte, yo no podía darle: no hacerme pis en la cama, por ejemplo. Aquel reloj Casio de malla negra y botones rojos (el juego consistía en un helicóptero que debía esquivar proyectiles) estaba en la vidriera de una joyería, pocas cuadras antes de la escuela. Cada vez que pasaba por ahí con mi abuela, mi aliento se incrustaba en el vidrio. La mirada no tardaba un segundo en localizarlo, el resto desaparecía; sólo quedaba ese maravilloso reloj cuyo precio me era tan ajeno e incomprensible como una fórmula química. Mi abuela nunca supo por qué todos los días quedaba fijo como una estacada frente a la vidriera de la joyería. Si se lo hubiera dicho, estoy seguro de que no habría vacilado un solo segundo en comprármelo. Yo quería tener ese reloj, sí, pero más quería que me lo comprara mi madre. Me lo había prometido. ¡Vivía para prometérmelo!

—Mi mamá me lo va a comprar para el día del niño —les decía a mis compañeros de grado. Y luego—: Ayer fuimos a preguntar el precio —mentía—. Mi mamá me lo va a comprar para mi cumpleaños. —Finalmente—: Yo lo voy a pedir para Navidad. Mi mamá me dijo que Papá Noel me lo va a traer.

Llegué a desear tanto que mi madre me lo comprara que un día dibujé un reloj idéntico a ése en un papel. Luego de pintarlo con marcador negro, lo recorté y lo adherí a mi muñeca con cinta skotch. Cada vez que ella llegaba, yo estaba listo para ofrecerle una hora imaginaria.

Era recién al anochecer cuando mi madre venía a vernos; mientras las dos mujeres tomaban mate, yo jugaba con la alegría y la seguridad propia de quien ha recuperado un lugar en el mundo. Durante un ratito era como antes, como había sido siempre para mí: los tres juntos, la radio y su música frágil, el olor a comida y la sensación de intimidad invulnerable que ofrecía la luz encendida de la cocina. Esas cosas, y una o dos más, es lo que yo entiendo por calor de hogar. Pero nada era como antes; mi madre ya no vivía con nosotros. Después de cenar, cumplía con el ritual de plegar la sábana a la altura de mi mentón: cama fría y sonrisa de perfil. Antes, cruzaba las piernas.

—No te vayas, mami. Quedate conmigo —le decía.

Hacía un lugar en la cama.

—Dormí, hijo, dormí tranquilo. Mami se queda con vos.

Yo cerraba los ojos, tembloroso. Luego, impulsado por un presentimiento horrible, los abría súbitamente.

—Te vas a ir.

Una mano entre sus piernas cruzadas y la otra en mi frente.

—No, no me voy.

La radio dejaba de sonar: caía la luz del patio. Detrás de unos pasos, el pelo suelto de mi abuela se revelaba ante la penumbra. Su largo camisón de algodón color rosa seguía de largo hasta entrar en el baño. No terminaba de familiarizarme con la humedad del cuarto que ya advertía que la mano oscura de mami se retiraba de mi frente. La oscuridad quería involucrarnos.

—No te vayas, acostate conmigo.

La almohada siempre era lo suficientemente amplia como para cobijarnos a los dos.

—No me voy, me quedo con vos, dormí que ya es tarde. ¿Querés que te lea un cuento?

La almohada robaba su perfume antes de que me dejara.

—Dame la mano.

Ella estaba incómoda y yo, seguro. No podía abarcar toda su mano cálida. Me aferraba a uno de sus dedos. Apretaba fuerte el dedo meñique de mi madre para que no se me escapara: me entregaba al sueño sin ofrecer resistencia. Tenía a mi madre al lado, apretaba fuerte el dedo de mi mamá. Me despertaba: ya no estaba a mi lado. Era de madrugada. ¿De qué manera escribir lo que sentía cuando al abrir los ojos comprendía que se había escapado? Ma, mamá, mamita... Estaba todo meado otra vez. En medio de la oscuridad, me hacía un lugar en la monumental cama de mi abuela Paula y recién entonces podía conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, como cualquier otra mañana, no había tiempo de lamentar el pis de mi cama.

Para mi abuela nunca había:

—Ya vas a dejar de hacerte, no conozco ningún hombre sano de cuarenta años que se haga pis encima. Todavía tenés tiempo —solía decirme, y ya me alcanza otra vez la frescura de su voz de agua; la veo abrir la puerta de una felicidad que jamás volvió a abrirse o ha desaparecido, llamándome m'hijito; ofreciéndome una caricia como un pétalo desprendiéndose lentamente de su mirada cálida y esa manera tan particular que tenía de reírse al escuchar una ocurrencia mía.

Antes de que Francisco llegara a la vida de mi madre (o ella a la de él), Paula, Cora y yo vivíamos en una casa en el barrio de Almagro. Una de esas construcciones españolas de techos altos, gran acústica, un pequeño hall y un patio con baldosas ajedrezadas que, a fuerza de imponer plantas, logró convertirse en un jardín de invierno. Yo la conocí como solamente los niños pueden conocer una casa. Cada rincón, cada ángulo de una baldosa, cada lugar donde se proyectaba la sombra de un mueble era un territorio conquistado, vivido, soñado. Podía suceder que una rejilla se convirtiera en un precipicio, por ejemplo: el agua incansable y latente como el arroyo Maldonado seguía un curso amenazante para mis ju-

guetes, como el tiempo. Mirada adánica: descubrir por primera vez las partículas de un rayo de sol filtrándose por entre las cortinas; asombro frente a la luminosidad que engrandece la postura bélica de un soldadito de plomo.

Nuestra casa, estampada al final de un pasillo largo y angosto, era la última de una serie de diez. Los sábados, a partir de las dos de la tarde, me sentaba en el escalón de la puerta para esperar a Norberto Nogán, a mi padre biológico, como diría mi madre muchos años después. Pasaba horas enteras mirando fijamente hacia el final del pasillo; y de repente nacía un punto, un punto negro avanzaba hasta transformarse en mi padre, que sonreía con los brazos extendidos. Los lugares a los que me llevaba (el Ital Park, el cine Los Ángeles) y una conversación que no le pude dar es casi todo lo que recuerdo de aquel hombre que debió ser mi padre y no lo fue nunca. No recuerdo su voz, no sé si era alto o petiso, no sé cómo eran sus manos ni su manera de caminar, de reír, de hablar, no sé si me parezco más a él que a mi madre, o mucho más a mi madre en lo visible y mucho más a él en todo lo demás, porque también trabajó en mí la presencia de Francisco, fruto de la convivencia o de mi propia búsqueda. Búsqueda, escribí. A Norberto Nogán lo vi por última vez el mismo día que nos mudábamos a Villa del Parque. Aún no había terminado de guardar mis juguetes cuando mi abuela, nerviosa, me lavó rápidamente la cara en la pileta del patio diciendo que mi padre me esperaba. Era sábado; pero a diferencia de los demás no me llevó a pasear a ninguna parte. Fuimos a un bar: pidió un jugo de naranja exprimido, un café, y me preguntó por Francisco, o por mi madre a través de Francisco. Antes, me regaló una cadenita de oro.

—¿Te gusta?

—Mucho.

—Vos te lo merecés —dijo—. Otro día podemos elegir una medallita. No sé, o algo que a vos te guste. Compré una

cruz pero la dejé en casa. Por las dudas. Viste cómo es tu abuela. Ella no cree, yo sí.

—Nunca me la voy a sacar. Nunca.

Tomó un sorbo de café. Después, dijo:

—No sabía que tu madre tenía novio. ¿Vos sabías? No me dijiste nada. ¿Es bueno con vos? Contame, ¿qué tal es? Así que se mudan. Bien, tengo que hablar con tu abuela para que me dé la dirección. ¿Qué dice tu abuela? Es brava la vieja. ¿Está contenta? No decís nada. ¿Qué pasa? Yo sé lo que pasa: ahora que tu madre tiene un noviecito, no quiere que hables conmigo. ¿No es cierto? ¿Es eso? Pero bien que cuando necesita plata... Escuchame, Lautaro, quiero hacerte una pregunta: ¿te gustaría vivir conmigo? Yo estaba pensando que a tu madre la podrías ver los fines de semana, así como nos vemos nosotros. ¿O acaso yo no soy tu padre y nos vemos los fines de semana? Yo soy tu papá, ¿entendés? Esta camisa, el pantalón que tenés puesto, los zapatos, te los compré yo. Papá te los compró, entendés eso, ¿verdad? Si vos te decidís, hijo, hablo con mi abogado y en un mes estamos viviendo juntos, ¿te imaginás? Primero tengo que arreglar el departamento, pintarlo un poco, está muy feo, por eso no te llevé nunca. Me decís que sí y en una semana está listo. Además no tenés que cambiarte de escuela. Me contó tu abuela que tu madre piensa cambiarte a un colegio que está cerca de donde van a vivir. Pensalo tranquilo. Una habitación para vos solo... Te compro un televisor a color... No está mal la idea. ¿Qué me contestás?

—No.

—¿No lo vas a pensar tampoco? ¿Y por qué no querés? Bueno, está bien. Terminá el jugo, que tu abuela te está esperando.

Quince minutos después me encuentro otra vez rodeado por mis juguetes y sin comprender, sin tener la menor posibilidad de comprender, lo que hoy al escribirlo debería resul-

tarme claro y sin embargo... Sospecho que detrás de lo que me propuso Nogán se encontraba mi abuela. Por supuesto, lo digo ahora que ella no está y no puede quitarme las dudas —es terrible no tener con quien hablar de todo esto—, lo digo teniendo en cuenta lo que sucedería muchos años más tarde, y porque yo la escuché cuando le dijo a mi madre:

—Andate si querés con ese tipo, pero dejame al gurí, Cora. No lo sigas lastimando.

—Lautaro tiene que vivir con su madre. Y no es ningún tipo, mamá. Se llama Francisco, y va a ser un buen padre para mi hijo.

—Lautaro ya tiene un padre.

—Puedo darle otro, si quiero. ¿A qué le llamás padre, vos? No me lo digas, yo ya lo sé.

No importa que no haya sido exactamente así. Lo importante es lo que ocurrió después: mi madre y mi abuela se agarraron de los pelos salvajemente. La primera cachetada se la dio mi abuela, mi madre respondió y entonces comenzó el forcejeo, los gritos, los insultos, hasta que las dos fueron atravesadas por un momento de lucidez y me miraron, me miraron a mí que estaba golpeado por el miedo en un rincón, llorando.

Esto ocurrió el viernes. El sábado, mi padre me fue a buscar por última vez. Más tarde, llegó Francisco con el camión de la mudanza. Yo no sabía, no podía imaginar siquiera que aquella sería la última vez que vería a Norberto Nogán. Durante muchos sábados no hice otra cosa que esperarlo en el más absoluto de los silencios. Crecer y alimentar la esperanza de que viniera a buscarme fue casi lo único que pude hacer durante los primeros años que viví en Villa del Parque.

Un día, durante esa época nada original de crecimiento abrupto y desparejo, intenté recobrar su imagen utilizando el espejo del baño. Por entonces mi madre solía decir que yo me parecía mucho a ella, los ojos más que nada, pequeños, lige-

ramente achinados, color café, y quizás también la nariz, que aprendí a no tomármela en serio porque los dos, decía, habíamos nacido con una lágrima entre las fosas nasales. Entonces una tarde, con cinta aisladora de color negro que había sacado de la caja de herramientas de Francisco, pegué sobre el espejo del baño largas tiras de aquella cinta para cubrir las partes que supuestamente había heredado de mi madre (no cubrí mi cabello porque ella lo tenía de color negro y yo tirando a castaño claro. Tampoco cubrí mis labios, por no parecerse en nada: mi labio superior es más delgado en comparación al inferior). Me parecía a mi madre en gran medida, era cierto; pero el resto, de lo que nadie quería hacerse responsable y no se hablaba, tenía que pertenecer a mi padre biológico. Ahí estaba yo, mirándome de frente, cuando de pronto la cara de Francisco apareció en el espejo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó sorprendido, y sé que pude mentir, pero dije la verdad.

—El fin de semana, vamos a buscarlo —dijo Francisco para tranquilizarme.

El sábado, bien temprano, Francisco y yo emprendimos la búsqueda en el Falcon. La dirección que mi madre nos había anotado era de un hotel familiar. El encargado escuchó la explicación de Francisco, y luego nos anotó una nueva dirección. Pero para no crearnos falsas expectativas, le dijo a él, mirándome a mí, que lo más probable fuera que tampoco viviera más en esa pensión.

—Nogán es un hombre muy inestable y de un carácter difícil.

Aparentemente, había dejado la pieza debiendo un mes de alquiler. Antes de despedirnos, me dijo que se acordaba de mí. Nogán le había mostrado una fotografía mía arriba de una moto. Yo también me acordaba; me la había sacado en el Ital Park. No era una moto; pero no dije nada, y nos fuimos.

Prefiero ahorrarme los detalles sobre lo que ocurrió después. Durante muchos años quise creer que las palabras de Francisco amortiguaron una verdad: evitarme la angustia de escuchar que Norberto Nogán tampoco vivía más en ese lugar. Hoy no estoy tan seguro.

—No hay manera de localizarlo —dijo Francisco, apenas subió al auto.

Mientras regresábamos a casa, me contó la historia del avión Super Etendard que derribó al destructor Sheffield con un misil Exocet M-39, y logró regresar ileso al portaaviones 25 de Mayo.

6

La primera oportunidad que tuve de hablar sobre la guerra de las Malvinas fue en el primer año del colegio secundario. El profesor de historia, que había querido inaugurar el mes de abril y las primeras horas de la mañana con una reflexión sobre la soberanía de las islas, nos ofreció un largo discurso que se enredó hasta quebrarse allá por el siglo XVIII, época en que una guarnición británica ocupó las islas con permiso del gobierno español, que por entonces ocupaba gran parte del territorio sudamericano con títulos legales, es decir, reconocidos por las naciones europeas.

No mucho más que eso me quedó del grandilocuente discurso de aquel despreciable profesor de apellido Gómez; porque lo único que yo deseaba era que se callara para poder levantar la mano y contarle a él —más que a él a mis compañeros— que mi padre había combatido en la guerra de las Malvinas.

No creo mentir si digo que yo era el único alumno verdaderamente interesado en el tema. La mayoría no prestaba atención, y los demás simulaban tanto estar concentrados en la clase que dudo que hayan comprendido algo. Supongo que se hizo evidente cuando el profesor Gómez formuló una pregunta casi inaudible para los que estábamos sentados al fondo. En ese momento, yo levanté la mano diciendo que mi padre había estado en las Malvinas.

—No me diga. Así que su padre estuvo en las islas Falkland... Mire usted qué bien. ¿Y cómo es su apellido?

—Nogán —dije—, me llamo Lautaro Nogán.

—¿Su padre es militar? —No fue una pregunta, tampoco me miró. Buscó un cómplice sentado en la primera fila y luego sonrió para decir—: ¿O periodista?

Una risita torpe quedó en evidencia. Segundos después, debajo del pupitre, sentí el zapato de mi compañero encima del mío. Todos me miraban.

—No, no es militar —dije—. Era colimba.

—Colimba —repitió el profesor Gómez y se quedó mirándome el tiempo necesario para que yo comprendiera que había cometido un error. ¿Qué le diría cuando me lo preguntara? ¿De qué manera explicar algo que ni siquiera yo tenía muy claro? ¿Acaso podía explicarle que Francisco era mi padrastro? A mi padre, a mi padre biológico, ya casi ni recordaba cuándo lo había visto por última vez. Ahora tenía trece años y la palabra postizo se había desprendido definitivamente del árbol de mi vida como una fruta madura. Ya no quedaba ni la sombra de aquella dualidad tan complicada. Francisco era, sencillamente, mi padre. Al menos eso era lo que me habían enseñado. Así debía llamarlo a partir de que nos mudamos a Villa del Parque los tres juntos.

—Quíteme una duda, Nogán —dijo bruscamente el profesor Gómez, mirándome por encima de los lentes; montura de carey resbalando expectante por la nariz hasta detenerse a la altura de la sorpresa y la desconfianza—. ¿Cuántos años tiene su padre?

Era inevitable. Lo sé. Y ahora, antes de escribir lo que le contesté al profesor Gómez, quiero desentrañar el origen de esa respuesta; porque lo cierto es que no hice otra cosa que repetir lo que alguna vez había escuchado.

¿Cuántos años tiene Francisco? Por absurdo que parezca la verdad es que no lo sabía. Es más, creo que no debía saberlo, no al menos hasta que fuera capaz de comprender que lo que habitualmente entendemos por crecimiento de un hombre no

puede medirse mediante su edad sino por lo que ha vivido. No recordamos años sino momentos, entonces la maduración de un hombre no puede lograrse de otra manera que no sea por medio de esos golpes duros a los que se refiere Vallejo; golpes que en ciertos seres abren brechas, desfasajes de imposible reconciliación entre el hombre y su edad (por supuesto, el profesor Gómez no pretendía ir tan lejos; los números no le cerraban, eso era todo). Ocurre que Francisco no festejó un solo cumpleaños durante los años que vivimos los tres juntos. ¿Se avergonzaba de la edad que tenía? Recuerdo una fotografía suya que estaba enmarcada junto a una medalla, al lado de otro cuadro que correspondía a un diploma conmemorativo, encabezado por la siguientes inscripción: El Honorable Congreso de la Nación... y cuya lectura en voz alta siempre me dejaba hinchado de orgullo como un globo de helio. Pocas cosas de aquella casa me quedaron grabadas tan ardientemente como esa pared del comedor, y no sólo por lo que ya mencioné, sino porque omití algo y sé que será de suma importancia si al final de todo esto quiero comprender lo que ha pasado: las armas. Colgadas en soportes de madera labrada, había una carabina calibre veintidós y un máuser; última adquisición con la que iríamos a practicar a un polígono en Palomar cuando mi madre comenzó a salir los sábados por la mañana. Francisco adoraba las armas, coleccionaba revistas —que yo también leía— y suscripciones. Diferenciaba a simple vista una Carabina Winchester modelo 94 Ranger de una 9422 Walnut.

—Pero lo único que tienen en común es el aspecto —podía llegar a decir, y había que ver cómo se entusiasmaba frente a un interlocutor válido—. La expulsión de la 9422 se hace lateralmente mientras que en la 94 se hace por arriba. Hay una carabina producida por la firma alemana Erma inspirada en la Winchester 9422. Es un arma de séptima categoría muy bella: culata inglesa y delantera de nogal, alza ajustable en altura y posibilidad de montar una mira telescópica.

Aquellas armas parecían custodiar con recelo el ritual de la memoria; sobre todo la fotografía en que se ve a Francisco a los diecinueve años: serio, chaleco salvavidas anaranjado cubriéndole por completo el tórax y la tira de un casco verde abrochado a un mentón rígido como el mar de fondo o mi primera idea de un portaaviones llamado 25 de Mayo. Creo que la razón por la cual Francisco dejó de festejar su cumpleaños se encontraba dentro de aquella fotografía; no se avergonzaba de la edad que tenía, como cualquiera hubiera sospechado, la edad que le imponían festejar él ya la había superado hacía mucho y por esa razón era completamente apático.

Siempre tenía a mano un florido ramillete de respuestas cuando le preguntaba por qué no festejaba su cumpleaños. Podía llegar a decir:

—Cuando llegues a mi edad, vas a comprender que no hay ninguna razón para festejar que te estás acercando a la muerte.

Claro, yo aún no había meditado sobre la muerte, era muy joven, era inmortal, adoraba festejar mi cumpleaños: era lógico que sus palabras me sonaran a hueco. Más si observaba a mi madre. ¡La gran artífice! Nunca en mi vida conocí a una persona que disfrutara tanto el hecho de cumplir años. Creo que no habría vacilado un solo minuto si le hubieran dado la posibilidad de publicar una invitación en la portada de los principales diarios de Buenos Aires.

Era algo exasperante, como verla bailar, o justamente por eso, porque no hacía otra cosa que bailar alrededor de un montón de personas que disponían de nuestra casa como si fuera a demolerse al otro día.

Mi madre festejó siempre por partida doble: primero una reunión para la familia, un almuerzo con agua mineral, vino blanco y canapés, algo muy sobrio, íntimo, decía ella, pero la verdad es que todo tenía un vago aspecto de equidad malograda como las butacas de los teatros. Y por la noche, el gran

acontecimiento: la Navidad de los Enríquez era un velorio comparado con las reuniones que mi madre organizaba Sólo para amigos; si bien esto último, en ella, significaba un puñado de personas conocidas una semana, un día, una hora antes de que la puerta quedara cerrada sin llave. Solía pegar un cartelito en la puerta:

El timbre no funciona.

Por favor, entre directamente y cierre la puerta.

Por supuesto que no era cierto; Francisco jamás se hubiera permitido vivir en una casa sin timbre. El cumpleaños de mi madre era un acontecimiento multitudinario que se propagaba como la peste; caravanas de botellas traían de la mano a parejas, mujeres y hombres solos con caras de felicidad a lo Malcom Lowry en Dollarton. Es extraño, intento retener una imagen de Francisco en medio de aquella vorágine y no lo logro. Sé que ahí estaba, lo siento, pero no puedo atraparlo, se me escapa detrás de la radiante impunidad de una lamparita cubierta con papel celofán color verde; se pierde como tantas cosas que se perdían o robaban al finalizar la fiesta. Sólo alcanzo a aprehender su quietud de remanso a la mañana siguiente, su calma estoica al reparar en los objetos faltantes o los daños que, como cañerías viejas, comenzaban a manifestarse pasados los quince o veinte días, que era, además, cuando se hacía más notorio que su cumpleaños había pasado inadvertido otra vez: eclipsado por el festejo rutilante de mi madre.

—No hace falta —me contestó la última vez que le pregunté, mientras él barría y yo juntaba con la pala los restos de lo que fuera un brindis contrariado—. Tu madre cumple años por los dos.

¿Esa era la verdad? ¿Tan simple? Francisco dejó de festejar su cumpleaños para no verse obligado a materializar en palabras la diferencia de edad que existía entre mi madre y él. Todo lo que no se nombra, sencillamente, no existe, pienso.

¿Pero realmente existía esa diferencia? Francisco era menor que mi madre, es cierto, pero, paradójicamente, no era más joven. Nadie puede ocultar su edad cuando la merece. Francisco no necesitaba fingir la edad que tenía; y si mantenía su bigote rubio no era por afán de parecer mayor sino para ocultar una cicatriz. Tal vez sólo las mujeres, sus clientas, intuían que se transparentaba un hombre joven detrás de esa primera impresión que despertaba su voz gastada por el tabaco, detrás de las arrugas como jirones de angustia arañando los párpados ligeramente caídos, o su temprana calvicie, y el brazo izquierdo, algo debilitado pero no menos orgulloso (porque él lo mostraba cuando intuía un gesto incrédulo, cuando era necesario arremangarse para que vieran el ancla tatuada con tinta china, la cicatriz serpenteando la carne, tornando imprescindible su tono sarcástico para comprender la historia de un tatuaje arruinado por lo que él denominaba una herida de guerra), detrás de sus manos anchas y pesadas como las de El Caballero Rojo, pero cuarteadas como si hubieran crecido a la intemperie, huérfanas. Manos lastimadas que a nadie le llamarían la atención porque estaban en perfecta armonía con su trabajo. Aunque no siempre debió ser así, por lo menos no cuando recién terminó el Curso de Gasista Matriculado en el Instituto Mariano Polledo y aún no tenía ningún cliente, ninguna experiencia que le indicara que las amas de casa cuando contratan a un plomero, o a un pintor, no pueden evitar mirar las manos de quien será portador de confianza y dinero. Quizá porque solamente tenía las manos de quien ha superado todas las desventuras que suele traer un oficio, porque tenía las manos de un hombre que ha sido trabajado por la experiencia, pero no tenía ninguna, ningún cliente, prácticamente ninguna herramienta exhibió en sus primeras tarjetas de presentación el único título del cual se sentía realmente orgulloso: haber combatido en la guerra de las Malvinas.

Me acuerdo de lo feliz que estaba la primera vez que me mostró la tarjeta, tan impaciente por leérmela como si la hubiera mandado a hacer para mí. Me regaló una, todavía la conservo.

FRANCISCO MARTOY
GASISTA MATRICULADO
ARREGLOS EN GENERAL
Veterano de Guerra. Matrícula de Revista N 9971-1.
Expedida por la Marina de Guerra Argentina.
Portaaviones A.R.A. 25 de Mayo. Dep. de Armamento.

Y debajo, naturalmente, el número de teléfono y la dirección de la casa. Sobre todo el número de teléfono; porque fue esa la razón por la cual nos fuimos a vivir a un barrio tan lejano como Villa del Parque.

—Ahora que Francisco consiguió trabajo, vamos a vivir los tres juntos en una casa muy, pero muy grande que hasta tiene teléfono —me dijo mi madre en el tono inclemente de quien no acepta el paso del tiempo: hacía más de un año que yo vivía con mi abuela Paula.

Escribo esto y me doy cuenta de que ignoro por completo lo que sucedió entre mi madre y Francisco durante el tiempo que vivieron solos. Como también ignoro de qué manera Francisco llegó a conocer al señor Botbol, el hombre que pasó de ser su primer cliente, especie de Mecenas que le encargó un trabajo serio y bien remunerado, a convertirse fatalmente en algo más que un simple propietario al cual debía pagarse un alquiler todos los meses.

Si lo importante de aquella casa era el teléfono, tengo que decir que nunca dio los resultados deseados. Un día Francisco llegó a preguntarse en voz alta y como si me lo consultara si el hecho de haber manifestado en sus tarjetas que era un veterano de guerra no le habría impedido obtener clientes.

—Creo que cometí un error —dijo—. La gente piensa que los veteranos de guerra estamos todos locos.

Y una semana más tarde, repartió en el barrio cien tarjetas de renovado silencio. ¿Realmente piensa eso la gente sobre los que combatieron en Malvinas? Me pregunto por qué no se colmó una plaza para recibirlos, por qué se pensó que una pensión vitalicia alcanzaría para cubrir toda una vida destrozada. Si es que acaso se hizo algo una vez que se consumió como un fósforo la fiebre de solidaridad que alcanzó a muchos no bien terminó el conflicto. ¿Y la asistencia psicológica? ¿A nadie de mi familia se le ocurrió pensar que Francisco necesitaba un tratamiento psicológico con más urgencia que el fraguado para el tío Migliano? Después de la guerra, la gente quedó necesitada de olvido como una cafiaspirina vencida. Necesidad que aún perdura en la conciencia del país, suponiendo que haya una, y yo creo que sí, una conciencia generalizada y unívoca que sufre de una gran migraña embrutecedora.

En cuanto a las nuevas tarjetas, lamentablemente tampoco tuvieron el efecto que él imaginó que tendrían. La realidad se empeñaba en vano en demostrarle que nadie contrataría sus servicios porque fuera un veterano de guerra. Y comenzó a dudar de su capacidad, diciendo:

—No voy a vivir de sus limosnas, no señor, no voy a permitir que me den trabajo por lástima.

Supongo que se sentía obligado a decírmelo: pasaba muchas tardes sentado a la mesa de la cocina, tomando mate, en compañía de un dibujo garabateado rencorosamente en una hoja de su agenda. Francisco debió acostumbrarse a pasar largas semanas sin arriesgar un miserable presupuesto. Irrumpir nunca es fácil, cuesta, da trabajo imponer lo que uno hace sin perder tiempo y energías en tratar de justificarse. Si ahora resbalo sobre una palabra y lo evoco sumido en la desesperación, atormentándose en la perseverancia cuando se vencían los

impuestos o sólo quedaba medio limón en la heladera, es porque sé que merecía como nadie tener una pequeña cartilla de clientes. Trabajaba bien, y esto, en su oficio, significa que era puntual, prolijo, rápido y siempre cobraba menos de lo que valía su esfuerzo. De una gran memoria visual, Francisco era recalcitrantemente curioso con lo que le gustaba y completamente apático con todo aquello que lo aburría. Ya de chico (me contaba), terminaba destrozando todos los juguetes por esa irresistible inclinación de averiguar cómo estaba articulado el mecanismo de un autito a fricción, por ejemplo. Le bastaba con mirar, y eso mismo era lo que él te respondía cuando le preguntabas sobre cualquier cosa que hubiera aprendido, y no porque quisiera ocultarte su secreto, como yo creí durante mucho tiempo, sino porque era así como él sentía que verdaderamente había capturado el conocimiento.

—¿Cómo aprendiste a manejar, viejo? —podía preguntarle.

Nunca lo llamé papá, pero tampoco nunca por su nombre si estábamos los dos solos.

—Mirando —contestaba él.

Así con todo lo que se me ocurriera. Si por casualidad lo llamaban para que hiciera un trabajo que no había hecho nunca, lejos de rechazarlo, corría hacía la casa de Enríquez para agujerearlo a preguntas. Como cualquier espíritu inquieto, los desafíos no lo amedrentaban. Por lo contrario, parecían secarle los labios, generarle una sed de conocimiento que su vecino seguramente lograría saciar.

Ricardo Enríquez era un hombre corpulento, alto, tenía el pelo negro, crespo, veteado de canas y una sonrisa como los hombres de antes. No escatimaba el conocimiento que le había dado su experiencia ni hacía alarde de esto último. Su fuerte era la plomería, aunque en los últimos años trabajara como contratista de obra. Era respetado y muy querido en el

barrio, y estoy seguro de que los clientes que le fueron fieles durante toda su vida habrían pasado gustosos a pertenecer a Francisco si nada hubiera sucedido, sintiendo una especie de seguridad, o acaso la alegría que da reconocer al maestro en el estilo del discípulo. Era muy divertido verlos juntos, espiarlos cuando hacían la presentación de los caños en la terraza de mi casa, y, entre mate y mate, cigarrillo tras cigarrillo, escuchar los consejos que Enríquez gastaba con humor e ironía frente a un Francisco concentrado y meticuloso, atento y respetuoso, al que le bastaba una sola explicación para comprender lo que debía hacer. Yo mismo lo corroboré. Un día (se trataba de un trabajo que no había hecho nunca) me llevó a trabajar con él en la época en que tomó al tío Migliano de ayudante.

—Ponete el pantalón más zaparrastroso que encuentres —me dijo.

Y ya en el auto, mientras manejaba y fumaba por avenida Sanabria, me explicó que teníamos que descubrir un caño y luego seguirlo hasta el interior de un local donde funcionaba un negocio de lencería. Todo con pico y pala, es decir, tres metros de distancia y algo más de un metro y medio de profundidad.

—Trabajo de hombres —fue lo que dijo con una sonrisa de perfil que abarcó todo el asiento trasero.

Me gustaba mucho salir con Francisco en el Falcon; observar como si fuera un Dios su manera de manejar con una sola mano y escuchar de repente las cosas obscenas que le gritaba a las mujeres que cruzaban la calle. Yo festejaba esas frases; me reía, y, acto seguido, le palmeaba el hombro, acaso como exigiéndole más de esas ocurrencias que, lejos de ser un piropo, crecían en el aire hasta convertirse en un insulto canallesco. Aún hoy retengo el gesto atroz de una mujer cuando Francisco, al verla cruzar con un bebé en brazos, le gritó sacando la cabeza por la ventanilla:

—¡Matalo que te hago otro!

Llegamos al local. Cuando por fin me dio la pala intenté seguir sus indicaciones más allá de que no estuviera acostumbrado y tardara una eternidad en arrancar cada pedazo de tierra (mis brazos perdían rápidamente sus fuerzas; a la cuarta palada consecutiva me pedían un descanso de lustros). En un determinado momento, un olor fétido comenzó a trepar por mis piernas como ratas enloquecidas por el frío metal de mi pala. Ya no era tierra.

—No es tierra esto —dije—, ni barro... No me digas que...

—Sí —dijo. Y Migliano se reía, tan servil—. Es mierda, ¿qué otra cosa iba a ser? Eso que ves ahí es un caño de cloaca. Dale, no seas flojito, seguí.

No pudo decir que no lo intenté. A falta de una indumentaria adecuada, cubrí con bolsas de residuo mis zapatillas y continué trabajando para demostrarle que no era ningún flojo. Trabajé o resistí, mejor dicho, hasta donde pude y me dejó el cuerpo. Las náuseas y luego las arcadas cada vez más profundas me doblaban como uno de sus viejos caños. ¿Y de quién fue la culpa si vomité sobre mis pantalones y me sentí afiebrado, humillado y solo dentro de un pozo frío como la muerte? Me negué rotundamente a seguir trabajando: tiré la pala y me fui.

Al rato regresé, guiado por la culpa.

—Ya está terminado —dijo, lacónico.

Un cigarrillo iluminó su mirada colérica y vengativa. Pensé que podría recuperar lo perdido ayudándolo a tapar el pozo, pero me dijo que no: había colocado un tablón pesado y aún no había llegado la dueña del local.

—¿Y el tío Migliano? —pregunté.

—En el auto.

Esperamos sin decirnos nada. No me miraba. Cuando llegó la dueña del local acompañada por el administrador del

consorcio, levantó de un lado el tablón y me pidió que lo sostuviera.

—Vamos a mostrarle a los señores dónde hicimos el empalme... —Y mirando a la señora—: Porque, ¿sabe?, hoy vine con mi segundo ayudante. —Y sonrió para luego repetir la palabra empalme. Su pie se acercó confiado al borde del pozo. Estaba por agacharse, cuando la señora exclamó:

—¡Pero qué ayudante buen mozo que tiene!

Y Francisco, molesto, quitó la mirada del pozo y le dijo a la señora que sí, que yo era su hijo. Después señaló el caño donde se había hecho el empalme y quiso agregar algo pero no fue posible: la voz espantada de la señora sufrió un desgarro.

—No entiendo. ¿Su hijo? Usted es un hombre joven para tener un hijo tan grande.

Y yo lo miré: lentamente levantó la cabeza y dijo:

—Un error de juventud, señora. Un terrible error de juventud. ¿Le interesa saber dónde se efectuó el empalme?

7

Fue eso mismo lo que le contesté al profesor Gómez cuando me preguntó cuánto años tenía Francisco.

—Soy un error de juventud —dije. Y enseguida agregué—: Mi padre estuvo en el portaaviones 25 de Mayo.

Palabras que tuvieron toda la precisión de un swing de izquierda: vi cómo trastabilló el profesor Gómez, cómo se enredó entre sus piernas y su cuerpo lo obligó a retroceder tres, cuatro pasos de espalda al pizarrón para dar contra las cuerdas frente a un público atónito que no acababa de entender lo que había sucedido. Convencerse es la palabra; como cuando cae un ídolo o alguien que se teme mucho. Al profesor Gómez se le había desprendido la estilográfica de la mano y parecía que no iba a terminar nunca de cerrar la boca. Me miraba como queriendo adivinar algo a través de mi mirada, que se mantenía orgullosa y altiva como un novato convencido de su hazaña. Y qué lástima que no haya sonado el timbre en ese momento. Hubiera sido memorable que lo alcanzara la campana mientras se abrazaba a las cuerdas, a la elasticidad del aire, pero no, el profesor Gómez, aturdido todavía, alcanzó a decir:

—¿Portaaviones, dice usted? Perdón, ¿el portaaviones 25 de Mayo?

Dije que sí con la cabeza.

—¡Ah! Ya entiendo. ¡Su padre llegó nadando a las islas Falkland!

Y se echó a reír a carcajadas limpias. Ahora era el campeón que se reía con su público del coraje de su adversario; volviéndolo fútil y minúsculo, insípido y no menos payasesco. Había algo de violencia incontenida en su modo de reír: su cara cobró un color ligeramente morado, la vena de su cuello se hinchó como una manguera cuando ya no resiste lo más rencoroso del agua. Reventaría. Llenaría el aula de odio y castigo insatisfecho. Menos Mauricio, mi compañero de pupitre, el resto de los alumnos parecían haber traducido al instante el mensaje de lealtad que exigía la mirada del profesor Gómez; una mirada fría, calculadora, que recorría las caras como si quisiera sorprender al enemigo. Un enemigo camuflado de alumno. Es curioso lo que sucedió después, y ahora, al escribirlo luego de tantos años, me parece más sorprendente todavía: la manera en que se hizo silencio. El griterío sufrió un espasmo al contacto con mi voz y formó una ola, una majestuosa ola de silencio creció vertiginosamente a partir de la primera fila de los pupitres y envolvió a las restantes para que algún grito rezagado, alguna risa desmedida, saltara, penetrara en esa ola como veloces pecesitos de colores luchando desesperados por no caer dentro de la red de mi voz de agua, resbalosa como la timidez.

—Mi papá estuvo en Malvinas —dije—. En el portaaviones 25 de Mayo.

—¡Suficiente! —gritó el profesor Gómez, y no me miraba—. Basta de estupideces. Abran la carpeta y copien lo que a continuación voy a escribir.

—Pero profesor...

—Retírese del aula, alumno —dijo tan imperturbable, dando media vuelta; la mirada torva en la mano que sujetaba la tiza.

Cerré la carpeta sin comprender por qué el profesor no había querido creerme. ¿Por qué se habían reído de mí? Y ahora el peor de los insultos: me echaba de la clase. Me sentí

otra vez humillado en el interior de un pozo hecho de palabras húmedas. ¿Y mis compañeros? Silenciosos, observaban desde la complicidad cómo me sepultaba cada nueva palada de incomprensión. Menos uno, Mauricio, que segundos antes de que me viera de pie, dijo:

—Yo te creo.

Salí del aula y me apoyé sobre una pared donde se proyectaba la sombra del busto de Sarmiento, carcomido por años de incultura que siembran los pasillos de escuela.

Minutos más tarde, sonó el timbre.

—Aproveche el recreo —se oyó.

Inconfundible. La voz del profesor Gómez saltó sobre mí como un paracaidista decidido a izar la bandera sobre lo que fuera el campo de batalla. Me incorporé, convaleciente. Salí al patio sólo para contarle a Mauricio la historia de los tres grupos de la Fuerza de Tareas 79. El cual uno, el del norte, estaba comandado por el portaaviones 25 de Mayo y su complemento de dieciocho aviones Skyhawks A4Q y Tracker S2E de reconocimiento. También le conté que Francisco había sido herido mientras cumplía una peligrosa misión de rescate a bordo de un helicóptero Sea King.

—Herido y todo, pudo rescatar al personal de la cuarta Escuadrilla de Ataque que se encontraba en la Isla Borbón, una zona tomada por el ejército inglés.

—No te creo.

—El proyectil se metió por la boca y salió por el brazo izquierdo, te lo juro. Tenía un tatuaje hermoso. Ahora también tiene una cicatriz enorme. Pero igual se nota el ancla. Ya vas a ver, cuando vengas a mi casa te voy a mostrar la medalla de honor que le dieron por esa misión.

Cuando salíamos del colegio, Mauricio me preguntó cuándo podía ir a mi casa. Se lo dije y me fui caminando por Pedro Lozano, o tal vez era Nazarre, no importa. Sé que había calles sembradas de hojas otoñales, replegadas en luminosa timidez

y que el sol brillaba ajeno, resplandeciente, orgulloso y libre como un dios joven de dorada cabellera cuando la imagen del profesor Gómez se cruzó otra vez por mi mente y me obligó a correr. Fue todo muy rápido. Comencé a correr y de golpe me alcanzó la angustia: me puse a llorar. Corría y lloraba. Me alejaba del llanto corriendo por el temor absurdo de que la gente me viera. No paré de correr hasta que llegué a casa.

Abrí la puerta, subí la escalera y lo vi: estaba regando las plantas del cantero. Era mediodía, pienso ahora que me veo saludándolo con todo un gesto demacrado por una huida inefable. Era mediodía, me digo, las plantas no se riegan a esa hora: Francisco otra vez estaba sin trabajo.

«¿Cómo te fue en el colegio?», esperé que me dijera.

Todavía me gustaban los mediodías. Aún faltaba mucho para descubrir que mi madre lo engañaba, mucho para experimentar el miedo que puede nacer detrás de un nombre. Por entonces era lindo llegar del colegio y encontrar el plato expectante junto a una rodaja de pan y un vaso con jugo. Nada de mantel, nunca.

«Comé con pan», decía Francisco.

Y era cuestión de sentarse a la mesa, que preguntara cómo me había ido en el colegio, responder dos o tres tonterías sin importancia y luego almorzar en silencio para después escuchar atentamente alguna historia sobre la guerra junto al mate verborrágico. Antes de irse, agarraba la agenda de cuerina negra y decía:

«Lautaro, lavá los platos y tendé las camas... Así le das una mano a tu madre.»

Mi madre trabajaba todo el día, así que si Francisco no podía ir al mediodía, almorzaba algo livianito en compañía de la radio. En cambio, si Francisco almorzaba conmigo el menú era un suculento bife de chorizo que abarcaba todo el plato. Siempre carne. Nunca una ensalada. Nunca otra cosa que no fuera pan.

—Comé con pan, Lautaro —me dijo. Y no preguntó cómo me había ido en el colegio. Preguntó:

—¿Qué pasó?

Entonces le conté mi propia versión de todo lo que había sucedido con el profesor Gómez. Francisco me escuchó atentamente, o eso parecía; bajaba la cabeza, cortaba un trozo de carne —el cuchillo cruzando con destreza por entre los dientes del tenedor— y me miraba a los ojos como elucubrando algo terrible, para mí, para el que se había ido del aula (en ese punto del relato me encontraba cuando percibí el gesto inequívoco de que comiera) deliberadamente porque no podía soportar que se le rieran en la cara de algo tan importante. Yo estaba eufórico, inmanejable, hubiera seguido así durante semanas. Recién cuando necesité beber un sorbo de jugo, me di cuenta de que aún tenía carne dentro de la boca.

—Dijo que habías llegado nadando a las Malvinas —concluí.

—Le faltaste el respeto.

No entendí. Él encendió un cigarrillo. En momentos como ése siempre encendía un cigarrillo.

—Sabés bien que no podés salir del aula —dijo—. Mirá, Lautaro, que esto no es la primaria... Levantate y traeme el cenicero.

—No me fui, me echó —dije—. Se rió y me echó.

—Se rió.

—Y después me echó. Se llama Edgardo Gómez. Es profesor de Historia —dije, y quité los platos de la mesa.

—Gómez... No, no me suena.

Por supuesto, ¿cómo pude olvidarlo? Mi madre me había anotado en el Comercial Once de Villa Devoto porque era el colegio al que había ido Francisco. Imaginé lo que hubiera sentido si me hubiera escuchado decir: «Nogán, me llamo Lautaro Nogán».

—¿Qué días tenés historia? —me preguntó, mientras le

cambiaba la yerba al mate. Después encendió la hornalla y apoyó la pava.

—El jueves. No, el miércoles.

—¿Seguro?

—No me acuerdo —dije. Y como era capaz de escribir en el agua lo que indefectiblemente venía después de ese gesto, corrí hasta mi habitación. Abrí la mochila, saqué la carpeta y me fijé cuándo volvía a tener Historia.

—El miércoles —dije—. En las dos primeras horas.

Estaba sentado con el mate en la mano y observaba una hoja de la agenda. Había encendido otro cigarrillo. Desde la cocina, a esa hora, se podía escuchar el resoplido metálico del colectivo 124, que tenía parada justo enfrente de nuestra casa. Lavallol y Santo Tomé: la esquina que prefieren las meretrices, decían algunas copetudas del barrio cuando llegó el policía. Y cuando el policía se fue, o lo echaron («Los policías no se van nunca», decía Migliano. «Ni siquiera cuando los rajan.»), Lavallol y Santo Tomé se convirtió en la esquina ganada por las putas definitivamente. Menciono esto porque me pregunto qué hubiera hecho de haber sabido lo que yo pensaba mientras lo observaba tomar mate y repasar los números imposibles de su agenda. ¿Era así como yo lo veía? En todo caso, lo que hice fue cambiar al policía por el profesor Gómez.

—¿Querés un mate?

Un año atrás, los dos veníamos en el Falcon, no recuerdo de dónde, y frenó en la esquina con toda la intención de estacionar marcha atrás como hacía siempre, y sonó el silbato.

«El alcahuete», dijo. Lo conocía, ya todos lo conocían bien en el barrio. Se había hecho odiar al igual que el dueño del chalet de enfrente que había llamado a la policía porque le molestaban las mujeres congregadas en la esquina.

—Quema —dije.

Y el policía, al que seguramente no le molestaban tanto las

putas como el hecho de estar doce horas parado donde ni siquiera había lugar para guarecer su sombra, linterna en mano, en menos de una semana paró y exigió coima a todos los vecinos. Si por casualidad el automóvil tenía el seguro y las patentes al día, entonces el policía esgrimía alguna falta inverosímil: diez pesos.

—Despacio, no hay apuro.

Diez pesos fue lo que le sugirió a Francisco, que pagaba las últimas tres patentes del auto cuando tenías ganas.

«Qué vaya a trabajar si quiere plata, ¿no es cierto?», le comentó a mi madre aquella noche, durante la cena.

Para mí, todos los policías eran como el tío Migliano. Y en parte tenía razón. Creo que Francisco nunca imaginó que un día lo necesitaría para salir de un apuro.

—Está rico —dije—. A mí me gusta así, dulce. Mamá dice que el mate se toma amargo.

Y ese día fue aquella tarde en la que volvió a sonar el silbato estando los dos dentro del automóvil. Tranquilamente, Francisco dio marcha atrás: antes de que subiera la ventanilla, ya teníamos un problema. «Una vez se la perdono, dos no. Usted sabe que esa maniobra está prohibida. Registro y cédula verde».

—En Uruguay, será —dijo— ¿Otro mate?

Me miraba, tal vez sonrió.

—Bueno.

Cuando el policía fue a corroborar los números de la patente, Francisco bajó del Falcon. Antes, mirando por el espejo retrovisor, me había dicho: «Ahí viene Enríquez. No bajes y no te des vuelta». En cuanto a lo primero, le hice caso, pero no pude evitar mirar, y me arrepiento, por supuesto: recuerdos como ése llegarían a potenciarse cuando se abrieran las puertas del miedo. Así que vi todo, lo vi discutir con el policía, mostrar el ancla tatuada en su brazo izquierdo, vi a Enríquez señalando su Torino inmejorable, y vi la gorra del

policía dibujando una estela azul en el aire luego del cachetazo que Francisco le estampó.

—Los gauchos tomaban el mate con azúcar. Pero era costosa, así que la reservaban para ocasiones especiales... Ponerle azúcar al mate era un modo de agasajar al invitado, a los amigos.

—Como Martín Fierro y Cruz.

—Supongo —dijo, y cebó otro mate, pero sin azúcar. Lo tomó de una chupada; la yerba sonó como hojas crepitando bajo el fuego. —Se lavó —dijo, y levantó las cejas, divertido. —Tanta azúcar... Deberíamos hacerle caso a tu madre. —Y con el mate en la mano fue hasta el tacho de basura: corrió la tapa y comenzó a vaciarlo, diciendo—: Esa noche éramos tres: el Tucumano y Rolo. ¿Te acordás del Tucumano? —preguntó, agachado. La boca del mate apuntaba sobre la bolsa de basura. Se quedó en esa posición hasta que le contesté que me acordaba.

—Un gran tipo —dijo Francisco. Abrió la puerta de la alacena; sacó el paquete de yerba, cargó el mate y se sentó a la mesa.

Yo supe que a partir de ese momento comenzaba otra historia.

—Planeamos todo en la camareta: Rolo tenía que chantajear al imaginaria con un paquete de cigarrillos, distraerlo para que el Tucumano y yo saliéramos del sollado sin ser vistos —dijo, cebando un mate—. Nos habíamos enterado de que esa noche había una cena en la cantina de Oficiales. Los muy turros se iban a dar una panzada de pavo a la naranja mientras nosotros comíamos en latas de conserva. La idea era encontrarse afuera, llegar a la cocina, comer algo y volver. No queríamos morir con la panza vacía: faltaba muy poco para llegar a la zona de combate. Pero Rolo arruinó todo; se apareció con una bolsa de equipo al hombro. «No hay que robar nada», dijo el Tucumano. Rolo era grandote, ya te conté, un

poco loquito, había que tener coraje para meterse con él. «No robo», dijo Rolo. «Recupero, que es muy distinto.» Antes de llegar a la cocina, no tuvo mejor idea que tirar la bolsa de equipo al agua.

—¡No!

—La tiró al agua. Imaginate, no nos daban las piernas para correr —dijo Francisco, poniéndose de pie—. Pero ya era tarde, «¡hombre al agua!», se escuchó, «¡Hombre al agua!», se escuchaba todavía mientras sonaba la sirena. ¡Qué baile nos dieron cuando los buzos de rescate encontraron la bolsa de equipo! —Hizo una pausa brusca para cebarse un mate. Después miró el reloj con forma de gota y dijo—: Bueno, Lautaro, me voy. Escuchame, antes de salir, lavá los platos y ordená un poco la cocina. Así tu madre no tira la bronca.

Cuando llegó el miércoles, todo lo sucedido durante la mañana del lunes ya era parte de un pasado remoto. Aún no habíamos izado la bandera cuando supe por la preceptora que me estaban esperando en la secretaría. Y tuve que verlo, necesité abrir la puerta y encontrarme con un Francisco vestido de traje y corbata para recordar el motivo por el cual tenía en su mano derecha el diploma enmarcado y la medalla de honor.

—Ya hablé con la directora —me dijo—. En cuanto llegue el profesor Gómez, aclaramos este malentendido. Por las dudas, no te alejes mucho.

Francisco caminaba de un lado a otro. Observaba ligeramente los ficheros, los anaqueles, o repetía en voz baja la fecha de un legajo para luego mirar hacia el escritorio de Gladys, la secretaria, como deseando que levantara la cabeza de la máquina de escribir.

Finalmente, sonó el teléfono.

—¿Usted es el padre del alumno Nogán? —preguntó Gladys.

—Sí.

—La señorita directora lo espera en su despacho, señor Nogán. Siga derecho por el pasillo.

Francisco se la quedó mirando durante unos segundos.

—Despacho —dijo, con voz de falsete— ¿Qué modo de hablar es ése? En fin, no me reconoció, ¿te diste cuenta? Sin embargo ella está igual, pero más miope. Señorita directora... —El portero, cara de bulldog, le señaló la puerta—. Me parece que me metí en la cueva del lobo —fue lo último que dijo antes de que la puerta se abriera y apareciera la señorita directora, sonriente. Alcancé a ver al profesor Gómez, sentado y cruzado de piernas, frente al escritorio.

—El alumno puede ir al aula, o esperar afuera —dijo la directora.

Nunca supe de qué se habló ahí adentro. Francisco jamás me contó nada ni permitió que se volviera a hablar del asunto una vez que el profesor Gómez me pidió disculpas indirectamente por no haber comprendido que yo realmente hablaba en serio.

—Usted sabe como son los adolescentes —dijo Gómez—. Uno nunca puede estar completamente seguro de que hablan en serio. En fin, hay que saber reconocer los errores y dar el ejemplo. Es una edad complicada la adolescencia, pero qué linda ¿no es cierto? —Y mirando hacia la nada—. Adolescencia no tiene nada que ver con el término adolecer, tergiversación tan en boga últimamente. —Francisco me miraba, asentía con la cabeza—. Por el contrario, proviene de un verbo latino que significa crecer, humear, arder... Adolezco, es el verbo latino, ¿qué me dice usted? Sé lo que está pensando, si corrompemos el lenguaje no queda nada. Es así, bien, me voy a dar clase. Un gusto señor Martoy. —Y mirándome—: Despídase de su padre, Lautaro —dijo Gómez y subió la escalera rápidamente como una rata de albañal.

8

Cuando Mauricio fue por primera vez a mi casa, todo giró en torno a la guerra de las Malvinas. Recuerdo que además de hablarle de Francisco, aventuré algunas opiniones en lo concerniente a la derrota. Entre ellas, que habíamos perdido la guerra porque los norteamericanos ayudaron a los ingleses con misiles aire-buque, sistemas de defensa antiaérea, morteros, bengalas, sonoboyas, miras infrarrojas, munición, raciones, información de todo tipo, desde la frecuencia de radares, pasando por el sistema criptográfico y el movimiento de los buques provista por un satélite en órbita sobre el Atlántico Sur...

—Fue una guerra muy sucia —concluí, en el tono de quien realmente sabe de lo que está hablando.

Y después le conté de ese famoso 4 de mayo en el que un viejo avión Neptune de la Escuadrilla de Exploración guió el ataque de los Super Etendard que terminarían hundiendo la fragata Sheffield, utilizando esa táctica de explorador-avión jamás vista antes. También le mostré una revista y leí en voz alta la historia del portaaviones: Venerable, había sido originalmente su nombre, y fue construido para la Real Marina Británica. Un día se produjo un incendio en la sala de máquinas y la Marina Holandesa decidió no repararlo y vendérselo a la Argentina. El 15 de octubre de 1968 lo compró la Armada Argentina...

—Ya había tenido muchas mejoras —dije, y con la revista

en la mano guié a mi amigo hacia la pared donde Francisco había colgado las armas, la medalla de honor y la fotografía. Leí—: ampliación de la cubierta de vuelo con ángulo hacia babor, así como también la instalación de sensores modernos para lo que hubo necesidad de reemplazar el mástil trípode original por uno de celosía de mayor tamaño y también otra chimenea sobre la que se instaló un radar de búsqueda combinada de largo alcance. —Me pregunto cuánto podía entender yo de todo aquello que repetía. No lo sé; pero lo que sí sé es que creía ciegamente en todo, y por eso era capaz de repetirlo.

—Mirá —dije.

Durante varios segundos, parados a un metro y medio de la pared sobre esa línea imaginaria que en los museos tiene toda la fuerza de una provocación, nos mantuvimos rodeados por una atmósfera de solemnidad como en los actos escolares, orgullosos. Yo observaba a Mauricio, tironeaba de su sonrisa permanente. Era delgado, de tez trigueña y ojos pardos, su perfil irradiaba esa enigmática belleza que algunos hombres de este siglo le adjudican a los griegos arcaicos. No decía nada. En algún momento temí que me pidiera que descolgara una de las armas.

—Si te confieso algo, Lautaro, ¿me prometés que no te vas a reír?

—Claro.

—¿Seguro? ¿Ni se lo vas a decir a nadie?

—A nadie.

—Yo no sé donde quedan las islas Malvinas.

—Ahora te muestro —dije con perfecta naturalidad—, en mi habitación tengo un mapamundi.

Cuando regresé, Mauricio seguía parado frente a la pared

—Acá está —dije—. Vení, te muestro y de paso tomamos la leche.

Entramos en la cocina y me di cuenta de que aún no había lavado las platos ni tendido las camas. Miré el reloj: en poco

más de una hora llegaría mi madre. Mauricio se había sentado a la mesa y observaba el mapamundi algo desconfiado, con el mentón apoyado sobre sus brazos cruzados. Cuando me vio dispuesto a lavar los platos, me preguntó si quería que me ayudara.

—No, lo hago rápido —dije—. Ya estoy acostumbrado.

Mientras lavaba los platos, él juntó las migas de pan que habían quedado desperdigadas sobre la mesa. Divertido, me preguntaba dónde iba esto o aquello y guardaba todo con prisa dentro de la alacena. En cinco minutos, la cocina quedó reluciente de amistad y connivencia. Aún me faltaban las camas.

—Ahora vengo —le dije.

Pero Mauricio entró detrás de mí; ubicándose del otro lado, me ayudó a tender la cama. En un momento descubrimos dos pequeños bultitos entre la sábana y el colchón. No me dio vergüenza; saqué el calzoncillo de Francisco y la bombacha de mi madre, levanté las medias y otras prendas que siempre quedaban tiradas en el piso y metí todo en el tacho de la ropa sucia. Después sí, ya tranquilo, preparé dos tazas de chocolatada y varias tostadas. Mientras merendábamos, le mostré a Mauricio dónde estaban ubicadas las islas Malvinas, todo lo yo sabía sobre la plataforma submarina y la cantidad de millas que había recorrido el portaaviones 25 de Mayo. En fin, conversamos tanto sobre la guerra, le dimos tanto vuelo a nuestra imaginación que, a lo último, creíamos oír bombardeos por todas partes.

—Seguro que salimos a la calle y encontramos todo destrozado —dijo Mauricio, y se reía con ganas.

Porque antes, él me había preguntado si yo conocía el gran castillo de Villa del Parque.

—¿Un castillo?

—Sí —dijo, tan misterioso—. Vamos, estamos cerca. ¿Le tenés miedo a los fantasmas vos?

Y ahora que me veo caminado por la calle Campana con Mauricio a mi lado, recuerdo cuando Francisco, resuelto y rebosante de alegría como un guía enamorado de una turista, nos mostró el barrio por primera vez. Qué extraño, casi estuve a punto de escribir lo que experimenté desde el asiento trasero del Falcon; pero no, el Falcon llegó más tarde, y si bien también en esa oportunidad dimos un paseo lento y lleno de entusiasmo, lo cierto es que la primera vez caminábamos mientras Francisco le explicaba a mi madre las ventajas de un barrio que lo tiene todo, incluso un cine.

—Un barrio con vida propia.

Y dijo algo más que acabo de recordar: estábamos cruzando la plaza cuando agregó que la belleza del barrio tenía su lado oscuro. O tal vez no dijo oscuro, sino cruel.

—Villa del Parque es un barrio con ínfulas de pueblo.

Y es el día de hoy que recuerdo dónde estaba parado cuando esa frase cruzó el cielo como un pájaro exótico; quizá porque me llamó la atención la palabra ínfula, palabra cuyo significado, como muchas otras, ignoraba por completo, o porque lo dijo tan serio, o tal vez se debiera, simplemente, al hecho de que estaba diciendo una verdad demasiado rotunda para mí.

—El castillo fue construido a finales del siglo diecinueve —dijo Mauricio—. Su último dueño, un tal Rafael Giordano, al parecer descendiente del famoso pintor, lo había comprado para regalárselo a su hija por su boda.

—Y no se casó —me apresuré a decir—. El novio se fugó con otra y la chica se suicidó. Desde entonces una pobre alma en pena recorre los pasillos del castillo reclamando venganza, típico.

—No —dijo Mauricio, serio—. Lucía y Ángel se casaron el 2 de abril de 1911. Esa misma noche hubo una fiesta con cientos de invitados. Había una orquesta que tocaba antiguos valses vieneses. Se llamaba Platz Grau. Mi abuelo me lo con-

tó, y me contó también que había entre los regalos un automóvil marca Sampson, que era uno de los mas caros de esa época, imaginate.

—¿Tu abuelo estuvo en la fiesta?

—No.

—¿Y cómo sabés todo eso?

—Mi bisabuelo fue el farolero del barrio.

—No te creo.

—Entonces tampoco me vas a creer lo que sucedió después de la fiesta. Fue algo terrible —dijo—. Mirá, ahí tenés el castillo.

Efectivamente, ahí estaba, al otro lado de las vías; imponente con su torre y la cúpula plateada. No lo había imaginado así. En realidad, creo que no había sido capaz de imaginarlo de ningún modo. Mauricio dijo:

—Tiene cuatro pisos, siete frentes y un mirador. ¿Te animás a entrar?

—¿Qué pasó después de la fiesta?

—Se murieron.

Cruzamos las vías.

—Antes, el paso a nivel no existía —dijo Mauricio—. Todo esto era campo. Había llovido la noche anterior, por eso el automóvil, que debía llevarlos al hotel donde pasarían la noche de bodas, tuvo que esperar a los recién casados del otro lado de las vías. Se dice que el tren los atropelló delante de todos los invitados que habían salido del castillo para despedirlos.

—Qué horrible.

—Todos los que viven por acá se encierran en sus casas cada vez que llega el 2 de abril: cuando se hace noche cerrada se escuchan gritos y llantos desgarradores.

—Lucía y Ángel.

—No tenían veinte años cuando murieron. ¿Trepamos?

La tarde agonizaba; muy cerca de sus heridas violáceas,

nubarrones de lluvia le seguían el paso como sicarios ansiosos. Trepado en la reja, miré hacia la vereda de enfrente: una mujer parada en la esquina fumaba un cigarrillo mientras un chico iba de un lado a otro en su triciclo. Nos miraba. Por alguna razón esa imagen me inquietó.

—Tenemos que tener cuidado cuando subamos la escalera —dijo Mauricio—: hay muchos escalones sueltos. Por las dudas, yo voy primero.

—No tengo miedo.

—Es muy peligroso —dijo—. No te alejes mucho.

De modo que éste es el gran castillo de Villa del Parque, pensé mientras daba los primeros crepitantes pasos hacia una desilusión absoluta: no vi un piano de cola desvencijado ni un solemne retrato pintado al óleo colgado arriba de un hogar a leña. Ni siquiera había uno. La verdad es que costaba trabajo aceptar que estábamos recorriendo un castillo. Las paredes estaban colmadas de dibujos descascarados. Más adelante, nos encontramos con un piso sembrado de vidrios, cartones, hollín, botellas rotas, y, por sobre todo, un penetrante olor a pis de gato. Antes de que llegáramos a la escalera, conté por lo menos media docena; primero nos observaban, luego se cruzaban rápidamente por nuestro camino y nos clavaban sus miradas fulgurantes y esquivas, como si planearan acorralarnos para someternos a un interrogatorio largo y doloroso.

—Al menos podemos estar seguros de que no hay ratas.

Llegamos a la escalera.

—Despacio —dijo Mauricio—. Tené cuidado, los últimos dos escalones no existen. Agarrate fuerte.

Subimos. La oscuridad era casi total. En términos de ruina, el piso era exactamente igual al otro.

—No toqués nada —dijo Mauricio—, hay jeringas por todas partes. Usan este lugar para drogarse.

Lo seguí en silencio. La palabra drogarse cayó dentro de mí como la primera moneda en una alcancía.

—Hay alguien —dijo de pronto, deteniéndose.

Instintivamente mi mano buscó la suya. Menos mal que no la encontró.

—Shh... Está durmiendo.

—¿Quién está durmiendo? —dije—. Mejor nos vamos, ¿si? Dale, Mauricio, bajemos.

—Está durmiendo, no te asustes. Además es inofensivo.

—¿Dónde?

—Contra aquella pared... Es él, no hay duda —dijo Mauricio, sonriendo—. Lo que pasa es que está todo tapado con una frazada. Me di.cuenta por el changuito.

Lo que había a un costado parecía ser un changuito de supermercado.

—Yo me voy.

—Se hace llamar Caballito El Dieciséis —dijo, y en el tono de su voz había algo provocativo—. Ya te dije que es inofensivo.

—¿Quién es?

—Un amigo —dijo—. Si alguna vez te pide una moneda, y tenés, dásela. Es el espíritu de Villa del Parque, como dice mi hermano.

Y comenzó a contarme quién era ese hombre que se hacía llamar Caballito El Dieciséis. Lo que me hizo recordar de pronto una palabra que utilizaba muy a menudo mi abuela Paula: pichicome. Tenía algo más de cincuenta años, el pelo largo, ligeramente canoso y sucio. Usaba un bigote minúsculo y estaba rematadamente loco. Una locura inofensiva, pero triste. Los jóvenes del barrio lo habían adoptado. De generación en generación se pregonaba su culto como una deidad. «Hoy sale el dieciséis, señora», gritaba con la serenidad de un oráculo. «Mañana el siete, pero hoy, jefe, sale el dieciséis». Y al vernos: «Muchachos, ¿no tendrán una monedita?». Por supuesto, nunca hizo falta que insistiera. Apenas lo veíamos doblar la esquina con su changuito adornado, hacíamos una

suculenta colecta como un guiso de invierno y se la entregábamos. Si estábamos todos juntos, era su día de suerte: le dábamos todo lo que teníamos, así eso implicara que alguno de nosotros tuviera que caminar veinte cuadras para regresar a su casa. Si uno estaba solo y Caballito te pedía una moneda en plena calle Cuenca, tenías la sensación de que el comercio entero se paralizaba: transeúntes, vendedores y clientes sometían a juicio la cantidad que afloraba de tus dedos. En esa imaginaria balanza de oro, de un lado bien podía estar la pluma y del otro, la moneda. Segundos después, cuando Caballito agradecía y se alejaba gritando algún número, todo volvía a la normalidad: los autos aceleraban, las cajas registradoras se abrían y cerraban y las buenas señoras del barrio continuaban su paseo. Es cierto también que si no lo conocías sus gritos podían asustarte. Y ése era un motivo de risa y festejo. Jamás nadie se burlaba de él. Estaba absolutamente prohibido.

Caballito vivía en el primer piso del Castillo. Los días de mucho calor, podías verlo en el mirador tomando sol en cueros. A veces también gritaba algunos números, o, simplemente, observaba el barrio. Cuidaba, mejor dicho, como un vigía enamorado de su sombra.

La leyenda cursi de Villa del Parque quería verlo como uno de esos hombres a los cuales el juego los lleva a la ruina total. En el colegio te decían: «No tengan vicios, o terminarán como Caballito». El párroco de la iglesia de Santa Ana tampoco podía evitar citarlo en alguna parte de sus sermones. Es más, fue uno de los que aseguraba haber conocido a Caballito cuando todavía era un hombre respetable (¡como si en ese entonces no lo fuera!). Decía que era un hombre muy trabajador y buen padre de familia. Sin suerte, eso sí; en todos los años que tuvo su agencia de lotería jamás vendió un solo número ganador. Nunca faltó quien asegurara haber sido amigo de Caballito El Dieciséis. Muchos, incluso, parecían

sentirse obligados a llamarlo por su nombre; si bien ese nombre podía variar considerablemente de Edgardo a Héctor, por ejemplo, o de Alfonso a Juancito. Este último sólo para aquellos que aseguraban haber veraneado en más de una ocasión con Caballito y su familia. Por supuesto, todo esto y acaso más, yo lo sabría con el tiempo. En aquella primera oportunidad, mientras lo observábamos dormir, Mauricio sólo me contó que Caballito se había vuelto loco después de que su mujer y sus hijos lo abandonaran.

—Un mes antes de ese sorteo famoso, tuvo un sueño —dijo Mauricio—. Hipotecó su casa y lo apostó todo. Salió el cuatro.

—¿Y el dieciséis?

—Dicen que salió a la otra semana. Bueno, bajemos.

Ya otra vez en la calle, nos alegramos al comprobar que aún no llovía. El cielo agonizaba sobre los pliegues grisáceos de una tarde que se resistía a entregar la claridad. Un viento de levante jugaba, desconcertaba a las hojas arremolinadas sobre las veredas.

—Si nos apuramos —dijo Mauricio, mirando el cielo—, voy a poder presentarte a mis amigos. Siempre nos juntamos en la heladería de Nogoyá y Cuenca. Si se larga a llover no va a quedar nadie.

Caminaba a pasos agigantados. Yo iba casi trotando a su lado, cuando le pregunté si era cierto lo que me había contado sobre Lucía y Ángel.

—Cada palabra.

Lo miré: había encendido un cigarrillo. Mi gesto de sorpresa debió motivar su pregunta. Me ofreció uno, pero le dije que mejor más tarde.

—No fumo mientras camino.

Sonrió, irónico.

—Este vicio —dijo, y miró el cigarrillo como si le hablara— me lo pegó mi hermano.

Unos meses más tarde, sabría que no eran casuales ninguna de las dos palabras que utilizó para referirse a su hermano. Eso explicaría sus largos períodos de abatimiento en que se confinaba al silencio, a la meditación insondable y a no aparecer por el barrio durante semanas enteras. Luego sí; una vez que no quedaban rastros de la paliza que su hermano le propinara una de esas tantas madrugadas en las que de paso por su habitación extrovertía violentamente los efectos de un cóctel de drogas malogrado, mi amigo regresaba a las calles como un Lázaro.

—Yo tampoco debería estar fumando —agregó—: mañana tenemos partido contra los pibes de Paternal. ¿A vos te gusta jugar a la pelota?

Cruzar la calle me dio la falsa ilusión de un escape. Jugaba, sí; pero la verdad es que no era muy bueno. El fútbol mucho no me interesaba. A Francisco tampoco. Nunca me compró una pelota

—Con nosotros no tenés que aprenderte de memoria los nombres de los jugadores —dijo Mauricio—. Nos gusta jugar, nada más. Casi no hablamos de fútbol. Ya vas a ver.

Cruzamos el paso a nivel de la estación y oímos que alguien nos llamaba.

—Sí, ustedes —dijo una voz—. No tengan miedo que no los vamos a comer.

Mauricio se adelantó dos pasos y metió su mano derecha en el bolsillo del jean.

—¿No me convidás un cigarrillo?

Eran por lo menos quince. Podían tener entre dieciocho y veinticinco vegetativos años. El cigarrillo parecía ser todo un acontecimiento. Sin embargo, el que lo pidió no atinó siquiera a levantarse del piso; apenas si estiró el brazo cuando notó que Mauricio sacaba el paquete.

—¡Eso!

Presentía que no debía mirarlos, y al mismo tiempo quería hacerlo. Al no poder evitarlo, me esmeré por no apoyar la

mirada en ninguna parte durante mucho tiempo. El paquete de cigarrillos comenzó a pasar de mano en mano como un amuleto vencido.

—Che, no sean groseros. Déjenle uno al pibe. Se comportó como un campeón.

Dicho esto, miré al último que había recibido el paquete: no sintió el menor remordimiento al colgarse el último cigarrillo en la boca. Es más, parecía no entender cómo no lo había recibido encendido. Ahora le roban el encendedor, pensé. Pero la verdad es que algo que hiciera fuego nunca les faltaba.

Sentí mucha pena por mi amigo; recibió la cajita vacía con una serenidad asombrosa, mirando a cada uno a los ojos como si esperara, obligara, que leyeran algo que desde un principio estuvo escrito en su frente con letras rígidas. O tal vez esto lo pienso ahora que ya sé cómo terminó todo.

Segundos antes de que le entregaran la cajita, uno de ellos, que debía tener una neurona más que el resto, le dijo a Mauricio con vos temblorosa:

—Yo a vos te conozco, pero no me puedo acordar de dónde.

—Sí —dijo otro.

Me dio la impresión de que ese sí provenía de otra conversación; lo mismo podían estar hablando de platos voladores o de aparecidos.

—¿No es cierto? —preguntó, pero nadie se dio por aludido—. Pará, no te muevas. Yo a vos te conozco. Che, Punch, ¿a quién se parece? Miralo bien.

—Yo qué sé. No me jodas —contestó Punch—. Dame fuego. ¿Nadie tiene fuego?

Ojalá que no le dé el encendedor, pensé; después van a querer plata.

—Vos, Cholo, miralo bien al pibe. ¿A quién se parece?

—A Michael Jackson —dijo uno.

Risas.

—Che, Michael Jackson, convidá fuego —dijo Punch—. Que el amarrete... Dame fuego y se van. Está todo bien. No se asusten que está todo bien.

Se puso de pie. Mauricio, con la misma tranquilidad monástica, metió la mano en el bolsillo y sacó su encendedor. Estaba a punto de darle fuego cuando Punch se lo quedó mirando con desconfianza al principio, perplejo luego, y, finalmente, con algo de miedo en su cara. —Vos sos el hermano del negro Tapia.

—Sí —contestó Mauricio.

Nada más. Fue decir sí, y los cigarrillos volvieron a la cajita y a la mano de mi amigo como por arte de magia.

Uno de ellos pareció sentirte profundamente estafado. Dijo:

—¿Y por qué no dijiste antes que eras el hermano del Negro?

—Vieron. Yo le veía cara conocida. No —dijo, y señalaba su frente—, si a mí las caras no se me borran. Never.

—¡Tapia chico! —gritó uno que hasta entonces no había dicho nada—. Mandale un abrazo a tu hermano, Tapia chico. Del Ruli, vos decile así, él sabe, que el Ruli le manda un abrazo.

Y nos fuimos. Mientras cruzábamos la calle, Mauricio me dijo:

—Si pasás por ahí, tenés que pagar peaje. Lo que hacen todos es dejar tres cigarrillos en el paquete y dárselos.

—Menos vos —dije—, que tenés un hermano famoso.

9

Un sábado a la noche, luego de llamar a su madre para asegurarse de que su hermano no regresaría a dormir, alquilamos una película, compramos una pizza, una coca-cola, un paquete de cigarrillos y nos fuimos contentos hacia su casa. Pero el comportamiento de Mauricio cambió radicalmente apenas entramos. Lo noté nervioso y a la expectativa, preocupado más por los ruidos provenientes de la calle o el ladrido de su perro en la terraza que por la trama de la película o la equidad en las porciones de pizza. La nota que su madre había dejado sobre la mesa no dejaba lugar a dudas: iría al cine con una amiga, y probablemente después a cenar. Así que no había de qué preocuparse, sólo vivían ellos tres en la casa (del padre no se hablaba), y el hermano mayor... En fin, vaya a saber uno dónde andaría. De modo que vimos la película, comimos pizza, y, cuando ya no quedaron más cigarrillos, decidimos irnos a dormir —los platos los lavaríamos por la mañana, antes de que me fuera—. Ya en su habitación, Mauricio encendió la luz del baño, recorrió un pequeño pasillo hasta llegar a una puerta: la abrió, encendió otra luz, y me dijo:

—Esta es la habitación de mi hermano.

Era pequeña y calurosa, apenas si entraba la cama y una desvencijada mesa de luz que parecía no tener otra función que soportar el peso de un equipo de música y sus escoltas de casetes. No había ventana y las paredes, pintadas con aerosol,

estaban colmadas de dibujos extraños y citas en inglés que, supe enseguida, pertenecían a los grupos preferidos del Negro, como los Sex Pistols, por ejemplo, cuyo póster estampado sobre la puerta del placard era como mínimo inquietante.

Sin darme tiempo a nada, Mauricio abrió el cajón de la mesa de luz y comenzó a sacar cosas. Una a una las fue poniendo arriba de la cama: algo muy parecido a una pipa, un cañito de metal, una goma de las que se usan para sacar sangre, una jeringa sin abrir, una cuchara, un rollo de papel metálico, un espejo de mano, papel de seda. Por último, dos bolsitas plásticas de cierre hermético que dejaban entrever por un lado un polvo blanco y por el otro, algo muy parecido a la yerba del mate.

—Esto es cocaína y esto marihuana —dijo Mauricio, serio e impoluto como farmacéutico—. Esta se aspira; se arma una línea. Usás este tubito y el espejo. Así, ¿ves? —Imitó la acción con la nariz—. Y quedás con esta cara... No te rías, gil, es la verdad. En cambio, para la marihuana hay que usar este papel. Se arma como un cigarrillo. Fumás, y cuando te queda poquito, usás este artefacto que se llama tuquera, y te quedás tranquilo: te garantizás que tu cerebro va a quedar como una pasa de uva. ¿Qué te parece? Así se mata mi hermano, con las mierdas éstas.

Y tras una breve pausa, comenzó a guardar todas las cosas que había sacado. Cuando cerró el cajón, me dijo:

—Si alguna vez te veo con algo de esto, te voy a dar una terrible paliza.

No dije nada, sonreí. Salimos. Mauricio apagó la luz y cerró la puerta. Después me dio una bolsa de dormir y él se acostó en su cama. Me costó muchísimo conciliar el sueño esa noche. En cambio, Mauricio se durmió enseguida.

Ahora quiero regresar rápidamente a la tarde en que la conocí. Ya habíamos dejado atrás el Castillo de Villa del Parque, habíamos presenciado el espectáculo de los bufones y

magos capaces de hacer aparecer un atado completo de cigarrillos, acróbatas marihuaneros y amaestradores de grandes osos polares de color rojo y otras alucinaciones por el estilo, así que no creo deformar tanto las cosas si digo que, a dos años de descubrir que mi madre engañaba a Francisco y perderlo todo, Caballito El Dieciséis era un humilde servidor del medieval Castillo, padre espiritual del jovencísimo trovador Lautaro Bernard de Ventadour que, laúd en mano y en compañía de Mauricio el Grande, se extraviará unos cuantos siglos para encontrar el amor de la bella Lorena Berdino de Aquitania.

Debo decir que apenas la vi sonreír —siempre y cuando me aseguraran que la felicidad sería mucho más duradera que mi anacrónico concepto de masculinidad—, me hubiera batido a duelo con toda una caballería con tal de conquistarla.

—Algo así como una riña de gallos donde yo era el vencedor —le diría mucho tiempo después a Lorena, recordando no sin cierto despecho la primera vez que cruzamos nuestras miradas.

A lo que ella agregará, sin sentirse halagada en lo más mínimo:

—No entiendo por qué los varones tienen que relacionar siempre el amor con la pelea.

Recordábamos el día en que nos conocimos: bajo un cielo a punto de desmoronarse por la lluvia, la chica de la sonrisa y las trenzas no había hecho otra cosa que preguntar, irónicamente, si yo era el famoso Lautaro Nogán del que tanto le había hablado Mauricio la semana anterior.

—El pibe que más sabe en todo el barrio sobre la guerra de las Malvinas —dijo Mauricio, palmeándome el hombro y, acto seguido, me invitó a sentar en una silla plástica, propiedad de la heladería Clássico.

Cuando pienso en lo que tuvo que ocurrir para que se formara ese grupo de chicos, me digo que no éramos ni la mitad

de frívolos de lo que nos creíamos. Por el contrario, éramos tan puros como vulnerables. Si me siento orgulloso de todos ellos, no es por lo que llegaríamos a ser con los años, sino por lo que debimos ser y no nos dejaron.

Todo comenzó cuando Julio leyó ese famoso artículo del taxista que a la hora más serena de la noche y sin pasajero, dirigiéndose lentamente por costanera sur, había alcanzado a distinguir lo que fuera la sombra de una mujer que se había arrojado deliberadamente a las aguas heladas y oscuras del Río de la Plata. El taxista (quisiera recordar su nombre) no lo dudó un instante, y, mientras su mujer y sus hijos dormían seguros de que apenas amaneciera el padre y el marido estaría ya en casa con las primeras preguntas cotidianas, el beso a papá, el desayuno, la escuálida recaudación sobre la mesa, se arrojó al agua para intentar salvar a una mujer desconocida, mujer que minutos atrás era menos que una sombra y de repente unos brazos helados aferrándose desesperadamente a la imposibilidad, mientras el agua arremetía con furia, y el grito que no salía y se ahogaba ante la impotencia descarnada de un segundo taxista que lo había visto arrojarse...

—El taxista quitó la cámara de la goma de auxilio y la arrojó al río atada con una soga.

Una soga que el viento se empecinó en doblar y rechazar como si no quisiera, como si dijera no. Y otra vez el intento, una y mil veces el intento...

—Pero no hubo caso, che: el taxista y la mujer se ahogaron —me contó Julio poco antes de que la lluvia decidiera bajarle definitivamente el telón a la tarde.

Un domingo de cada mes, tapizábamos lo más turbio del río con una cantidad inconmensurable de rosas. La primera salida la había organizado Julio con Alejandro y algunos más cuyos nombres supe pero ya no recuerdo. Un mes más tarde, el entusiasmo logró contagiar a los indecisos y perezosos y se duplicó la cantidad de bicicletas. En cuanto a la tercera vez,

que fue cuando yo comencé a participar y Francisco a sufrir al tener que prestarme su bicicleta de carrera Legnano (original, con cambios Campagnolo de dos platos, cinco pines y cubiertas tubo, ¡cuidámela, Lautaro!), recuerdo que la gente se detenía a observar esa caravana que salía bien temprano rumbo a la costanera sur para dejarle la ofrenda de rosas a su héroe.

Todo el mundo necesita héroes. Yo tenía a Francisco y ellos a un taxista. Creo que teníamos una edad en que todo lo que tocáramos era susceptible de convertir la palabra héroe en un sustantivo maravilloso. El problema era que escaseaban hombres capaces de iluminarnos el camino desde nuestra altura. La mayoría de nosotros tenía madres muy jóvenes y padres ausentes. Exceptuando a Julio, Darío y a mí, el resto, o bien sus padres eran apenas un espectro o se habían divorciado de todo, o nunca los habían tenido, o bien habían muerto teniendo ellos la edad justa para mamar una historia lo suficientemente agria y nutritiva; de modo que no les sería tan fácil ponerla en tela de juicio cuando crecieran.

El hecho de que en la vida de muchos de nosotros no hubiera presencias masculinas sólidas, a menudo obligaba a engrandecer ciertas situaciones para borrar la huella de necesidad afectiva que se escondía debajo de todo aquello que emprendiéramos: bien podía ser un entrenador deportivo, como en el caso de Mariano, o un insulso profesor de computación, al que, dicho sea de paso, acudieron como hormiguitas tras una dulce hoja de parra el día que se enteraron de que era una persona abierta y agradable. Fue en la época en que se propagaron por todo el barrio los institutos de computación y los consultorios de psicoanalistas. Si realmente querías estar preparado para el futuro, tenías que estudiar computación y confesar alguna neurosis. En cuanto a lo segundo, no era determinante. No así la computación; había que dominar la informática, no había otra. De lo contrario, te transformarías en un paria, una persona insulsa que jamás llegaría a ninguna

parte. Y mientras que en el colegio te enseñaban a utilizar el programa de la tortuguita, los chicos ricos del barrio ya habían aprendido a crear sofisticados programas para un video club, por ejemplo, y soñaban con venderlos y algún día ser muchos más ricos que sus padres. Los que no supieran computación, quedarían fuera del sistema en la edad adulta. Con esa frase recurrente te borraban la sonrisa, aunque nadie supiera muy bien qué significaban esas palabras. Quizá por eso uno lo imaginaba como algo terrible. Pensar que yo no estaría entre los elegidos, me generó un ligero, pero por eso no menos profundo, complejo de inferioridad.

Una tarde me ofrecieron una media beca para estudiar en otro Instituto (la competencia del Centro Argentino). La beca me la habían dado en forma de folleto junto a otros doscientos transeúntes que pasaron a esa hora por la calle Cuenca. Y con el papelito perfecta y rigurosamente doblado en el interior del bolsillo trasero de mi jean, entré a casa decidido a hacer un último intento. Pero no me atreví, y más tarde tiré el papelito a la basura sin que nadie sospechara nada. Había llegado justo para interrumpir una conversación que mantenían en la cocina. Al parecer, mi madre le estaba diciendo a Francisco que su amiga Cristina le había recomendado que fuera a consultar a un psicoanalista.

—No creo que sea una mala idea comenzar con una terapia —dijo mi madre, por último.

Y Francisco, dándole una sonora y última chupada a la bombilla del mate, se puso de pie, estiró el brazo hasta encontrar algo que había encima de la heladera, lo estampó sobre la mesa y dijo serenamente:

—Acá tenés veinte pesos: diez de ida y diez de vuelta. Te tomás un taxi y le contás al chofer todo lo que vos quieras.

Cuando escuché eso comprendí que no tenía ningún sentido insistir. Aquel folleto fue el máximo acercamiento que tuve con un instituto de computación.

A mis amigos no les iría mejor. Si se habían inscripto en el curso para Operador de PC porque se habían enterado de que el profesor era un tipo joven con el que se podía hablar de todo y aprender muchas cosas, al final se decepcionaban tanto que comenzaban a buscarle defectos por todas partes. Terminaban cansándose, y, finalmente, aburridos y despechados, decidían abandonar para iniciar una nueva búsqueda.

Como ocurría con todos los chicos que se incorporaban al grupo, fueron durante un tiempo a mi casa e intentaron acercarse a Francisco. La idea de estar sentados frente a un hombre que había recibido una medalla de honor durante la guerra de Malvinas les generaba curiosidad; pero no era más que eso: una traslúcida curiosidad que dejaba entrever las verdaderas intenciones: generar un clima de confidencia para luego poder desplegar sus propios rollos como palimpsestos imposibles. Así era siempre, comenzaban hablando de un tema general y poco a poco llevaban al adulto a su propio terreno. Finalmente, caían sobre él con todo el peso de la angustia, obligándolo a que les diera un consejo. Con Francisco no tuvieron suerte, y me costó muchísimo revertir la imagen que se habían hecho de él. Eran lapidarios cuando una persona no les caía bien. Y generalmente nadie les caía bien, o no por mucho tiempo, a excepción del padre de Julio, que era un hombre tan tierno como bondadoso y siempre estaba dispuesto a hablarte si te veía con los músculos de la cara demasiado relajados. Se llamaba Lucio, y era alto, grueso, moreno, usaba el pelo muy corto y su barba era negra y espesa, prolijamente recortada a diario. Era maestro. Le tocábamos el timbre los domingos a última hora. Él mismo nos abría la puerta, sonriente. Siempre tenía una broma a mano para arrancarnos un racimo de risas que depositaba luego en el centro de su mesa. Entrar a la casa de Julio te daba una sensación de bienestar tan plena que apenas pisábamos otra vez la calle, ya nos sentíamos corrompidos, y, en mucho de los casos, desgraciados.

Uno de los lugares privilegiados de la casa era su escritorio. Me encantaba entrar y observar esa descomunal biblioteca. Lucio siempre decía que su sueño era tener un lugar como el que Pablo Neruda había logrado en Isla Negra, y nos mostraba fotos y, a veces, hasta nos leía algo de su poeta favorito. Me gustaba cómo nos mostraba sus libros, la facilidad con la que nos inculcaba la necesidad de leer. Tenía una cantidad impresionante: desde un diccionario de lengua china hecha por los jesuitas, a la enciclopedia británica, pasando por una hispanoamericana y una Mellado de 1853. Recuerdo haber visto compendios de vidas de santos, una antología de las primeras poesías japonesas, libros sobre comportamiento animal, y libros raros como, por ejemplo, la historia de las joyas y de los zapatos, conviviendo al lado de réplicas de antiguos libros troquelados para chicos, y la edición completa de *Cuentos de las Abuelas*, de los hermanos Grimm.

Entrar en esa casa era sumergirse en un clima de abadía, de camposanto, siempre un preludio de Bach o un nocturno de Chopin yendo y viniendo por los ambientes como una marea baja y mansa, entre luces suaves y armonía crepuscular. Jamás un grito o una discusión en tono elevado. Durante la cena, por ejemplo, el salero se pedía con un «por favor» y se devolvía enfatizando un «gracias» con la misma naturalidad que se desprende el pétalo de una rosa.

De todas las familias que conocíamos era la única que relegaba la televisión a un segundo plano: sólo la utilizaban para ver películas los fines de semana. Una tarde, llegué justo para ver la última escena de una película que habían alquilado. Mientras aparecía la palabra Fin sobre la cara de un chico, Lucio, señalando el televisor, dijo:

—El director de esta película terminó con quince años en un correccional de menores por robarle una cantidad considerable de dinero a su abuelo. A qué no se imaginan para qué robó. Para poner un cine club famoso que se llamó

Cercle Cinema. ¡Quince años! Eso es lo que llamo yo amor al arte.

Tardé muchos años en encontrar esa película (parecerá tonto, pero nunca me atreví a preguntarle a Lucio cómo se llamaba). El final, lo único que había alcanzado a ver, me había impresionado de una manera extraña.

—La última escena es así —les decía a los empleados o dueños de los video club—: un chico en la playa, vestido, trota hacia el mar, la cámara lo toma todo el tiempo de perfil hasta que en un determinado momento, después de haber sumergido los pies en el agua, el chico mira de frente a la cámara, y ahí termina, aparece la palabra Fin. ¿No sabe cómo se llama la película? —Nadie sabía. Conocí a muchas familias que se empeñaban tanto en demostrar cariño que al momento de lastimarse con una frase desacertada o un gesto inevitable, sonreían, obligaban a sonreír. Nada podía compararse con aquella casa donde no se veía televisión porque aún quedaban muchas cosas por aprender y soñar; aún los tres no se habían reído lo suficiente ni agotado ningún tema de conversación durante las cenas. Sobraba la vida y lo más crudo del invierno parecía no haber llegado. Tampoco había por qué temerle. Siempre habría en la cocina una hornalla encendida para mantener el fuego de una intimidad incorruptible. Juntos, Lucio y Ana, eran como una damisela bailando con un vestido transparente, perfumando los ambientes de una casa que con los años descubrí felizmente anacrónica y soñada, como anacrónico era también su hijo, Julio, nuestro queridísimo amigo Julio. La primera vez que fui a su casa lo primero que hizo fue llevarme a su habitación para mostrarme su tocadiscos Winco y un álbum de fotografías de las reuniones (tertulias, decía él) que celebraban sus padres cuando eran jóvenes.

—Mirá estas fotos, Lautaro, y decime: ¿qué ves de extraño?

Intenté encontrar algo que no estuviera en armonía con las

poses. ¿La posición de alguna mano? ¿Algún ojo cerrado? Tal vez la luz del flash rebotando contra un espejo. Nada. —No encuentro nada extraño en la fotografía.

—Mirá bien, prestá atención a las caras, ¿qué ves de raro? Mirá esa cara, los bigotes, por ejemplo. ¿Te das cuenta? Estas caras ya no existen más, ¿entendés? Ya no hay más caras así en la calle.

Escribí esto y me acordé de uno de los paseos favoritos de Julio. En realidad, pensé en mi madre; porque a ella también le gustaba mucho viajar en subterráneo. Mucho antes de que conociera a Francisco, mi madre y yo teníamos un juego que consistía en reconocer las estaciones por su color. Apelar a mi memoria visual me resultaba realmente divertido. La línea E era una de las más fáciles, y aunque había trampa, como en todo juego, puesto que los colores se repetían, si uno estaba realmente concentrado no podía equivocarse: los azulejos de la estación Boedo eran de color rosa, luego venía Urquiza, color marrón; Jujuy, verde; Pichincha, color amarillo; Entre Ríos, color marrón clarito; San José, rosa como Boedo, y enseguida Independencia, color amarillo también; Belgrano de color ligeramente ocre y por último Bolívar, celeste.

Hasta que descubrí que mi madre lo engañaba, nunca me pareció extraño que dijera que se iba con una amiga a ver vidrieras por la calle Corrientes y a pasear en subterráneo. Cuando le decía:

—Los sábados son para mí.

Imaginaba que jugaba a lo mismo que había jugado conmigo cuando era chico.

A Julio también le gustaba viajar en subterráneo, siempre y cuando fuera la línea C. También le gustaba escribir mensajes subrepticios en los baños de los cines que aún no habían sido reciclados, como el Gaumont, por ejemplo. Le encantaban los baños de los cines y viajar en la línea C del subte por la misma razón que escuchaba la música de los años setenta.

—Me trae reminiscencias de una época que no viví —decía, y se reía—. Curioso, ¿no? Me parece que esta idea de la metempsicosis me está carcomiendo el cerebro.

Y esto recuerdo que lo dijo a propósito de una conversación que mantenía él solo mientras caminábamos. Porque ése era otro de sus rasgos característicos: no discutía sobre sus ideas ni le interesaba la polémica, tampoco parecía importarle demasiado que lo escucharas. Creo que Julio veía matices donde la mayoría veía sólo blancos o negros.

—Observen con atención los colores de los negocios o de los autos. Mirá esa señora, por ejemplo, en la década del setenta debía tener veinte años y se vestía con otros colores.

—Sí, claro. A eso se le llama moda, Julio. Cambia —dijo alguien, creo que fue Darío—. Ya no usamos los pantalones Oxford.

—La generación del setenta vivía en una ciudad con otros colores. Hasta los autos. Piensen en un Peugeot 404, o en un Fiat 600. No sé si me entienden. Con esos colores la ciudad misma estaba predispuesta a la reflexión. La realidad cambia de color, che. Eso tiene que significar algo.

Yo me reía y le daba la razón, aunque la mayoría de las veces no comprendía lo que quería decir. Creo que Julio siempre estuvo un paso más adelante que el resto. Lo digo pensando en sus lecturas y en su música y, fundamentalmente, en ciertas reflexiones que largaba como quien abre una canilla y luego deja goteando una sensación de abandono. Julio era una persona demasiado sensible, demasiado franca para estar con nosotros. Al principio me dio la impresión de que era un chico conflictivo y algo extravagante, pero cuando comencé a tratarlo me di cuenta de que esos juicios no provenían de mí sino de otras personas. Cuando conocí a sus padres, me sentí un estúpido por haber pensado todas esas cosas. Ana y Lucio provocaban mucha envidia, es verdad; pero también otras sensaciones: cada vez que Lorena y yo

salíamos de aquella casa, nos tomábamos fuerte de la mano, y, caminando muy despacio, conversábamos sobre nuestro futuro. Siempre decíamos lo mismo: apenas tuviéramos dieciocho años, nos iríamos a vivir juntos.

—Y nunca nos vamos a separar.

—No, nunca.

—Mirame, bobo. Nunca jamás. Ni siquiera la muerte nos va a separar.

—Ni siquiera.

10

Un día Francisco se cansó de hablarme: las historias sobre la guerra continuaron pero ya no hubo más consejos. Las palabras terminaron endureciéndose como arcilla delante nuestro y, por alguna razón, nos quedamos contemplando la inacabada obra como un artista frustrado, en vez de insistir con lo que había comenzado cuando yo era muy chico y era fácil escuchar, abrir grandes los ojos y hacer preguntas lo suficientemente elásticas como para motivar una conversación.

No miento si digo que esto fue lo último que me dijo:

—Ahora que andás con esos chicos del barrio, dejame decirte una cosa: tené mucho cuidado. La droga es una muerte rápida y el cigarrillo una muerte lenta. Lautaro, ¿no te parece mucho más piola aprender a vivir en vez de dedicarse a algo que irrevocablemente nos va a llegar a todos? —algo así me dijo, rodeándome con el sabor dulce de un mate lenitivo.

Pienso en sus palabras y me digo que para escribir con justicia sobre muertes lentas y rápidas es preciso buscar la matriz donde se alimenta el silencio y la ignorancia: los verdaderos culpables. Me muevo como un pez en las primeras páginas de mi diario y rescato el nombre de un amigo grabado en oro, en oro también la placa que no traducirá nunca el significado cabal de un *requiescat in pace*. Escribir sobre mi amigo Mariano y también sobre mí, por supuesto. Yo también voy hacia una muerte lenta en manos de la ignorancia. ¿Por qué a esa edad en la que todo el mundo comienza a profanar las

tumbas de sus dioses, yo seguía erigiendo altares, ofreciendo sacrificios, tapando el sol con mi mano? ¿Qué habría sucedido si yo hubiera gritado a los cuatro vientos el lugar al que había dicidido irme? Nadie se hubiera atrevido a ir nunca más allá de un: «Lautaro, ¿estás seguro de lo que vas a hacer?». Estoy seguro. Y no me refiero a mi familia, sino a mis profesores, directivos del colegio, a los vecinos y a ciertas madres de mis amigos. Escribo esto con rencor, absolutamente. Y pensando no solamente en mí sino también en todos aquellos que se criaron huérfanos de historia como cierta especie de plantitas que sólo necesitan del sol y un poco de lluvia para crecer lo más orondas en las junturas de los tapiales o balcones. Porque yo ignoraba por completo lo que había sucedido en aquella escuela durante la dictadura, ni siquiera puedo asegurar que supiera lo que significaba la palabra. Y mis amigos... Bueno, ellos tampoco podían prevenirme ni aconsejarme ni contarme nada lo suficientemente impactante como para obligarme a considerar seriamente la decisión que había tomado (Mauricio ni siquiera sabía ubicar en el planisferio las Islas Malvinas), porque al igual que yo, la mayoría eran hijos de la ignorancia: el destino para ellos era inexorablemente una muerte rápida. Estoy pensando en mi amigo Mariano Cáceres, que era una persona alegre, algo infantil, tímido y amante de todos los deportes que existían sobre la tierra. No fumaba ni bebía alcohol. Era sano en el sentido pleno de la palabra y, lo más importante, carecía de envidia y de observaciones sentenciosas. Mariano conocía a la perfección las reglas de casi todos los deportes; del ping-pong al surf, pasando por el waterpolo, el golf y las bochas. Se anotaba en los torneos que promocionaba el club G.V.P, pero nunca permitía que lo fuéramos a ver (por suerte nunca le hicimos caso, ¡era un verdadero fenómeno!). Los habitúes del club, lo tenían por un loco lindo que desaprovechaba febrilmente su potencial. No es que no se tomara en serio un tor-

neo; podía pasar ocho horas por día entrenando si llegaba a enterarse de que su contrincante merecía el esfuerzo. Se tomaba tan en serio los deportes que por mucha ventaja que te hubiera sacado al final se dejaba vencer.

Cuando perdía, siempre decía lo mismo:

—No puedo disfrutar mi victoria si otra persona sufre al mismo tiempo. Es sólo un juego. ¿A quién le importa?

A nosotros nos importaba, y mucho; por lo menos cuando jugábamos el campeonato interbarrial de fútbol. Por fortuna era en las disciplinas individuales donde lo rebasaba la culpa. En cuanto a nuestra amistad, Mariano era esa clase de seres que uno elige para hablar en serio. Cuando se trata de perder un poco el juicio quedaba relegado a un segundo plano. Yo hablaba mucho con él de Lorena, es más: creo que sin su ayuda nunca me hubiera atrevido a invitarla a salir. Siempre tuve la sensación de que estaba enamorado de ella; la vigilaba más allá de que yo planteara o no alguna de esas inquietudes que siempre necesitaba para atormentarme.

Un viernes, después de un partido de paddle que habíamos jugado en pareja contra Mauricio y Julio, poco antes de meternos a las duchas, o mientras nos vestíamos, no recuerdo, me contó que se había descubierto una pequeña inflamación en el testículo derecho.

—No me duele, así que seguramente no es nada.

Estuve a punto de pedirle por egoísmo y temor hacia mis propios testículos que me lo mostrara, pero al final no lo hice. Cuando le pregunté cómo había hecho para descubrírselo —puesto que no le dolía—, casi se larga a llorar al tener que confesarme que había sido mientras se masturbaba. En otro contexto, esa palabra me hubiera causado muchísima gracia: nosotros no hablábamos así. Pero Mariano era absolutamente sincero, y no sólo eso, pronunciaba la palabra masturbación como si quisiera limpiarse. Me pidió, avergonzado que por favor no se lo dijera a nadie. Y yo se lo prometí, no

sin antes preguntarme para mis adentros qué diría si se enterara de las sesiones de videos porno que Alejandro organizaba en su casa.

No intento justificarme con lo que voy a escribir ahora, es estúpido y me da muchísima vergüenza, pero fue lo que sucedió: después del partido de paddle, mientras caminaba de regreso a casa, sentí como una puntada en los dos testículos. No podía respirar. Llegué a casa con un dolor terrible; tenía en mente todo el tiempo un juguete que Francisco me había regalado en la época en que era novio de mi madre: el Tiki-taka. Como no podía jugar a golpear las dos pelotitas todo el tiempo —casi pierdo un ojo—, me ejercitaba en estrangular los dos cordones que las sujetaban. Así pensaba yo que tenía los dos testículos: estrangulados. Me metí al baño; llené la bañera, me desnudé y comencé a palparme: nada, ni asomo de dureza. Los baños siempre me tranquilizaron. Incluso hoy, que ya me etiquetaron de hipocondríaco, bañarme para mí es un acto tan mecánico como reflexivo. Si debo entregar con urgencia un artículo al diario para el cual escribo habitualmente, y no logro concentrarme, si me encuentro en uno de esos días de abultada desesperación, entonces puedo llegar a bañarme cuatro veces en una sola tarde. Me relaja tanto que estoy seguro de poder hallar en una de esas largas sesiones lo que me hará falta para mis escritos. No hay nada de extraño en esto. Hay gente a la que le sucede lo mismo cuando conduce un automóvil. Yo, simplemente, me doy un baño de agua caliente aunque la temperatura ambiente sea de cuarenta grados a la sombra. No pienso con claridad bañándome con agua fría.

Cuando era chico, llevaba esa costumbre al paroxismo poniendo el calefón al máximo. Aquel día no fue una excepción: al menor contacto, la temperatura del agua me expulsaba hacia fuera como por obra de una descarga eléctrica.

Al salir de la bañera me dolía todo el cuerpo.

—¿Qué pasa que caminás así? —oí.

Seguí derecho hacia mi habitación.

Al rato entró ella. Francisco, detrás.

—¿Te sentís mal?

—No —dijo Francisco, divertido—. El nene acaba de llegar de una sesión de equitación. —Y se sentó a los pies de mi cama—. Dejame ver, ¡sacá la mano, che! ¿Te golpeaste? —Mirando a mi madre—: Cora, por favor, traé hielo.

—Estaba caminando y me dio como una puntada.

Le conté todo lo que había sucedido a partir de que me quedé solo, es decir en ningún momento nombré a Mariano, y me arrepiento, me arrepiento amargamente; porque si yo le hubiera confesado a Francisco de dónde provenía mi dolor imaginario, estoy seguro de que me hubiera obligado a que lo llevara a la casa de los Cáceres.

—¿Es grave? —preguntó mi madre. Sostenía un pañuelo con hielo.

—Dice que le duele mucho —dijo Francisco—. Andá, Cora, llamá al médico. Y vos apoyate esto. No, así no. Mirame a mí: acá, ¿ves? Haceme caso, ¿cómo? Claro cómo no va a estar frío, si es hielo. Descansá un rato.

Salió. La puerta quedó entornada.

Dejé el pañuelo con hielo a un costado de la cama e intenté dormir. En ningún momento pensé en Mariano.

—Pase por acá, doctor —oí.

—¿Qué edad me dijo que tenía el chico? Permitame el carnet y su último recibo de sueldo. Permiso.

Se abrió la puerta y entró el médico con mi madre detrás. Es curioso, Francisco siempre daba un paso a un costado en este tipo de situaciones.

—Muy bien, veamos. ¿Cómo te llamás? Lautaro. ¿De qué cuadro sos? Bueno, contame, dónde te duele. No te golpeaste, seguro. Estabas caminando y comenzó el dolor. Entiendo. Te voy a revisar un poquito. Si te duele, me avisás. Bien. Muy bien.

Estar desnudo delante de mi madre me dio muchísima vergüenza.

—No es nada grave, una inflamación —dijo el médico—. Le voy a recetar antiinflamatorios. Uno cada doce horas. Con eso va a andar bien. Si el dolor continúa, que no creo, habría que hacerle una ecografía, aplicarle un par de inyecciones de Bencetazyl. —Esto último lo dijo sonriendo, alternando miradas de complicidad con mi madre—: Ayer, justamente, estuve en la casa de una familia. A propósito, Lautaro, qué pantalones te ponés habitualmente. Espero que no sean esos que están de moda ahora.

—Sí, doctor, usa esos que son bien ajustados —dijo mi madre.

—Es lo que sospechaba. Por culpa de esos pantalones se está tornando muy recurrente este tipo de cuadros. A veces la moda no es muy saludable. El otro día, sin ir más lejos, estuve discutiendo con un colega mío. Su pibe también se quejaba de una molestia ahí abajo. Usted sabe como es esto: en casa de herrero, cuchillo de palo. —Comenzó a sonar el biper—. Bueno, como le decía, el pibe prefiere morirse antes que dejar de usar esos pantalones. Y el padre. En fin, dejémoslo ahí. La estupidez humana no tiene límites. —Me miró, dijo—: es el único infinito tangible. Hoy conocemos un estúpido, mañana otro, y otro y otro. Así hasta el infinito.

Mi madre se reía con el billete en la mano.

—Bueno, nene, cuidate.

Me dio la mano y se fue sin el menor sentido de orientación.

—¿La salida?

—Lo acompaño, doctor —dijo mi madre.

Cerraron la puerta y me dormí. Al otro día, me desperté feliz como un sobreviviente. Pero lo más triste y vergonzoso es que, después de aquel episodio con el médico, hice todo lo posible para no pensar ni siquiera un segundo en la confesión

real que me había hecho Mariano. Tampoco atendía sus llamados telefónicos, llamados que, por otra parte, fueron apagándose lentamente en el transcurso de la semana como el agónico pedido de ayuda de un ahogado. La sola mención de su nombre me generaba un nivel de agresividad que no me molestaba en disfrazar de impotencia; la sola idea de cruzármelo en la calle me inquietaba a tal punto que en toda la semana no me atreví a caminar por los lugares que solíamos frecuentar. Y cuando llegó el sábado, y por ende el partido de fútbol, me alegré muchísimo al enterarme de que había un reemplazante. Alguien dijo que debió sucederle algo grave.

—Ya sabemos cómo es Mariano cuando se trata del deporte —dijo Mauricio—. Después del partido, vamos a su casa.

Por supuesto, yo no fui; dije que tenía que encontrarme con Lorena —lo que me valió que me dijeran, entre otras cosas, «pollerudo», «apurate a ver si te da la tunda», «cornudo»—, y me fui a mi casa. En el transcurso de la semana siguiente pensé en llamarlo; pero no lo hice. La amistad, entonces, se medía según la capacidad que tuviera uno para guardar secretos. Y el suyo estaba bien guardado conmigo.

Pasó un mes antes de que volviera a verlo. Fue después de un partido de fútbol al que había asistido como espectador. Sin él, nuestra posibilidad de ganar el campeonato era prácticamente nula. Sin embargo, algo le había dicho a los chicos para que comprendieran que su decisión era irrevocable, y ya nadie insistía. En realidad, no había ido a ver el partido de fútbol, sino a mí, como supe más tarde. Apenas lo vi, lo noté algo desaliñado, especialmente las manos: tenía las uñas largas y sucias. Salimos (caminaba despacio, pero yo no me di cuenta enseguida) y comenzó a hacerme todo tipo de preguntas. Mariano estaba tan furioso, y yo negaba todo tanto, que casi tuve una reacción infame y cruel. En ningún momento se me ocurrió pensar que realmente se sentía abandonado. Me pregun-

tó por qué no había respondido a sus llamados, si estaba enojado por alguna razón, y, finalmente, si podía acompañarme hasta mi casa. Le dije que había tenido un montón de pruebas últimamente y que había ayudado a mi viejo con un trabajo.

—No tengo tiempo de nada —concluí, imperturbable—. A Lorena la veo un rato cuando salgo del colegio.

Mientras caminábamos, me contó que dos días atrás se había enterado de que un antiguo compañero de la escuela primaria había fallecido en un accidente de tránsito. Parece que iba con su padre a pescar a Lobos cuando el camión que iba delante perdió el control del acoplado.

—Fredy era hijo único —dijo Mariano—. Tenía puesto el cinturón de seguridad, pero no sirvió.

—¿Eran muy amigos ustedes?

No sé por qué dije eso, pero lo dije. Mariano me miró, luego se pasó la mano por el pelo.

—No me enteré de casualidad —dijo—. En realidad hacia varios días que buscaba su casa. Me costó mucho encontrarla porque el frente estaba todo cambiado. Los padres de Fredy se mudaron. Lo que supe me lo contó una vecina. ¿Querés saber cómo encontré la casa, Lautaro? Me ayudó un árbol; sí, de repente me acordé de un árbol que solíamos trepar con Fredy cuando me invitaba a tomar la leche. Necesitaba verlo, sabés, quería pedirle perdón por una canallada que me mandé en la primaria. Debí hacerlo antes, ya sé, pero no me animaba. Ahora es distinto, yo sé que es distinto. ¿Vos conocés el colegio Jorge Newbery? Fredy entró en quinto grado. Nadie le daba bolilla, solamente yo. Estábamos todo el tiempo juntos. Afuera y adentro del colegio. Nos cargaban, decían que parecíamos novios. No te rías. Fue el mejor amigo que tuve. Todos ustedes no valen nada comparado con Fredy. No, no me enojo. Lo que quiero es que me escuches, y que no te rías, porque es muy triste lo que te voy a contar. ¿Robaste algo alguna vez? Yo tampoco, pero hice que robaran, y

eso es peor. Peor que robar es mandar a otro a que robe por uno. Ahí tenés: palabras de mi viejo. Será un tipo jodido pero nunca se equivoca. Estábamos mirando el noticiero cuando dijo eso; y yo me acordé del día ése en que Fredy y yo juntamos las monedas para comprar dos Naranjú. Cuando llegamos al kiosco y vi los paquetes de caramelos Sugus todos apilados, pedí un Naranjú de frutilla y otro de naranja. El kiosquero, un hombre obeso y con cara de pocos amigos, dio media vuelta y se dirigió a la heladera. Entonces le hice un gesto a Fredy con los ojos clavados en la punta de la nariz. Así, mirá. —Se detuvo, y sujetándome del brazo, me mostró la mirada, el gesto de superioridad infantil—. «Dale, Fredy», le dije. «Dale, maricón, agarrá eso, ¡agarrá algo!, Fredy». Y le señalé los Sugus. ¿Entendés? Yo toqué el paquete de caramelos con el dedo y rápidamente saqué la mano para que Fredy lo guardara en el bolsillo de su guardapolvo. El kiosquero no aparecía. No apareció: nos llamó desde adentro. «Vení pibe», se oyó. ¿Quién pensás que entró en el kiosco? Yo, yo entré. «¿Señor?», dije. El kiosquero, con las palmas apoyadas sobre el mostrador, me dijo: «Llamá a tu amigo». No me olvido más. «¡Fredy!», grité. «Vení Fredy, el señor te está llamando». Entró con las piernas temblando y las manos adentro de los bolsillos del guardapolvo. Me miraba, Lautaro, me miraba como un cachorrito indefenso. «¿Qué tenés en el bolsillo, pibe?» Fredy contestó: «Nada». Yo me asusté, me asusté tanto que dije. «Ya está, Fredy, dáselo». Y mi amigo dejó el paquete de Sugus sobre el mostrador. Miento, no llegó a apoyarlo; apenas lo sacó del bolsillo, el kiosquero le dio un cachetazo. —Como Francisco y el policía, pensé yo—. Fredy salió corriendo antes de que el paquete de caramelos tocara el piso. ¿Sabés lo que hice yo? Me tomé los dos Naranjú. Sí, eso hice. Necesito que me perdone, pero está muerto. ¿Le tenés miedo a la muerte vos? Yo no. Pero me da miedo pensar lo que va a sufrir mi vieja si yo me llego a morir por esto que tengo.

—No digas estupideces —le dije—. No tenés nada grave. Mirá, el otro día fui con Francisco a trabajar a la casa de un médico especialista en testículos. Viste como son, les encanta hablar con palabras raras y esas cosas. No me acuerdo cómo salió el tema pero dijo que hay muchos casos de inflamación por culpa de los pantalones que usamos nosotros. —Al decirlo, recordé de pronto que Mariano no usaba ni usó nunca otra cosa que pantalones de gimnasia—. Y los calzoncillos también. Parece que ahora los hacen con algo que lastima. ¿A vos qué te dijo el médico?

—Nada. No fui.

—¿Cómo que no fuiste?

Recién entonces me di cuenta de cuánto le costaba caminar. Habíamos dejado atrás cuatro cuadras, faltaban dos para llegar a mi casa, y mirándolo a él parecíamos dos devotos con restos de la iglesia de Luján incrustados en las plantas de los pies.

—Después te quiero mostrar algo —dijo.

Llegamos a casa.

—Nunca hay nadie los sábados —le expliqué a Mariano, mientras le ponía hielo a dos vasos que tenían soda y un poquito de vino blanco—. Mi mamá debe estar paseando con una amiga y Francisco seguro que está en el polígono de tiro. ¿Te conté que fui? Está buenísimo. Sentate, che. Bang, bang, bang. ¡Al centro!

Mariano no se reía. Ni siquiera probó lo que le serví.

—Mirá —dijo, y se puso de pie: se bajó el pantalón junto con los calzoncillos y me mostró el testículo: el testículo derecho tenía el doble de tamaño que el otro.

Cuando le dije que tenía que contárselo a sus padres e ir urgente a ver un médico, un grave gesto de resignación marcó con brutalidad el movimiento de sus hombros.

—Entonces los llamo y se lo digo yo —dije.

—Hoy se los digo, lo prometo.

—Mejor te vas a tu casa y se los decís ahora —dije—. Te llamo dentro de dos horas para averiguar si cumpliste.

Estaba realmente asustado.

—Bueno —dijo.

—Ahora.

Abrí la puerta y lo vi irse, despacio, sin mirar atrás, hasta que la tarde lo alzó desde su sombra y se lo llevó lejos, lo suficientemente lejos como para que fuera ésa, y no otra, la última imagen suya que me atreví a conservar; la misma que los guardianes de mi culpa custodiaron con recelo durante todos estos años, tan hermética y venenosa como la bóveda de un faraón.

Nunca llamé por teléfono. No lo volví a ver hasta que su madre, semanas más tarde, se comunicó conmigo para informarme que su hijo se encontraba gravemente enfermo.

—Estoy segura de que le haría muy bien que lo visitaran de vez en cuando. Lautaro, te pido por favor que les avises a todos sus amigos.

Ese mismo día reuní a todos los chicos en la heladería y les comuniqué la noticia en el tono de quien también acaba de enterarse. Seguí con la farsa un tiempo más, visitándolo en horas perdidas, hasta que una mañana su muerte se llevó nuestro secreto.

Cuando Mariano se atrevió a hablar con sus padres, el carcinoma de testículo ya estaba muy avanzado. Era demasiado tarde. Lo operaron, lo sometieron a durísimas sesiones de quimioterapia, perdió el pelo, se prometió a sí mismo vencer la enfermedad, pero no sirvió de nada: tenía metástasis ganglionares y pronto, por vía sanguínea, también se vería comprometido el hígado, el pulmón.

Parece imposible imaginar que a finales del siglo veinte el cuerpo fuera aún motivo de tabú y afectada imposibilidad. Sin embargo, muchos de nosotros fuimos educados de esa manera. Como los adultos no encontraban nunca las palabras adecuadas para hablar de sexo, anulaban por completo el mí-

nimo espacio donde pudiera emerger la necesidad de plantear tantas inquietudes y deseos. ¿Cómo? Pues inculcándonos el concepto de Culpa en nombre de una Moral que en nuestro tiempo no es otra cosa que un subterfugio, una caricaturización, una extraña moral que consiste en espantarse al ver dos hermosas tetas por televisión, pero que, por el contrario, busca con morbosa satisfacción ver en el Noticiero de las doce la imagen de algún chico mutilado por la guerra del Golfo.

Ya desde muy temprana edad se nos enseña que no debemos pronunciar las malas palabras. Aún no hemos aprendido a razonar, a respetarlas, y por ende a amarlas, que ya nos sumergen en una dualidad falsa y contradictoria, creando así la concepción de un mal del tamaño del Hombre de la Bolsa. Aprendemos a temerle a las palabras antes que a reírnos con ellas. La señorita Ignorancia nos enseña a leer y escribir —a razonar— del mismo modo que aprendemos a andar en bicicleta: con rueditas. Sin ellas, podríamos caer en las malas palabras. ¿Por qué malas?, ¿qué han hecho para merecer el epíteto? Y entonces, niño, ten cuidado con lo que dices si no quieres que aparezca el Hombre de la Bolsa y te lleve al lugar donde todos son boca sucia. Las malas palabras sólo son malas si se piensa desde la perspectiva de la suciedad que se le endilga aún hoy al cuerpo humano.

Los preferidos de los dioses mueren jóvenes. A Mariano lo velaron en el gimnasio cubierto del club G.V.P. Recuerdo el féretro ubicado en el centro y la tremenda cantidad de coronas que parecían replegarse sobre sí mismas a cada grito desgarrador de su madre, que permaneció toda la noche de pie al lado de su hijo, mirando con ojos colmados de interrogantes a cada uno que se acercaba para consolarla. Recuerdo también que su padre —un hombre grandote, de gestos rígidos e ideas antiguas—, desarmado por la angustia, el cansancio y el grado de alcohol que le cabalgaba encima, pasada la medianoche nos reunió a todos los varones en el hall central del

club porque, dijo, necesitaba hacernos una pregunta. Se lo notaba muy nervioso e incómodo. Hacía un gran esfuerzo para no mirarnos a los ojos. Si eso ocurría, rápidamente retomaba la frase desde el principio. Nos preguntó si alguno de nosotros sabía o estaba al tanto o sospechaba si él, nos preguntaba a todos porque no sabía quiénes habían sido sus amigos íntimos, si alguna vez Mariano había estado de novio, es decir si alguna vez había hecho el amor con una chica.

La pregunta nos desconcertó tanto que no dudamos un segundo en mentir. Mariano había muerto virgen, pero nosotros le dijimos que había salido con un montón de chicas y que seguramente con una ellas (cuyo nombre no recordábamos ahora) había mantenido relaciones sexuales.

—Al menos algo vivió. Algo vivió —repitió el señor Cáceres y pareció quitarse un peso de encima.

Dio media vuelta y se fue sonriendo; una de esas sonrisas largas que parecen quedar suspendidas en un tiempo remoto y donde no tarda en posarse una herida antigua con alas de reproche y culpa.

«Si Francisco se entera, nos mata.» Así retomé la segunda parte del diario, el día que nació el miedo, poco más de una semana después de aquel sábado fatídico en el que descubrí que mi madre lo engañaba. Recuerdo cómo a través de esa rara mezcla de admiración, lástima y temor que comencé a sentir por Francisco, no tardó en desprenderse un sentimiento hacia mi madre mucho más difícil de poner en palabras. Si la odiaba, si realmente llegaría a odiar lo que hacía, nada lograría evitar que de todos modos me convirtiera en su cómplice: callándome. Desde un primer momento reconocí al hombre que se había encontrado con mi madre en la plaza de Villa Devoto; pero no fui capaz de pensar en ese Brumell de pelo canoso y ojos marrones sino a través del miedo que me causó recordar a Francisco disparando su revólver hacia la oscuridad del galpón. Y por eso mismo yo nunca sería capaz de hablar sobre lo que había visto, y no tanto por saber desde ese momento quién era el amante de mi madre, como por el hecho de ser plenamente consciente de que algo terrible podía suceder si Francisco llegaba a saberlo.

«Hoy encontré a Francisco mirando hacia la calle con el revólver en la mano», escribí a continuación esa noche, ya metido en la cama y respirando apenas sobre la luz tímida que emanaba de una linterna. Volqué sobre la hoja todo lo que había sucedido, y ya por último escribí: «Tengo miedo». Cerré el cuaderno, apagué la linterna y me dejé atrapar por la densidad irrespirable del silencio.

No pude dormir. Ya nunca más volvería a dormir como antes. Por el contrario, a partir de ese día tendría ligeros adormecimientos como los que sufre un cadete cumpliendo con la imaginaria. Despertaría de golpe a mitad de la noche o al filo del amanecer, todo sudado y con la boca pastosa, acalambrado por el miedo de que asesinara a mi madre. En mis pesadillas, Francisco se levantaba oscuro y solitario bajo la noche en penumbras y se dirigía silencioso hacia la pared del comedor donde estaban las armas: descolgaba el máuser y sin poner un pie en su habitación disparaba, disparaba dos tiros, sonriendo, con la sonrisa desquiciada y metálica que le había visto la noche de Navidad cuando disparó hacia la oscuridad del galpón, con la misma sonrisa que, muchos meses más tarde, afloró de sus labios en el momento exacto en que le pregunté:

—¿Qué pasó?

Lo había encontrado ligeramente apoyado sobre la baranda de la terraza.

—Saliste temprano. ¿Faltó un profesor? Mirá vos. ¿Por dónde me dijiste que viniste? No te vi —dijo, y sonreía como queriendo ocultar el revólver que pugnaba por reivindicar su presencia—. Si te lo cuento no lo vas a poder creer. Hace quince o veinte minutos salí a comprar cigarrillos. Más o menos donde está la casa de Enríquez, frenó un auto con dos pibes adentro. A uno creo que lo conozco. —Había algo marcadamente demencial en sus gestos—. El pibe que conducía me preguntó por Álvarez Jonte. Me acerqué para decirle y me tocó el culo. Así como lo escuchás: me tocó el culo y salieron rajando. Pendejos de mierda. —Miró hacía la calle con una leve inclinación de cadera, su pie derecho estaba ligeramente levantado como un paso de baile y el revólver apuntando nerviosamente hacia el piso. —Si llegan a pasar, te juro que...

La historia debió parecerme tan absurda que quizá por eso sentí la necesidad imperiosa de decir algo.

—A lo mejor te quisieron robar la billetera.

—En fin, ya los voy a agarrar, ponele la firma.

Dejé la mochila sobre mi cama y después fui a la cocina. Me sudaban las manos; un sudor frío, penetrante. Arriba de la mesa había un montón de papeles. Francisco comenzó a ordenarlos, me dijo:

—En la heladera hay un bife. Yo me voy, tengo que entregar este presupuesto. —Y como pensando en voz alta, dijo—: Setecientos pesos de mano de obra por un baño completo con hidromasaje. Un tal Fernández Rey. Tiene una linda casa en Paternal. Parece que el tipo trabaja en el Banco Ciudad. Ojalá que acepte el presupuesto y se corte de una buena vez esta mala racha.

El último trabajo lo había hecho poco antes de fallecer El Caballero Rojo, y desde entonces nada, absolutamente nada. Ahora comprendo lo importante que hubiera sido para él no tener un solo minuto de descanso. Si hubiera tenido trabajo, no habría tenido tiempo para pensar, ¡trabajar para no pensar!, en vez de estar tantas horas en casa sin hacer nada luego de haber planchado o tendido las camas o pasado un trapo húmedo a los pisos o colgado la ropa lavada durante la mañana, poco después de prepararle el desayuno a mi madre y recordarle que por favor no se fuera sin antes dejarle el dinero para los cigarrillos.

Cualquiera que esté al tanto de las vicisitudes del oficio sabe perfectamente que enero y febrero son meses lentos y estériles. Todas las expectativas se vuelcan ciegamente hacía el otoño; se confía en que apenas comience a amenazar los más crudo del invierno la gente se tornará ahorrativa por no poder prescindir de una estufa o ducharse con agua caliente. Pero con el otoño no cayó otra cosa que las primeras hojas de la fatalidad. Para entonces, la soledad ya se había acentuado en Francisco sobre la base de un humor recalcitrante y esquivo. Aquel año cortó con la tradición de llamar por teléfono a Migliano y no quiso saber más nada de su familia.

En el diario hay fragmentos de todas aquellas noches en las que al levantarme para tomar agua o ir al baño, ya muy entrada la madrugada, lo observaba a través de la puerta entreabierta, fumando y tomando mate, quebrado sobre la mesa como una cáscara de nuez mientras la noche le daba la espalda. Y ahora parece tan fácil decir lo que le sucedía, y sin embargo era tan inaccesible por entonces. No pude ver que hacía tiempo ya que había comenzado a caer libremente como una plomada sin su tanza. Y lo peor de todo es que recién hoy, recién ahora que me he sumergido en esta tarea, soy capaz de comprender la dimensión que tuvieron sus palabras, la noche previa a que comenzara a trabajar en la casa de Fernández Rey. Hacía mucho tiempo que no me hablaba así, no me echó, me vio nacer tímidamente de la luz blanca de la cocina y no me ordenó que me fuera a la cama. Cebó un mate y la bombilla se ocupó del resto: señaló una silla vacía.

—¿Ya son las tres de la mañana? —dijo, deslizando la mirada por el reloj con forma de gota. Sobre la mesa, estaba el cenicero de vidrio repleto de colillas de cigarrillos— ¿Soñaste algo feo? Tomate un mate.

—Está amargo —dije—, mejor voy a tomar un poco de agua.

Al abrir la puerta de la heladera en medio de tanto silencio, tuve la sensación de que toda la casa abría sus ojos para observarme. El agua se revolcó sonoramente dentro del vaso. Por la noche todo se hace más evidente.

—Estoy empezando a tomar amargo —dijo—. El azúcar me provoca acidez.

Me senté.

La noche respira, tiene una respiración muy particular.

Él dijo:

—O será que estoy envejeciendo. —Observaba las paredes como si las acariciara con la mano, dolorosamente—. Si sigo así, cuando realmente sea viejo no voy a tener dónde caerme

muerto. Tener que alquilar una casa es lo peor que te puede suceder en la vida. No salís nunca de esto, Lautaro. Es preferible vivir debajo de un puente, mirá lo que te digo. —Cebó un mate y luego encendió un cigarrillo, uno más—. Tenemos que irnos de acá. Alquilar es tirar la plata a la basura. No podemos seguir así. Voy a ver si como excombatiente puedo conseguir un crédito. Me gustaría que tu madre deje de laburar y que te quede algo a vos. Es terrible clavar un clavo en la pared y saber que no va a estar ahí para siempre. Ni siquiera el agujero.

Y no terminó de fumar el cigarrillo; poniéndose de pie, haciendo un gesto con la ceja izquierda como si le hubiera quedado una frase trunca, lo aplastó contra el borde del cenicero. Luego se lavó la cara en la pileta de la cocina, se secó con el repasador, me agitó el pelo como reconciliándose consigo mismo y me dijo que se iba a dormir.

—Me voy a dormir un rato, che. Mañana comienzo a trabajar en la casa de Fernández Rey.

A partir del día en que encontré a Francisco en la terraza con el revólver en la mano, el miedo me expulsó hacia el barrio como por efecto de una onda expansiva. Estaba minado por dentro: cada una de sus palabras era una bomba que detonaba furiosamente en mis entrañas. Asistía puntualmente al colegio, sí, pero no estudiaba. Las notas del último trimestre terminarán desmoronándose con perfecta naturalidad. Nadie se dará cuenta: demasiado polvo a mi alrededor. Llegaba del colegio, almorzaba lo que hubiera en la heladera, tendía las camas, lavaba los platos de la noche anterior, barría los pisos y me internaba desesperado en el corazón mismo de Villa del Parque.

Comprendo mejor a los chicos que pasan el día entero en la calle cuando pienso en la angustia que me ocasionaba el mero hecho de introducir la llave en la cerradura de la puerta de casa. No era capaz de mirar a mi madre sin avergonzarme

profundamente. Al responderle cualquier mínima pregunta, me secaba por dentro. No podía probar su comida sin que me dejara un gusto amargo en la boca, ni mucho menos era capaz de tolerar la risa que podía arrancarle algún comentario de Francisco que, por otra parte, y sin que yo aún imaginara el motivo, había comenzado a manifestar una progresiva mejoría en su humor desde que trabajaba en la casa de Fernández Rey. Quiero decir que lentamente volvía a ser el mismo, y esto me desesperaba profundamente. Yo lo quería discutiendo con mi madre hasta el revoleo de platos, quejándose por todo y no con esa nueva mirada complaciente, generosa, como abriéndose paso entre la maleza. Lo hubiera preferido cegado por la introspección, en compañía de la luz blanca de la cocina, la esclava impaciente del hombre que vela, y no acostándose temprano y alegre para ser puntual al otro día en la casa de Fernández Rey. Lo necesitaba enojado, sí, porque el enojo crea anticuerpos y contagia, y yo necesitaba alimentarme de rencor para no sentirme tan solo, viendo a un Francisco cada día más indefenso, ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor. Quería decírselo pero no podía. ¡Era mi madre!

«Si Francisco llega a enterarse, ¿cómo hago yo para defenderla»

Me sentía tan aturdido. Quería entender, pero era inútil. Observaba lo que sucedía en mi casa a través de una ranura obstruida, todo parcial y equívoco. ¿Con quién hubiera podido hablar? Con nadie, ni siquiera con Lucio. No hubiera tolerado que pensaran de mi madre lo mismo que habían dicho aquellos hombres cuando entraron en el kiosco. En un barrio como aquél no hubiera sobrevivido un solo día.

En ningún momento se me ocurrió pensar otra cosa que no fuera que podía llegar a matarnos. El hombre al que yo admiraba como a nadie en el mundo se convirtió en la principal amenaza sin haber hecho absolutamente nada para merecerlo.

En cuanto al miedo: ¡qué cantidad de palabras como piedras violentas hay escritas en la segunda parte del diario! Hojas manchadas de ardiente llanto como lava volcánica sobre un campo estéril, abandonado. Yo lloraba durante la noche, lloraba y escribía, y, a veces, apenas sufría una de esas risas finitas de mi madre que eran como hilos de baba suspendidos en la oscuridad, no podía hacer otra cosa que ocultar la cabeza debajo de la almohada. Sabía perfectamente que vendría un repercutir de talones desnudos, la luz del baño encendiéndose como un relámpago, los cansados murmullos limando las asperezas de mi respiración entrecortada. ¿Durante cuánto tiempo viví así? Ahora todas las noches se repliegan, se funden en una sola, un solo recuerdo indivisible como el odio mordido debajo de mi almohada: hubo una noche en que hicieron el amor como si no les importara en lo más mínimo que fuera yo capaz de escucharlos. Me ahorro los patetismos y diré, simplemente, que al otro día Francisco me fue a buscar a la salida del colegio para darme la gran noticia, o mejor: el motivo por el cual parecía reconciliado con el mundo.

Revivo con amargura el momento en que salgo del colegio y veo el Falcon estacionado en doble fila y a Francisco con los brazos cruzados y apoyado sobre la puerta cerrada, sonriendo. Sonreía todavía cuando me dijo que ya estábamos llegando tarde.

—Nos están esperando —dijo.

Y sin responder a mi pregunta, aceleró entre bocinazos que espantaron a los alumnos como si fueran palomas. Francisco tenía un humor extraño, vivificante. Seguramente había cobrado el trabajo de Fernández Rey. Lo sospeché apenas vi los cinco paquetes de cigarrillos encima del tablero. No me equivocaba. Pero esa no era la única novedad; había algo más, sólo que recién lo sabría cuando señalara una casa de aspecto ruinoso con un enorme cartel de venta colgado en su frente.

—¿Te gusta? —Y al mirarme rozó apenas mi mentón con su puño cerrado, un gesto pugilístico de El Caballero Rojo—. Van a venir a tasarla, a ponerle un precio quiero decir. ¿Qué sorpresa no es cierto? Todavía no hay nada seguro, no te entusiasmes. Si todo sale bien, Fernández Rey nos va a dar una mano para que saquemos un crédito. ¿Querés verla, Lautaro?

Nos abrió la puerta un hombre alto y delgado, vestido de riguroso traje negro y corbata violeta. Consultó su reloj apenas entramos y dijo que no tenía mucho tiempo porque un cliente lo esperaba en la inmobiliaria. Cuando iba a comenzar a mostrarnos la casa, miró a Francisco bruscamente y le dijo:

—Usted vino a ver la casa esta mañana.

—Sí, pero le dije que iba a volver para que la viera mi pibe, ¿se acuerda?

Francisco me tenía parado frente al hombre: sus manos pesadas y flojas estaban apoyadas sobre mis hombros.

—Sí, ahora me acuerdo.

Francisco, casi al oído, me dijo:

—Andá, date una vuelta. —Y me apretó la clavícula—. Cuando subas la escalera, prestá mucha atención a la habitación. —Lo miré y me guiñó un ojo—: pensé que podría ser la tuya.

Recorrí rápidamente cada uno de los ambientes de la planta baja. Luego subí la escalera y abrí la puerta de la que era una pequeña habitación. No entré. Bajé despacio, lo suficiente como para que Francisco se sintiera en la obligación de llamarme. Me dolía mucho la cabeza y no terminaba de entender qué estábamos haciendo en esa casa.

—Linda, ¿no?

—Sí —dije.

—Listo, vamos entonces.

Francisco estrechó la mano del señor.

—Bueno, Martoy, concretamos una cita apenas usted lo disponga, ¿de acuerdo?

—Por supuesto —contestó Francisco, sujetándome del cuello con dos dedos.

Salimos.

Antes de encender el motor, contempló la fachada de la casa.

—Ojalá que todo salga bien. Hay que hacerle arreglos, pero es grande, me gusta. Tu habitación la voy a pintar de color gris clarito. ¿Qué te parece? Y nada de pegar pósters en las paredes. —Se reía, tosiendo. Luego encendió un cigarrillo, puso el auto en marcha y me dijo—: Te dejo en casa, yo tengo que hacer un trámite. Tenés un churrasco en la heladera y creo que también queda un poco de pan. Lautaro, escuchame bien: ni una palabra de esto a tu madre, ¿de acuerdo? Quiero que sea una sorpresa. Esta noche viene a casa Fernández Rey para firmar lo papeles.

A Fernández Rey lo vi dos veces en mi vida. La primera fue aquella noche en la que llegó con un enorme portafolios negro para ultimar los detalles y las firmas de lo que prometía ser el primer eslabón de una cadena que nos conduciría a tener nuestra propia casa. Al menos eso fue lo que dijo cuando, luego de aceptarle a mi madre un café, comenzó a desplegar sobre la mesa del comedor un sin fin de papeles.

Fernández Rey: algo más de cuarenta años, un poco más bajo que Francisco y ligeramente calvo, tenía un puesto muy importante en la Casa Central del Banco de la Ciudad de Buenos Aires.

—Y le aseguro que no es la primera vez que contribuyo con mi granito de arena para que las lindas familias argentinas de clase media puedan alcanzar el sueño dorado de la casa propia. —A lo que, luego de un sorbo de café, agregó—: Por supuesto, más tratándose de un excombatiente. Si me permite, Francisco, yo diría que todos los que estamos en una función pública tenemos una obligación cívica con ustedes.

La alegría de Francisco era casi cósmica; miraba a ese

hombre como si fuera un dios al que se debía rendir homenaje al más mínimo comentario. La última vez que había visto algo parecido en sus ojos fue cuando se compró el máuser, y ni siquiera. Nada podía compararse con ese momento tan trágico. Me duele y a la vez espanta recordarlo tan inquieto, lejano y vulnerable, aferrado a la mirada de mi madre, esperando, quizá, el momento en que ella le dijera: sí, Francisco, finalmente lo lograste.

—Qué les parece si antes de armar la carpeta repasamos rápidamente lo que hablamos la semana pasada —dijo Fernández Rey—. Si no dejé mi calculadora sobre mi escritorio, debería estar entre estos papeles...

—Yo tengo una —dije.

—Acá está. Veamos.

—Correte, Lautaro, que le tapás la luz al señor —dijo Francisco. Y me hizo el gesto de que me sentara en uno de los sillones.

—No me molesta —dijo Fernández Rey, sin dejar de mirar sus papeles.

Antes de acomodar la calculadora de modo tal que pudieran verla él y Francisco, preguntó qué edad tenía yo.

—Lindo pibe. Los míos son chicos todavía. Bien, la cuestión es la siguiente, Francisco, en cuanto al crédito hipotecario, ya habíamos hablado del de tasa variable con sistema francés, recuerden: pagan los intereses y al final el capital, lo que hace que la cuota sea decreciente. Conviene mucho más que el de tasa fija. Lo primero que vamos a hacer es otorgarte el crédito personal para que puedas llegar al porcentaje que te exige el banco. Entonces van a ser dos créditos. Ustedes van a pedir esta cantidad de dinero, ¿estamos acuerdo? A esta cantidad que ustedes pueden ver en la calculadora, no se preocupen que antes de irme les dejo unas hojas con todo detallado, le corresponde esta cuota que se debitará mes a mes directamente de la pensión que usted, Francisco, tiene como

excombatiente. Claro, justamente, el crédito apunta a ayudar a los veteranos de guerra. Bien, hasta acá, ¿alguna duda? Todo clarito. Esto ya lo hablamos así que no hay ningún problema. Lo único que quedaría por resolver es la cuestión de mis honorarios. Veamos. De esta cantidad de dinero que ustedes van a pedir al banco, les pido que por favor presten mucha atención, yo me voy a quedar con el diez por ciento. Un segundito. A ustedes les va a quedar esta cantidad de dinero para disponer. ¿Alguna duda?

—¿Otro café? —preguntó mi madre.

—No, le agradezco mucho. ¿Qué hora es? Patricia me está esperando para cenar. ¿Armamos las carpetas?

—¿En cuánto tiempo tendríamos los dos créditos, Augusto? —preguntó Francisco.

—Como algo descabellado: en veinte días. De todos modos, yo voy a hacer todo lo posible para que salgan antes. Tengo un despiole en este portafolios. Lo que me faltaba era la fotocopia del documento de su señora. Me habían dicho que no están casados legalmente. No importa. De todos modos, esto sería para el crédito hipotecario, es decir, la segunda instancia. Primero necesitamos un crédito personal. Parece mentira pero los créditos están hechos para los que tienen plata. Y los que la tienen, no los necesitan. Armemos ya las dos carpetas así entran como por un tubo... ¿Esto? El certificado de la Marina, perfecto. Así ya dejo todo en orden. Orden para el progreso, como dice un compañero de trabajo. Muy bien. Una firmita acá, Francisco, otra acá, acá también, y la otra. Dígamelo a mí. La burocracia. Y por último. Muy bien. Ahora sí, listo. Me voy. Un gusto volver a verla, Cora, y muy rico su café. No, por favor. Ha sido un placer, Francisco. Quédese tranquilo que yo lo llamo apenas tenga una novedad.

La novedad no se hizo esperar mucho. Apenas una semana después de aquella noche, Augusto Fernández Rey llamó

a mi casa para dar la noticia que yo tanto temía. Recién habíamos terminado de almorzar cuando sonó el teléfono; un timbre breve primero, lo suficientemente breve como para abandonar un silencio lineal y expectante. Nos miramos. Pasaron unos segundos y volvió a sonar, sonaba como si hubiera logrado desenredarse y su constancia fuera tan definitiva como urgente y no se convenciera, o no quisiera convencerse, de la posibilidad de que no hubiera nadie del otro lado capaz de interrumpir su insistencia. Sonó tres, cuatro, cinco veces y no se detenía, y, por no detenerse, su cadencia regular habría terminado por acostumbrarse a la lógica del comedor hasta pretender más de lo que era: un simple llamado telefónico.

Y ahora lo veo a Francisco de perfil: una mano sosteniendo el tubo del teléfono y la otra imprimiendo el nerviosismo en su frente. Cerró los ojos. Su voz estaba paría con dificultad monosílabos extraordinarios y sumisos como en una plegaria. Abrió los ojos. Colgó el tubo y regresó a la cocina. En absoluto silencio, abrió la canilla y cargó la pava con agua, encendió una hornalla y un cigarrillo, puso a calentar la pava y cambió la yerba del mate, luego apagó el cigarrillo con la pesada caída de una gota rezagada, tiró la colilla en el tacho de basura, me miró a los ojos largamente y comenzó a llorar dándome la espalda, con todo el cuerpo. Temblaba como una rama sacudida con violencia. Un llanto que debía nacer de su estómago, dolorosamente; como también le debía doler mi presencia, tener un testigo. Los hombres como Francisco necesitan llorar en soledad, llorar hasta desgarrarse por dentro sin tener que decir nada, o por lo menos no lo que dijo entrecortadamente, lo que seguramente se sintió obligado a decir antes de irse, todavía con lágrimas en los ojos.

—Tenemos la plata, hijo.

Apenas unos días después del llamado telefónico, Francisco firmó el boleto de compraventa de la casa que habíamos visitado juntos. Recuerdo su entusiasmo, la fe ciega que había depositado en aquel hombre y el modo en que me pidió que estuviera pendiente del teléfono.

—Escuchame, Lautaro, necesito que te quedes en casa por si llega a llamar Fernández Rey. Cuando vengas del colegio, desconectá el contestador automático. Por favor, no dejes de atender el teléfono, ¿si? Podés salir cuando tu madre regrese.

Mi madre llegaba cada día más tarde. De todos modos, ni bien se quitaba un zapato en la puerta de su habitación yo ya estaba en la calle; me quedaba solo dando vueltas por el barrio hasta que se hacía la hora de la cena. A veces iba a visitar a Lorena; nos quedábamos un ratito charlando en el palier del departamento. Como no la dejaban salir después de cierta hora, uno de esos días le pedí que inventara una buena excusa para poder quedarse conmigo: sería la primera vez que estaríamos solos en una casa. Pero en contra de lo que los adultos imaginarían que haríamos, o yo intentaría hacer, lo cierto es que estuve demasiado pendiente del teléfono, quiero decir que no sugerí nada que lograra hacerla sentir incómoda o a la defensiva: encender la televisión, por ejemplo, y besarla mientras ella de a ratos fingiría interés por la trama de un culebrón venezolano, y yo sólo por la suavidad de su piel oculta bajo la pollera del colegio; todo en el más armonioso

de los silencios, hasta que un ruido desconocido la hiciera exteriorizar compulsivamente un miedo atroz, virgen; sería espantoso que nos sorprendieran intentando hacer lo que aún no habíamos hecho, todavía nunca, aunque queríamos, yo más que ella seguramente, o ella sólo si todo parecía natural, casual, es decir no deliberado ni buscado desesperadamente por mí. Lejos estuve de intentar algo parecido. Como el llanto de un bebé que suspende para siempre lo que está haciendo su madre, el teléfono silencioso acaba por comerse el tiempo de los que están en su custodia, y es peor que esperar una carta, espera siempre supeditada a un tiempo interno. El teléfono tiene un lugar de privilegio en la casa y acumula miradas despectivas, genera violencia, prohíbe el paso y hasta nos hace dudar de la capacidad de nuestros sentidos.

—Mejor no salgamos a la terraza, Lorena. Mirá si no lo escucho cuando suene.

Uno levanta el tubo una y otra vez para comprobar que el tono no se ha ido. Pasan las horas, el corazón de la ansiedad late y respira con bronca las ganas de que suene de una vez por todas. Y sonó; uno de esos días llamó mi abuela Paula para decirme que necesitaba hablar conmigo lo antes posible.

—Hasta el viernes no voy a poder ir, abuela.

Y ella, dejando entrever que estaba al tanto de todo ese asunto de Fernández Rey, finalmente me dijo:

—Lo espero el sábado, m'hijo. Mire que realmente necesito hablar con usted.

El sábado por la tarde fui a visitar a mi abuela. Como de costumbre, me había comprado un alfajor y una botella de coca-cola. Charlamos un rato sobre temas sin importancia mientras bebía una medida de whisky. Sentada en el mismo lugar donde yo estoy escribiendo ahora, me dijo:

—Qué dirías si yo te dijera que tenés la posibilidad de estudiar computación. O de viajar por todo el mundo. —Me

miró, acercó el vaso a su boca pero no bebió, dijo—: Quiero mostrarte algo. —Y dejando el vaso sobre la mesa, se apresuró a abrir un cajón del bargueño: sacó de entre un montón de papeles un folleto en cuya tapa había un ancla como la que Francisco tenía tatuada en su brazo izquierdo y agregó—: Los mejores estudiantes viajan por todo el mundo en la Fragata Libertad. Es la Escuela de Suboficiales, la Marina de guerra. ¿Qué te parece?

—¿Y el colegio, abuela? —pregunté sin poder quitar la mirada del folleto que aún conservo, imaginándome ya convertido en marinero: una fotografía con el mar de fondo al igual que Francisco.

—Ahí mismo lo termina, m'hijo. En tres años ya tendrías una carrera hecha. ¿Se imagina a los dieciocho años viajando por Europa? Pensalo tranquilo, aún falta para el examen de ingreso.

—Un examen.

—Mire, si usted se decide, yo le pago un profesor particular para que lo prepare bien —dijo, y me llenó el vaso con coca-cola—. Pero no quiero una respuesta ahora. Tiene que pensarlo tranquilo. Otra cosa, no se lo diga a nadie.

Ya de regreso a casa, comencé a pensar seriamente en la posibilidad de ingresar a la Marina. Mi abuela no me había exigido una respuesta apresurada ni yo se la hubiera querido dar, antes necesitaba resolver un asunto de suma importancia, una cuestión de honor: Lorena. Tenía que hablar con ella como Francisco había hablado con mi madre poco antes de partir rumbo a Bahía Blanca. Mi caso era distinto, sí señor: Tres años es mucho tiempo. ¿Quién podía asegurar cuándo regresaría? Francisco había necesitado menos que eso para decirle a mi madre que siguiera con su vida y no lo esperara.

—Tu madre lloró ese día, lloró mucho, pero al final comprendió que era lo mejor para los dos. Por supuesto que me

dio una alegría enorme cuando la vi en la estación de Retiro con su pañuelito color lila. Esas cosas no se olvidan nunca, pero hay que ser fuerte, Lautaro, si uno se va lejos no puede tener compromisos.

Quién sabe, pensé, a lo mejor Lorena también me diría, llorando, lo mismo que mi madre le gritó a Francisco con el tren en movimiento: «Escribime, amor, amor mío, que yo te voy a esperar». Las palabras de Francisco me resultaban tan claras y estimulantes entonces que tomé la determinación de hablar con Lorena lo antes posible. Mañana mismo, me dije; y sabiendo que aún me quedaba mucho viaje en colectivo, apoyé la frente en la ventanilla y me entregué a un trémulo sueño de dársenas y buques y tableros computarizados hasta que me despertó un terrible dolor en la sien.

El domingo nada resultó como yo lo había imaginado. Apenas comencé a balbucear las primeras palabras, comprendí de pronto que no podía justificar con sinceridad mi decisión. No podía decirle a Lorena que había decidido ingresar a la Marina, y, si no podía decírselo por lealtad a mi abuela, entonces no había ninguna razón para que yo cortara el noviazgo y la dejara llorando luego de haber rechazado una y otra vez sus pedidos de perdón por algo que no había hecho ni por lo tanto podía sentir la menor culpa. A menos que dijera que ya no la quería, que ya me había dado cuenta de que no sentía mariposas en la panza minutos antes de encontrarnos, que ya no adoraba sus descomunales ojos negros ni todo lo que había hecho de nosotros un noviazgo rebasado con proyectos de irnos a vivir juntos cuando fuéramos grandes.

—Ya no te quiero, Lorena —tuve que decirle.

Eso es todo lo que debería escribir —por ella y por mí—, sobre todo teniendo en cuenta lo que sucedió unos días más tarde, cuando ya se me había antojado molesta y no paraba de evidenciar que yo no estaba maduro para el amor. Para entonces me había vuelto insensible a sus recurrentes pedidos

de encontrarnos para conversar y a sus cartas debajo de mi puerta y a sus llamados telefónicos (en los cuales, al principio hablaba, luego sólo respiraba sobre el tubo y, más tarde, pretendía obligarme a escuchar estribillos de canciones que alguna vez habíamos adoptado como parte de nuestro sortilegio). Yo cortaba sin el menor remordimiento porque, sencillamente, estaba absolutamente convencido de las palabras de Francisco con respecto a la lealtad y las mujeres. La decisión que había tomado era por su bien: dejarla libre era un modo de cuidarla.

Una tarde, cuando regresaba de comprar el pan, Lorena me sorprendió saliendo detrás de un árbol: quería hablar conmigo una vez más.

—Por favor, Lautaro.

Fríamente le dije que me esperara. Llevaría el pan y hablaríamos tranquilos sentados en el escalón de la puerta de mi casa. Tardé una eternidad en subir y bajar. Tardé una eternidad porque confiaba en que se cansaría de esperar. ¿Actué de un modo despreciable? Mejor hubiera sido que se fuera; lo vil, lo inexplicablemente canallesco, afloró de mí cuando ella, temblando y con lágrimas en los ojos, me dijo que si yo quería, si vos todavía querés, Lautaro...

—Yo ahora estoy dispuesta a hacerlo.

Sus delgados dedos de princesa me acariciaron la mejilla. Quiso besarme y yo la rechacé, ¿la rechacé?, sí; pero no fue sólo eso, hubo algo más: la calle de pronto se abandonó a la penumbra, una luz como un par de ojos palpitantes se encendió en una casa vecina y el paso repentino del colectivo 124 arremetió con brutalidad las palabras que no debí haber dicho nunca segundos después de que Lorena dijera que ahora sí, que no había querido antes porque tenía miedo, se sentía insegura, pero ya no, ahora se daba cuenta de que yo era el amor de su vida y quería hacerlo, quería hacerlo conmigo y nada más que conmigo.

—Para siempre, Lautaro. Mi amor, mi vida. Yo sé que es por eso que querés dejarme. Sabés, hoy le dije a mamá que tengo relaciones con vos. Mentí porque quería saber cómo reaccionaría. Quedate tranquilo, no se enojó. Lo único que me pidió fue que nos cuidáramos. No me decís nada, amor, ¿por qué?

—Lorena.

—¿No te pone contento?

—Yo sé que me vas a odiar. Escuchame, Lorena, te lo quise decir cuando estuvimos en casa los otros días, pero no me animé. Conocí una chica.

—Mentira.

—Lorena.

—No me digas nada, no me importa. ¡No me importa!, ¿entendés? Yo soy tu novia. ¿Lo hiciste? ¡¿Por qué?! ¿Quién es?

—No llores.

—¿Vos me amas? Yo te amo ¿Vos me amas? Dame un beso.

—Lorena.

—Dame un beso.

—Lorena, no entendés.

—Sí —dijo.

Me dio un cachetazo y se fue corriendo. Mi mentira blanca, fría y en cierto modo pura, se alejó con ella, creció de tamaño como una bola de nieve hasta convertirse en despecho.

Pasarían varias semanas antes de que, por Mauricio, me enterara de que Lorena se había puesto de novia con uno de los muchachos que más fama de pendenciero tenía en el barrio: Punch. Así le decían sus amigos. Pertenecía al grupo que paraba a un costado de las vías. Y si el apodo no lo dice todo, valga aclarar que era bajito, grueso y fuerte como un pequeño tanque australiano, y, lo más importante: quería darme una paliza.

—¿A mí? No entiendo, si yo no le hice nada —dije, y sentí que las piernas se me aflojaban.

—A él no, pero a su novia sí —dijo Mauricio—. Punch dice que vos llamás todos los días por teléfono a Lorena para insultarla. Hay una sola cosa que me pareció rara, pero decime la verdad ¿ayer tiraste una botella vacía en la puerta de su casa?

—¿Quién dice eso? ¿Qué casa? Todo esto es estúpido. Además fui yo el que decidió terminar con Lorena.

—No es lo que dice ella —dijo Mauricio, y creo que en el fondo se divertía—. Vos no sabés lo que es Punch, yo lo vi pelearse. Al único que respeta en serio es a mi hermano. Lautaro, por las dudas no aparezcas por la heladería. Y no sueñes con ir el domingo a la costanera.

—Por qué no voy a ir, si yo no hice nada —dije, y en su sonrisa intuí mi sentencia.

—Hacé lo que quieras, pero eso sí —dijo—: después no digas que yo no te avisé.

Cuando también el barrio se convirtió en una amenaza, hice lo que hubiera hecho cualquier cobarde: me alejé de todo. Tenía tanto miedo de que Punch me diera una paliza que apenas terminaba de almorzar le daba aire a las gomas de la Legnano y me perdía con la bicicleta más allá de los límites de Villa del Parque. Lo que no sabía, ni nadie podía explicarme aún, era que cuanto más pretende uno alejarse, más se acerca a lo que inevitablemente debe ocurrir.

Una tarde, faltando cinco o seis cuadras para llegar a mi casa, un automóvil blanco se me puso a la par e hizo una maniobra brusca para terminar cruzándose en mi camino antes de llegar a la esquina. No quiso atropellarme, lo sé; no es difícil cargarse un ciclista. Pero me encontró tan desprevenido que cuando quise apretar los frenos ya me había precipitado contra una camioneta estacionada. Del automóvil blanco bajó Punch, hecho una tromba. Sus ojos se clavaron en los

míos con un odio que nunca creí fuera capaz de provocar en nadie. Lo más terrible llegó cuando al cabo de sus amenazas filosas, me exigió una explicación, es decir: que hablara. Y yo lo intenté, intenté articular palabras pero no salían: estaba absolutamente neutralizado por el miedo. Si me hubiera exigido que le besara los zapatos, lo habría hecho. Pero Punch quería una explicación, una sola excusa para pegarme, y yo se la di, simplemente, tartamudeando un vocablo. Apenas salió de mi boca un sonido, Punch me dio una trompada que me dejó enredado entre los fierros de la bicicleta.

Hay ciertas calles tan desoladas en Villa del Parque, que uno no puede menos que preguntarse si la gente realmente tiene necesidad de regresar a sus casas. No era el caso de ésta, que estaba colmada de peatones y automovilistas. Si lo menciono es porque tengo la sensación de que fue entonces cuando me sentí abandonado por mi barrio. Nadie hizo otra cosa que mirar. Cuando por fin saciaron su curiosidad y el automóvil blanco arrancó coleando y yo me levanté y comprobé que la horquilla de la bicicleta estaba partida, lejos de que alguien se acercara a preguntarme si me encontraba bien, miraron hacia otra parte y se desentendieron de mi vergüenza.

Cuando llegué a casa, apenas comencé a subir la escalera, me pregunté cómo haría para explicarle a Francisco lo que había ocurrido con su bicicleta. Por alguna razón, la mejilla me dolía menos que la obligación de tener que decírselo. Como ciertos hombres que han sufrido grandes desgracias y creen que nada peor podría sucederles en el porvenir, pensaba que el problema con Punch estaba resuelto. Ingenuo. Durante algunos días se hablaría muy mal de mí: Lorena se encargaría de propagar mi nombre. Pero confiaba en que pronto recuperaría la soberanía sobre la heladería. Lamentablemente no fue así como ocurrió; el problema con Punch se extendió durante unas horas más, y quizá, por qué no decirlo, no hubiese acabado nunca si yo no me hubiera ido a la Marina.

Entré en la cocina y encontré a Francisco sentado a la mesa, tomando mate. Había un cigarrillo prácticamente íntegro haciendo equilibrio sobre el borde del cenicero de vidrio. La agenda de cuerina negra estaba abierta de par en par. El sol todavía daba de lleno sobre la copa del árbol y las sombras proyectadas sobre la pared vibraran como párpados que no pueden simular la custodia de un sueño. Era miércoles. Semanas atrás, Francisco había firmado el boleto de compraventa de la casa que habíamos visitado juntos. Estaba sin trabajo y Fernández Rey aún no había vuelto a dar señales de vida. Al menos yo no había escuchado ningún comentario durante las cenas.

—¿Qué te pasó? —preguntó, y fue como si su gesto me llevara la mano hacia la cara.

Francisco tenía los brazos cruzados y observaba el cigarrillo que se consumía lenta, ardientemente, como mis explicaciones. Le conté casi todo; sólo me reservé el motivo por el cual había dejado a Lorena y el estado actual de la bicicleta.

—¿Dónde vive?

—No sé.

Apagó el cigarrillo y fue hacia el teléfono: con el tubo en la mano y el brazo extendido, dijo:

—Averiguá dónde vive.

No se me ocurrió otra persona que Mauricio para averiguar dónde vivía Punch.

—La dirección —dijo Francisco—, quiero saber la dirección.

—Lascano y Cuenca —repetí para que Francisco escuchara—. Nada. Después te explico. No sabés la dirección exacta. Está bien, no te preocupes. En serio, sí, no importa. Lascano y Cuenca. Una casa con ladrillos a la vista, y el garaje es verde. Listo. No, no puedo ahora. Después te llamo. Bueno. Chau.

—Vamos —dijo Francisco.

Cuando salimos a la terraza, Francisco se paró frente a la

bicicleta; la contempló durante unos segundos como se contempla algo que está roto y se quiere mucho. Después me preguntó si era cierto todo lo que yo le había contado.

—Sí —dije.

Y eso fue todo lo que hablamos. Lascano y Cuenca no era lejos. Fue fácil encontrar una casa con ladrillos a la vista y garaje verde. Bajamos del Falcon. Francisco cruzó la calle rápidamente y yo quedé rezagado por culpa de los automóviles y colectivos que pasaron entre bocinazos. Sin embargo, alcancé a ver cuando tocó el timbre de la casa, y el primer gesto de la señora que le abrió la puerta.

—La próxima vez que su hijo intente atropellar al mío con el auto, se lo traigo en una bolsa de residuos.

La señora miraba totalmente desconcertada.

—Otra cosa, dígale que lo espero hoy mismo en mi casa. Él sabe donde vivo.

Cruzó la calle, y yo detrás. Nos fuimos con la misma premura con la que habíamos llegado, sin hablarnos.

—¿Tenés las llaves? Subí —dijo Francisco, estacionado en la puerta de casa—. Vuelvo enseguida.

¿Por qué le había dicho que viniera a casa? Antes de saberlo, debía agonizar el día sobre mis ojos bien abiertos; encender luces y hacer muecas en el espejo; abrir y cerrar la puerta de la heladera, o caminar como un enloquecido alrededor de la mesa del comedor y sentir frío y miedo. Tenía que suceder todo eso y acaso más; algo inefable pero con síntomas muy claros: una extraña percepción de los objetos en la punta de mis dedos, dedos que temblaban, manos sudadas, pies de plomo que hacían retumbar un eco de voces en mi interior. De repente sonó el timbre. Sonó como una confirmación para el espanto: una sonrisa diabólica del otro lado del miedo. El que acaba de tocar el timbre es Punch, pensé. Me asomé a la baranda: Punch. Rápido, instintivamente, di un paso hacia atrás. Agachado, me asomé a la baranda. ¿El auto que acaba de estacionar es el Falcon? Sí. Tragué saliva. Sentía el corazón palpitando en mis sienes. A cinco metros de altura parecían iguales; pero Francisco era mucho más alto y fuerte. Podía derrumbarlo con sólo respirar. Hablaron durante unos segundos, casi sin mover las manos. Luego, Francisco levantó la cabeza, y, como si no hubiera otro lugar en el mundo, dirigió su mirada hacia el ángulo derecho de la baranda, es decir, exactamente hacia donde yo estaba escondido.

—¡Bajá! —gritó.

Ahora estábamos los tres frente a frente, y en silencio. Me sentía un ser insignificante. Mi voz sonaba débil, agujereada

de nerviosismo, absolutamente infantil cuando me acorralaron con preguntas. Los dos, sí; porque antes de que Francisco encendiera un cigarrillo y dijera: «Arreglen el asunto», sentía la traición de los conspiradores: la punta del estilete que se hunde en la carne para arrancar de cuajo la frase de Julio César.

Francisco y Punch comenzaron a interrogarme descarnadamente mientras yo retrocedía un paso, otro y otro hasta que también mi voz golpeó contra la persiana metálica del galpón diciendo que nunca había tirado una botella en la puerta de la casa de Lorena ni de nadie.

—Piedras, ¿tiraste piedras?

Jamás pude entender por qué me hizo esa pregunta; por qué le dio la posibilidad a Punch para que dijera que a lo mejor no fue una botella sino piedras, piedras y alguna botella seguramente también ya que había vidrios por todas partes.

Fue entonces cuando encendió un cigarrillo y lo dijo:

—Arreglen el asunto, muchachos.

Fue oír eso y mirarlo a los ojos con la cara ya desfigurada de espanto. No entendí, no pude entender que me estaba obligando a pelear hasta que de una trompada Punch me hizo rebotar contra la persiana metálica. La imperante necesidad de sobrevivir me hizo arrojar desprolijas trompadas al aire. Al principio no me dolían las que Punch acertaba una y otra vez. No estaba peleando, nunca supe hacerlo, sólo quería liberarme de ese cuerpo que me vencía. Hubiese corrido de tener un espacio liberado. En un momento, me arrancó el equilibrio y caí al piso: ya no tenía fuerzas para defenderme. ¿Dónde estaba Francisco? Sólo veía luces violáceas filtrándose por mis párpados vencidos. Me veo tirado en el piso, recibiendo, pasivamente, la paliza más grande que nadie me haya dado nunca en mi vida.

—Listo.

Lejana; su voz me llegaba con un gusto agrio debajo de la lengua.

—Listo, ya está bien.

Su voz llegó demasiado tarde. Ahora sólo quedaba comprobar la magnitud de la catástrofe.

—Ya está bien, ¡dejalo, carajo!

Tiemblo. Cada parte de mi cuerpo ha sido devastada. Rendido, absolutamente perdido y aniquilado, viene a mí su voz.

—Levantate.

Quiero moverme, pero no puedo. Respiro, reconozco el sabor de la sangre en mi boca. Respiro. Abro un ojo y observo, al ras de la vereda, una minúscula piedra que en nada le afecta el aire caliente que sale de mi nariz. ¿Estamos solos? Sí, estamos solos. Y yo, no sé cómo, ahora estoy acostado en mi cama, vestido. Comprendí perfectamente lo que me dijo.

—Si tu madre te pregunta qué pasó, le decís la verdad —dijo, apoyando mi cabeza sobre la almohada—, le decís que te peleaste con un pibe del barrio. ¿Está claro?

Apagué la luz, y me dormí; así que no vi a mi madre. Durante la noche crecí un centímetro hacia el lado equivocado: el rencor.

Por la mañana me di un baño. Comprobé frente al espejo que tenía el ojo izquierdo a la miseria y decidí que no iría al colegio sino a la casa de mi abuela: firmaría la solicitud para el ingreso a la Marina. Había un solo problema: en casa ya no había nadie y no tenía dinero para el colectivo. Entré en la habitación de Francisco y mi madre y comencé a revisar los placares; metí la mano en cada uno de los bolsillos de los abrigos hasta alcanzar la cantidad justa de monedas que necesitaba para viajar.

Era un día como hoy: lluvioso y gris sobre las veredas sin testigos. Gris sobre la ventanilla empañada del colectivo 84 que me llevaba liviano como la lluvia.

Cuarenta y cinco minutos después, estaba tocándole el timbre a mi abuela.

Me abrió la puerta:

—Te pegó.

Entré en el baño y me sequé el pelo y la cara con una toalla.

—Ayer me agarré a trompadas con un pibe del barrio, abuela.

Sentados ahora, ella, con el codo sobre la mesa y el mentón apoyado en la palma de la mano, comenzó a observarme en silencio como si fuera capaz de adivinar algo a través de la aureola morada que cubría gran parte de mi ojo izquierdo. No tardó mucho en preguntarme si había desayunado.

—¿Desayunaste? Tengo algunas galletitas y un poco de ese queso que a vos te gusta tanto, ¿te preparo?

No me dio tiempo a responder.

—Abuela —alcancé a decir antes de que el aroma del café se perpetuara en mi memoria junto con sus palabras.

Todavía me daba la espalda, cuando dijo:

—Sí, m'hijo, ya lo sé. Ahora mismo, mientras usted desayuna, su abuela le busca los papeles.

Y una vez que dispuso todo sobre la mesa, abrió el cajón del bargueño y sacó los papeles. Tenía una lapicera en la mano cuando me dijo:

—Tenés que firmar ahí, mirá, donde dice aspirante. Solamente falta la tuya. Tu madre y tu padre ya firmaron.

Nos miramos.

—No voy a negar que me costó trabajo encontrarlo, pero lo encontré —dijo, y con una voz maternal como la que no he vuelto a escuchar nunca más en mi vida, acariciándome el pelo lenta, muy lentamente, agregó—: Otra día vamos a hablar de eso. Sabe, m'hijo, él lo quiere ver. Yo sé, no hace falta que diga nada. Cuando sea un hombre, va a comprender que los adultos también se equivocan. Pero ahora usted

solamente tiene que pensar en la brillante carrera que le espera, en su futuro. ¿Ya marcó con una cruz lo que va a estudiar? Escalafón, creo que se lo llama. ¿Informática? Muy bien. Excelente decisión.

Ahora voy desesperadamente a las últimas páginas de mi diario con la ilusión de encontrar una huella, una muestra arqueológica que me permita reconstruir paso a paso lo que sucedió después. Imposible. El diario me da una falsa ilusión de hechos encadenados: causas y efectos se agrupan como las palabras debajo de la sombra del recuerdo y le dan a las cosas un orden que nunca tuvieron. Cierro el diario. Escribo para entender. ¿Qué otro sentido podría darle a lo que estoy haciendo? Entonces debo contar lo que sucedió poco antes de que ingresara a la Marina. Debo hacerlo. Es necesario que yo me arme de valor y escriba de una vez lo que sucedió esa noche, lo que a los quince años era prácticamente imposible comprender más allá de una frase, un sola frase que para Francisco y para mí era toda una cosmología, pero para los demás... ¿A quién le importan los demás? El día que supe el resultado del examen de ingreso, antes de ir a casa, pasé por la peluquería. Apenas me senté en el sillón, le dije a Wilfredo que me rapara la cabeza.

—Un corte colimba —fue lo que le dije cuando noté que mi pedido lo había desconcertado a la altura del flequillo.

Hizo lo que le pedí sin hacer ningún comentario. Pagué y me fui a mi casa. Recuerdo que los encontré sentados a la mesa del comedor con dos tazas de café. Francisco tenía una mano apoyada en su frente; la deslizó hacia la nuca para mirarme: no dijo nada. Mi madre, en cambio, recorrió con su mirada todo mi cuerpo hasta detenerse en mi pelo. Entonces dijo algo que no voy a poder olvidar nunca:

—Es lo peor que me podés hacer en la vida.

Yo no dije nada. Me encerré en mi habitación a escuchar

música. Si eso era lo peor que podía hacerle, entonces me sentía orgulloso de haberlo logrado.

Unas horas más tarde, los gritos me hicieron salir cargando un pensamiento terrible y agitado que no tardó en desparramarse por todo el piso del comedor cuando vi a Francisco sentado en una silla, frente al teléfono. Mi madre tenía un tenedor en la mano y estaba con el hombro izquierdo apoyado sobre el marco de la puerta de la cocina: observaba todo con los ojos bien abiertos.

—Voy a su casa —dijo Francisco.

Luego entró en su habitación.

—Acompañalo —ordenó mi madre.

Francisco bajó la escalera prácticamente corriendo. Recién cuando encendió el Falcon me abrió la puerta. El viajé habrá durado quince minutos. Finalmente, estacionó frente a un chalet de grandes ventanales iluminados y altas rejas negras donde había globos atados y un cartel en el que podía leerse a la distancia: Feliz Cumpleaños. Francisco tocó el timbre mientras yo revivía una escena. Sólo que no estaba nervioso ni tenía miedo. Ignoraba por completo dónde estábamos hasta que una señora de pelo muy corto y casi anaranjado se acercó a la reja, sosteniendo una porción de torta en una servilleta de papel.

—Buenas noches —dijo Francisco, y la señora no pudo responder debido al pedacito de torta que tenía en la boca—. Quisiera hablar con Augusto, ¿se encuentra?

La señora tragó. Dijo:

—Estamos de cumpleaños. Mi nieta.

—Lo sé —dijo Francisco, y arrojó el cigarrillo con dos dedos. Sin mirarla, agregó—: Siento molestar a esta hora, pero necesitaría hablar con él.

La señora me sonrió.

—¿De parte de quién?

—¡Augusto! —dijo Francisco, casi lo gritó.

Ahí estaba, asomado por la puerta entornada. Intentó ocultarse cuando Francisco lo nombró.

La señora caminó hacia la casa.

—Te buscan, Cachi.

Fernández Rey dejó pasar a la señora y cerró la puerta.

—Andate al auto —dijo Francisco.

Di dos pasos hacia atrás, y me quedé quieto.

—Francisco, disculpame. Ya sé que estuve mal. ¿Por qué no me llamás mañana a la oficina y hablamos tranquilos? —dijo acercándose a la reja, aunque no mucho—. Hoy es el cumpleaños de la nena, imaginate, tengo a toda la parentela en casa.

—Augusto, hace una semana que te estoy llamando al banco y siempre me dicen que no estás. ¿Por qué te hacés negar, Augusto? Hoy te llamo y fijate lo que me decís.

—Disculpame, tenés razón. Francisco, yo hice todo lo posible, ya te lo expliqué los otros días. Alguien se mandó una macana. Las carpetas se mezclaron y saltó la cuestión. Ningún banco te otorga dos créditos juntos. Se suponía que no tenía que ser así. Salió mal, pero era el riesgo, y vos lo sabías.

Francisco encendió un cigarrillo.

—Abrí la reja, Augusto.

Fernández Rey se acercó aún más a la reja, pero no la tocaba.

—Francisco, yo en ningún momento te dije que firmaras un boleto de compraventa. Te quise dar una mano y salió mal, viejo.

Fue al oír eso que Francisco, metiendo el brazo por entre las rejas, lo agarró del cuello y lo incrustó violentamente contra los fierros. Y lo que le estaba apoyando debajo del mentón era el caño del revólver.

—Escuchame, basura, te la voy a hacer muy clara. Si el crédito no sale, yo voy a perder la guita que puse en el boleto, y yo puse toda la guita, ¿entendés? Puse todo, menos el

diez por ciento con el que vos te quedaste. No voy a pagar por algo que no tengo. Me das el segundo crédito o me devolvés la guita. ¿Entendés? Sino te hago mierda, hijo de puta. Tenés una semana.

—Francisco.

—Una semana.

—Esperá, Francisco. Soltame. De alguna manera lo vamos a solucionar. Escuchame una cosa, escuchá, andá a la inmobiliaria y pedí un plazo de treinta días, o lo que puedas conseguir, y llamame.

—Augusto, si vos no me conseguís la guita, te lo juro por mi pibe, yo te mato.

La última vez que vi a mi madre hacía un mes que yo había ingresado en la Escuela Naval. Cumplía con lo que suele, o solía, llamarse período de instrucción, que en nuestro caso era de tres meses, y de los cuales sólo una vez pasado el primero nos estuvieron permitidas las visitas de civiles, todos los domingos, por un lapso de cuatro horas.

Hasta que mi madre me visitó, creo que no pasó un solo día sin que yo escribiera al menos unas líneas para contarle a Francisco lo que había aprendido. Lamento mucho haber perdido aquellas cartas; sé que hoy serían una prueba cabal de mi lealtad hacia aquella gran amalgama de historias. Porque la verdad es que todo, absolutamente, lo veía desde sus ojos. Le escribía a diario; y si jamás se me ocurrió usar el correo fue porque sabía que leían todas las cartas antes de enviarlas. Así que juntaba todo tipo de papeles para luego esconderlos bien al fondo de la bolsa de equipo que, por otra parte, era exactamente como yo la había imaginado desde que Francisco me contó aquella anécdota en la que Rulo había arrojado una bolsa robada y fue necesario la intervención de los buzos mientras las voces gritaban desesperadamente: ¡hombre al agua!

Mi voluntad desmedida los desconcertaba; sobre todo durante los primeros días, o acaso ya el primero cuando, luego de cortarnos el pelo y entregarnos la bolsa de equipo —Francisco nunca me dijo que se le llamaba elástico a la remera—, nos hicieron tender las camas por primera vez. Las camas

marineras eran de tres compartimentos y a mí me había tocado en suerte la primera de todas, es decir, la más alta, y, por lo tanto, la que era más difícil de tender sin pisarle la cabeza a los compañeros. ¡Cómo le agradecí que me enseñara y obligara a tender la cama todos los días en casa! Qué orgullo experimenté cuando el dragoneante arrojó uno a uno los colchones al piso, gritando así no, inútiles, mal, no, ¡mal!

—Ni tender una cama saben.

Hasta que llegó el turno de nuestra cama: los colchones de mi compañeros al piso y el mío, intacto.

—¡Así se tiende una cama! —gritó el dragoneante; y les mostró a todos cómo estaban hechos los nudos, el doblez de la sábana y la frazada enrollada a los pies.

No había hecho otra cosa que lo que me había enseñado Francisco. ¿Ya comenzaba a destacarme? Sí, por supuesto, y a generar odios. Aunque primero debía llegar la noche para que le diera la razón: a los porteños no los querían. Más aún: los detestaban. Al igual que Francisco en el portaaviones, yo era el único porteño de la comisión y eso me valió por parte del dragoneante la orden de que hiciera la imaginaria de tres a seis de la mañana durante los meses que durara la instrucción. Lo cierto es que la noticia no me provocó ningún resentimiento, si me hubieran dado un turno doble lo habría aceptado con la misma naturalidad. Quizá se debiera al nivel de adrenalina que llevaba encima: ya habíamos cenado (la comida no había sido muy buena, pero había que acostumbrarse), habíamos dado unas vueltas alrededor de la Plaza de Armas cantando bajo un cielo abierto y agujereado de fulgurantes estrellas una canción a coro que había logrado conmoverme hasta las lágrimas:

Yo te quiero Argentina.
Yo te extraño Malvinas.
En tus costas han quedado...
las gaviotas de Marina...

Y luego, formados en calzoncillos junto a nuestras camas, debajo de las amarillentas luces que se perdían a lo largo de más de cincuenta metros, nuestras miradas enfrentadas y endurecidas nos daba un aire de pensionado, de colegio pupilo, como decía mi madre cada vez que me sorprendía en una travesura:

—Te voy a llevar a un colegio pupilo, Lautaro, para que aprendas.

Pero esto es la Marina de Guerra, y lo que recuerdo es que el dragoneante Ledezma, poco antes de que la mitad del dormitorio quedara a oscuras, nos presentó a su silbato amarillo: Tweety. Su pajarito cantaría tres veces para cada una de las tareas que debíamos cumplir: levantarse, tender la cama, ducharse, vestirse y formar. Sufrida la presentación de Tweety con sudor y lágrimas, apagaron el resto de las luces menos una: se estiró como una red la penumbra en el dormitorio. Por los altoparlantes, sonaron los acordes de un clarín y en seguida se oyó una voz mencionando los nombres y apellidos de los soldados caídos en cumplimiento del deber a bordo del Crucero General Belgrano. Todos las noches era igual: el clarín, una lista de soldados y luego ese grito que hacía vibrar de estremecimiento hasta el orgullo más intrincado.

—¡Presente! —se escuchaba.

Y había que estar ahí para comprender que daba miedo.

Así terminó el primer día de lo que ahora me empecino en denominar como mi propio descenso a los infiernos. No es necesario ahondar sobre lo que viví ahí adentro. Tengo derecho al olvido, a batirme a duelo con mi memoria selectiva, y esto último es exactamente lo que haré a partir de ahora. Nunca pude contarle a Francisco sobre las clases de marinería que teníamos por las tardes en el taller y de cómo bastó una sola explicación para que yo mantuviera, orgulloso y engreído, secretos diálogos con él sobre los nudos marineros. Podía ser sobre el lasca, nudo simple en forma de ocho que

sirve para evitar que un cabo se deslice entre las poleas y escaleras, o el as de guía y el vuelta de escota y el ballestrinque, que alguna vez Francisco me había enseñado, como también el vuelta redonda con dos medios cotes, entre otros tantos que me empeñaba en atesorar con el fin de mostrar mi habilidad cuando viniera a visitarme.

Aprendía tan rápido que llegaron a decirme que era una lástima, una verdadera lástima, Nogán, teniendo en cuenta su potencial, que no haya terminado sus estudios secundarios: hubiera sido preferible para usted ingresar a la Escuela de Oficiales. Pero no era solamente en las clases de marinería donde me destacaba. Tenía una predisposición rayana en la locura. Rápidamente me ponía a la altura de las circunstancias: si había que tirarse a la pileta desde diez metros, no lo dudaba un instante, yo era el primero en saltar desde el trampolín. Si lo que se necesitaba era una mezcla de fuerza bruta y técnica, yo conjugaba ambas a la perfección, como en las clases de remo: la turbia correntada del Río de la Plata nunca lograba flaquear mi energía inagotable y remaba, remaba hasta contagiarle al resto mi espíritu falsamente combativo (porque en realidad era solamente a Francisco a quien iba dirigida mi inquebrantable entrega). Supongo que todo fue más evidente el día que nos llevaron a practicar tiro al blanco, cuando vieron la rapidez con la que yo armaba y desarmaba ese fusil, y, por sobre todo: mi seguridad al disparar. Sin respirar.

—La clave es no respirar —me habría dicho aquella vez en el Club Tiro al Segno.

Si te hubieras visto, Francisco, fumando tu cigarrillo sin quitárselo de la boca, tu mano pesada sobre mi hombro. Recuerdo a los empleados de seguridad cuando desde la garita le decían:

—Buenos días, señor.

Para que Francisco desplegara una sonrisa desde lo más alto, diciendo:

—Sí, hoy vine con mi hijo.

Después caminábamos en silencio hacia la zona reservada para armas largas.

—Acá está bien —decía Francisco, observando el campo abierto que más allá de nosotros parecía desnudarse.

Y enseguida lo veía adoptando la postura detrás del gatillo; su mano pesada y ancha resolviendo entre poses la graduación final de la mira telescópica.

Cuando fue mi turno de disparar, el dedo rozó toda la curvatura del gatillo; inquieto, el dedo, esperó la orden. Si tuve miedo fue sólo por falta de práctica. Disparé.

—¡Centro! —mintió.

Y luego:

—Oíme, Lautaro, levantá más el hombro. Tranquilo. No respires, la clave es no respirar.

Nuevamente el dedo cayó sobre el gatillo como cae una última oportunidad, como se prefiere el silencio, un pacto. No respiré, dejé que el dedo se deslizara lentamente y apreté el gatillo: salió el disparo, salió desordenado, frenético, dejando atrás un exaltado movimiento que lastimó mi hombro, y, a lo lejos, como un matiz de desobediencia, un montón de pasto quemado cayó muerto sobre la tierra, como aquella vez en el polígono, como en la Marina; sólo que en vez del máuser perfectamente acomodado en su esqueleto de hierro, yo tenía un F.A.L. y había disparado cuerpo a tierra casi sin errar el blanco.

—¿Dónde aprendiste a disparar? —me preguntó Cejas, uno de mis compañeros de cama. Un dejo de petulancia todavía rondaba en su sonrisa cuando le conté que solía ir con mi padre a un polígono los sábados por la mañana.

Luis Cejas era morocho, delgado, sonreía menos de lo que hablaba y tenía un hermano en el ejército. Era de Neuquén. Eso era todo lo que sabía. A mi izquierda estaba Calabria. Recuerdo que observó cuidadosamente la calificación que me

dieron por el ejercicio y luego me felicitó palmeándome el hombro. No sé si Pablo Calabria era una buena persona, sí era incapaz de hacer el mal, que no es lo mismo, y lastimosamente lento, lo que equivalía a convertirse en una inminente fatalidad. Tenía quince años como todos nosotros y ya medía casi un metro ochenta. Era santiagueño, grandote. Sin ser gordo, su andar era pesado y cansino a la manera de ciertos hombres de campo. Lento, incluso para pestañear. Podías pellizcarlo y alejarte silbando: para cuando se percatara de su dolor, vos ya tenías destino en Tierra del Fuego.

Apenas lo conocí y lo vi moverse, lo primero que recordé fueron aquellas palabras de Francisco con respecto a los gorditos y su inutilidad manifiesta.

—Nunca falta un gordito lento que le hace pagar los platos rotos al resto de sus compañeros —me dijo un mediodía con el mate ya frío porque me había regalado el significado que tenía para un colimba la palabra baile—: Había un cabo primero que cada vez que se cruzaba con nosotros, nos obligaba a hacer cien lagartijas. Hasta que un día descubrimos que no sabía contar. Entonces gritábamos uno, diez, cuarenta y dos, cincuenta, setenta y nueve, ochenta, noventa y uno, noventa y cinco... ¡Cien! Y el cabo primero decía muy bien, colimbas, muy bien, y se alejaba contento.

Francisco tenía razón: a Pablo Calabria le darían de baja faltando muy poco para el primer domingo de visitas. No duró un mes. Le dieron la baja luego de atormentarlo día tras día, y a nosotros con él. El dragoneante estimuló una necesidad de venganza que se llevó a cabo durante mi imaginaria.

Ese día el dragoneante estaba empeñado en humillarlo. Ya desde la mañana, como no dejó que nadie lo ayudara a tender la cama, y por lo tanto no pudo terminarla al tercer canto de Tweety, para castigarlo a él nos castigó a nosotros ordenándonos que fuéramos a las duchas en salto de rana: ida y vuelta, tres veces, con el agua tan fría que parecían arañazos de

gato. Calabria no sólo se bañaba cómodamente con agua caliente y jabón sino que además, para que se nos grabara el rencor, lo obligaron a sonreír a cada uno de los que ingresaban a la ducha. Y se grabó. Durante todo el día, el apellido del santiagueño tuvo sabor a pasto y sudor, a piernas entumecidas y ruegos y a llantos de rabia y pedidos silenciados de conmiseración. Ninguna de las historias de Francisco con respecto a los bailes se compara con lo que ocurrió poco antes de que llegara la hora de ir a cenar. Cuando ya estábamos todos embrutecidos de cansancio y famélicos, el dragoneante quiso que se hiciera un recuento de las bolsas de equipo; lo que dio como resultado que a uno de los aspirantes le faltaba una toalla. No fue una casualidad, lo sé; como también sé que no fue Pablo el que la robó; pero estaba entre sus cosas, y en la Escuela de Mecánica de la Armada poco importaba la fuerza de un argumento, un llanto. Teníamos quince años y nos trataban como animales a los que había que domesticar. Lo digo ahora, claro, pero creo que ya entonces comencé a tener el presentimiento de que algo me estaba superando. La realidad se imponía con ferocidad: los pilares de mi fantasía duplicaron con espanto su sombra cuando el dragoneante Ledezma le ordenó a Calabria que sostuviera con el brazo bien extendido y la palma de la mano izquierda hacía arriba un jarrito de lata lleno de agua.

—Si se le llega a caer una sola gota, aspirante, sus compañeros van a saber lo que le sucede a los ladrones.

¿Cuánto tiempo podía sostenerlo? Era cuestión de minutos. Ahí estaba Pablo, parado en el centro del dormitorio, casi de frente a mí, con los ojos bien apretados y la boca abierta; el labio inferior temblaba íntegro al mínimo contacto con las gotas de sudor que le caminaban la cara. Durante largos minutos hubo un silencio sepulcral y todas las miradas convergieron hacia ese jarrito todo machucado. Aguantó todo lo humanamente posible. Finalmente bajó el brazo y sus rodi-

llas se clavaron contra el suelo poco después de que un sonido a lata cayera con todo el peso de un inmanente castigo. Cuando levantó la cabeza hacia nosotros, el dragoneante dijo serenamente:

—Esta noche nadie va a cenar, excepto el aspirante Calabria. Ha demostrado ser ladrón y que no tiene fuerza. Así que vamos a alimentarlo. Forme afuera, Calabria, ¡carrera mar!

De modo que la idea fue lisa y llanamente sobarlo como a un chanchito al que se va a sacrificar poco antes del alba. Por supuesto, yo no lo sabía ni lo sospechaba. Recién cuando el inquietante murmullo comenzó a agujerear el ennegrecido silencio, recordé lo que Francisco alguna vez había llamado Pelotón Fantasma.

Cuando llegó del comedor, todos clavaron sus resentidas miradas en ese chico tan grandote como indefenso, con cara de nene: un nene grande acosado por el miedo. No era difícil adivinar que no había probado bocado más allá de lo exigido por los que ahora lo expulsaban hacia una lastimosa representación: entró en el dormitorio y alguien cortó lo más tenso del aire con un comentario provocativo. Apenas formó como los otros junto a la cama, se apagaron la mitad de las luces. Sonó la oración en lo que fuera un clarín, gritamos todos: «¡Presente!» Al cabo de la lista de los soldados caídos durante la guerra de las Malvinas, y nos acostamos.

A las tres de la mañana relevé al imaginaria. Saludé a Ruiz, que la estaba cumpliendo en los baños, y me dediqué a pasear de una punta a la otra del dormitorio con la linterna encendida.

El suboficial a cargo llegó con su bicicleta a solicitar el parte que, básicamente, consistía en presentarse con el número de rol y comentar concisa y claramente en qué condiciones estaba transcurriendo la noche (si había habido algún desperfecto en los baños o acaso un enfermo, y cosas por el estilo). Di el parte como normal y el suboficial a cargo se retiró. Mi-

nutos más tarde, comencé a oír las primeras voces: murmullos liberándose de una telaraña oscura hasta convertirse en sigilosas sombras agrupadas en torno a una inequívoca voz de mando. Eran por lo menos quince, y pasaron delante de mí como quien atraviesa una zona despejada por su cómplice o campana. De modo que yo los seguí con la linterna apagada sin comprender por qué razón uno de ellos cargaba una frazada sobre sus hombros, y, todos, un borceguí en cada mano.

Cuando comprendí ya era demasiado tarde: El Pelotón Fantasma se había parado alrededor de la cama de Pablo Calabria. Yo no hice nada o, mejor dicho, sí que hice, pero no lo que debí hacer: me quedé mirando cómo lo cubrieron con la frazada para golpearlo en todo el cuerpo una y otra vez con los borceguíes.

Detrás del primer grito corrí hacia el baño.

—Se lo merece —dijo Ruiz con el perfil apenas iluminado por la luz—. Listo. Andate ahora. —Antes de que saliera, me apretó el brazo y dijo—: Che, ni una sola palabra de esto, vos no viste nada, ¿me oíste?

No vi nada, no; pero oía. No creo que existiera un sueño tan profundo capaz de impedir que se oyera el llanto agónico de Calabria. Recuerdo la manera en que pedía por su madre y las exclamaciones permanentes de dolor. No me acerqué a la cama hasta que sonó diana. Fue el dragoneante quien le arrancó la sábana como una gasa aferrada a la herida. Lo llevaron a la enfermería y no lo volvimos a ver nunca más. Unos días después supimos que le habían dado la baja. Faltaban apenas tres días para nuestro primer domingo de visitas, tres días para que terminara el período más difícil y ahora sólo quedaban los mejores.

—Ya son tres los que dimos de baja —dijo el dragoneante—. Espero que ahora sí quedemos los mejores.

Nos olvidamos rápido de nuestro compañero. Se esmeraron para que lo hiciéramos: mejoraron la comida y en vez de

bañarnos con tres cantos de Tweety, tuvimos cinco a disposición, fuimos todas las tardes al polideportivo a jugar al fútbol y por las noches, al cine (en la escuela había un cine donde pasaban todas películas aburridas y entonces yo aprovechaba para dormir), nos enseñaron a desfilar con la orquesta y aprendimos la Marcha de la Armada, mejor dicho, aprendieron ellos, porque yo ya la sabía. Francisco tendría que haber visto cómo cantaba ese domingo en el que lo esperé con el gorrito ladeado a la manera de la fotografía que tenía colgada, junto al diploma y la medalla de honor, en la pared de nuestro comedor. Francisco tendría que haber visto cómo se me ponía la piel de gallina aquel domingo cuando una mitad silbaba la marcha y la otra imponía su canto mientras esperábamos ansiosos que ingresaran los primeros familiares.

—No se puede fumar ni tomar alcohol. Si alguno de ustedes no tiene visita, pídale a un compañero que lo lleve. De lo contrario, debe retirarse a su respectivo dormitorio. ¡¿Está claro?!

Y al unísono:

—¡Sí, mi dragoneante!

—Recuerden que no son señoritas para andar con chusmeríos.

A medida que avanzábamos, nos hacían sentar en fila india. Miles de gorritos blancos desesperados por encontrar un rostro conocido. La espera fue larga y tediosa. Sin embargo, hasta que vi a mi madre, sentí algo parecido a la felicidad al contemplar a los aspirantes que se levantaban de un salto y corrían y corrían hacia el centro de la Plaza de Armas donde una cartera o un bolso rápidamente caía al piso para dejar libres unos brazos vibrantes de orgullo y emoción.

—¡Llevame, Nogán, llevame! —gritó alguien mientras me ponía de pie. Pero hice de cuenta que no oí nada y caminé hacia mi madre con la esperanza de que Francisco saliera de alguna parte.

Verla me hizo recordar algo que hacía mucho tiempo no pensaba, que no quería pensar. Estaba vestida como para una fiesta o como si tuviera que hacer algo muy importante después de visitarme. Su cartera no era tan grande como para sostenerla con las dos manos.

Sin abrazarme dijo que me había extrañado mucho y me besó en la mejilla. Después, sonriendo, agregó:

—Soy tu madre, che.

Me imaginé lo que dirían mis compañeros al verme un beso marcado con lápiz labial. Notando mi preocupación, se humedeció el dedo con saliva y me limpió.

—Estás hecho todo un hombrecito arisco por lo que veo —dijo—. Vamos, busquemos un lugar. Allá hay un banco, ¿lo ves?, debajo del árbol. Corré, hijo, antes de que lo ocupen.

—¿Y papá?

—Francisco no pudo venir. Me pidió que te diera un beso muy grande de parte suya.

Era la primera vez que lo llamaba por su nombre. Corrí hacia el banco y me senté. Volví a mirar hacia donde estaban los familiares que aún no habían ingresado. Y las piernas de mi madre; los tacos altos que se había puesto.

—Acá en la sombra vamos a estar bien —dijo mi madre sentándose, apoyando la cartera sobre su falda—. Qué calor que hace hoy, por Dios. Bueno, contame: ¿cómo estás? Te miro y no puedo creer que estés en este lugar. Una cosa, antes de que me olvide. —Y de su cartera sacó una pequeña cantidad de billetes atados con una gomita elástica—. Es mucho dinero, cuidalo.

—No podemos tener plata, mamá.

—¿No?, ¿y por qué? —Y de pronto hizo una pausa para clavar la mirada en un oficial alto y rubio que pasaba caminando—. ¿Y si lo escondés en alguna parte? Como quieras. Tendré que dárselo a tu abuela. Te juro que no entiendo cómo te puede gustar estar acá.

La mayoría de los familiares habían traído sándwiches y cosas por el estilo en sus bolsos. Todos aquellos que no habían encontrado bancos libres, habían armado un pequeño picnic sobre el pasto. Lo único que tenía mi madre adentro de la cartera era dinero. Y ahora quería liberar un billete de la goma elástica.

—Tomemos una coca-cola. ¿Hay algún lugar donde se pueda comprar?

—En la cantina.

—¿Irías? —preguntó, acariciándome la punta de la nariz—. Este lugar está lleno de milicos. Mami te espera acá sentadita. Sé bueno, andá vos.

Desde hacía un mes no tomaba otra cosa que agua. Había olvidado el sabor de la coca-cola. Mientras regresaba, vi a muchos de mis compañeros paseándose de la mano con sus novias. La mayoría de las chicas jugaban con nuestros gorritos. No creo que estuviera permitido.

Me senté junto a mi madre. Dijo:

—Todavía sos muy chico para comprender algunas cosas, pero estoy segura de que cuando seas un hombre y yo ya no esté más en este mundo. No me mires así, no creas que vine a pedirte perdón. Los hijos no tienen derecho a juzgar a sus padres. Tal vez no sea el momento más adecuado para hablar pero quiero que sepas una cosa: yo quería darte lo mejor. Quería que sintieras lo mismo que había sentido yo cuando lo conocí. Deseaba mucho tener una vida nueva, otra oportunidad. Necesitabas un padre, Lautaro, y yo pensé que si llegabas a admirarlo todo sería menos traumático para vos. Ya me había equivocado una vez, por eso quería que todo fuera perfecto. Mirame. No creas que no me doy cuenta de que te hice mucho daño, pero creeme, si yo hubiera sabido... Lautaro, te lo tengo que decir con todo el dolor de mi alma: a Francisco no lo hirieron en Malvinas. Fue una historia inventada por nosotros. Él no quería, yo tuve la culpa; lo convencí de que

sería lo mejor para los tres. Hice todo lo posible para que lo admiraras, y exageré algunas cosas. ¿Qué podías saber vos lo que significa una guerra? Te estoy hablando. Entonces mirame a los ojos. Francisco estuvo en el portaaviones, por supuesto; pero nunca fue herido durante la guerra. ¿Entendés lo que te digo? La medalla y el diploma se la dieron a todos los que fueron a combatir a Malvinas. ¿Me estás escuchando? Voy a dejar a Francisco, hijo. Él todavía no lo sabe, pero lo voy a dejar. Me voy a ir. —Me pregunto por qué no la miré a los ojos cuando todavía podía hacerlo. Bruscamente se puso de pie—: Necesito ir al baño. ¿Habrá un baño para mujeres en este lugar? Ya vengo —dijo mi madre.

Y me quedé ahí, sentado, viendo cómo se alejaba e intentando comprender todo lo que me había dicho. ¿Dejaría solo a Francisco? Nació un interrogante a cada minuto. Pasó una hora, dos, y ella no regresaba. Se retiraron los familiares y yo no quería aceptar que se había ido para siempre, llevándose lo único que me quedaba, dejando unas cuantas verdades goteando sobre mi cuerpo.

Pasaran los días, las semanas, un mes, hasta que fueron casi dos. Debo decirlo ahora: una sola vez me levanté de aquel banco y para entonces yo ya no estaba más en la Escuela. Era otro el que continuó tolerando el encierro, y ése también un día se hartó de tanta imaginaria y ejercicios, de hablar con sus compañeros y darse cuenta de que ninguno de ellos había elegido la Marina por vocación sino por necesidad. Se cansó de trampolines y remos y hasta de un imposible nudo marinero que debió aprender una mañana. Llegó el día en que los dos sentimos la necesidad de regresar a casa: aquél que todo ese tiempo estuvo sentado en el banco, una mañana entendió que debía quedarse con Francisco, volver a los amigos y a los domingos de rosas y bicicletas rumbo a la costanera. Quería recuperarlo todo, pero era imposible. Claro que todavía no lo sabía.

Estaban por cumplirse los tres meses de instrucción cuando un lunes a la mañana cerré la puerta de la enfermería y pedí la baja.

—Quiero pedir la baja, dragoneante —dije.

Había pasado toda la noche en observación luego de que me aplastara un tropel de aspirantes. Por suerte, sólo tuve un principio de esguince y una costilla fisurada.

Ocurrió un domingo, apenas se fueron los familiares.

Como la única visita que tuve había sido la de mi madre, desde entonces me quedaba en el dormitorio soportando en silencio aquellas tediosas cuatro horas. No era el único, pero tampoco deseaba compañía. A veces lograba dormir. Aquella tarde de domingo, los aspirantes rompieron algunas reglas: habían fumado y bebido alcohol y algunas otras cuestiones relacionadas con las novias. De modo que indiscriminadamente formaron a toda la escuela en el centro de la Plaza de Armas. Recuerdo los reflectores apuntando hacia el centro y a los dragoneantes con los brazos cruzados hacia atrás. Subido a una tarima, el director reflexionó largamente sobre nuestro comportamiento. Al cabo de la palabra ética, se apagaron todos los reflectores y los dragoneantes comenzaron a gritar y a empujar para que corriéramos: de pronto me vi en medio de un oscuro remolino de cuerpos. Correr era lo único que se podía hacer para que no te aplastaran. Tus propios compañeros te lo exigían entre insultos. Si tropezabas, si la punta de tu borceguí fatalmente encontraba un talón confundido entonces no era uno, eran cientos lo que caían al piso. Y eso fue lo que sucedió cuando los dragoneantes comenzaron a empujar con más fuerza y pareció reducirse el espacio: el aspirante que corría delante de mí pisó mal, tambaleó, y yo lo vi, tuve un segundo para adivinarlo: cuando lo vi caer supe que terminaría aplastado.

A la mañana siguiente, exagerando una dificultad para caminar, hablé con el dragoneante Ledezma. Simuló escu-

char mis razones y luego me preguntó si quería la baja por lo que había ocurrido la noche anterior. Le dije que no, y él retrucó que sí, que era por eso. Le dije que me había dado cuenta de que la Marina no era para mí. El dragoneante dijo que siempre supo que yo era una porteñita engreída y delicada.

—A la primera cosita ya se asusta y quiere volver con mamá. Vaya a formar, aspirante, y déjese de pelotudeces que ya termina la instrucción.

Volví a repetirle que quería la baja. No sé de dónde saqué el valor, pero recuerdo que lo miré a los ojos cuando se lo dije. Quince minutos después estaba en el despacho de un oficial a cargo, solicitando la baja.

—No entiendo por qué se quiere ir. Ésta es su familia. Acá tiene casa, comida, ropa. ¿Qué más quiere? Va a estudiar y encima le van a pagar un sueldo. ¿De dónde viene usted?

—De Villa del Parque.

El oficial y su bigote entrecano sonrieron con sorna. Después abrió un cajón de su escritorio: sacó un pequeño papel al que le estampó un sello y luego me lo entregó, doblado, en un sobre.

—¡Ledezma! —gritó—. Que entregue la bolsa de equipo, se vista de civil y retire su documento.

Supongo que pensaron que me arrepentiría. No era la primera vez que alguien solicitaba la baja y sin mayores aspavientos le abrían las puertas para que se fuera. Como la mayoría eran chicos de provincia, una vez que recuperaban la libertad comprendían con espanto que no tenían ningún lugar a donde ir y regresaban.

De otro modo me resulta imposible comprender cómo me dejaron ir de esa manera. Lo cierto es que así terminó todo: comprobaron en el depósito que no faltara nada en la bolsa de equipo, me vestí de civil, me dieron el documento y abrieron el portón: de repente me encontré debajo de los altos edi-

ficios de la Avenida Del Libertador, confundido, algo mareado y, por sobre todo, sin dinero.

«Tengo que llamar por teléfono a casa y pedir que me vengan a buscar», pensé. Estaba tan nervioso que no recordaba el número. Tampoco tenía monedas. Caminé dos cuadras, y regresé. Más de dos horas estuve pidiendo monedas en la calle. Pero nada, ni diez centavos me dieron.

Pregunté la hora.

—Las doce y cuarto.

Francisco ya debía estar en casa. ¿Qué hacer? Lo primero tranquilizarse y pensar. Ir al baño. Ahora tenía que ir al baño y después ya decidiría. Entré en la Confitería Bieckert. Cuando salí del baño, se me ocurrió pedir prestado el teléfono.

—Al encargado, pedile —dijo el mozo.

Con las manos apoyadas sobre la barra le expliqué al encargado lo que me sucedía y accedió a prestarme el teléfono. Llamé a casa: sonaba y sonaba, pero nada. Corté. Volví a marcar. Nada. Francisco debe estar trabajando, pensé. Y entonces llamé a la casa de mi abuela.

—¿Dónde estás, Lautaro?

—En la Confitería Bieckert. Sí, enfrente. Recién. No, no tengo nada de plata, abuela, me prestaron el teléfono.

—Hagamos lo siguiente —dijo ella, y yo tuve el presentimiento de algo terrible al escuchar sus últimas palabras—: No te muevas de ahí, voy para allá.

Muchas veces se le ocultan verdades a un hijo. Muchas veces también se le inventan verdades innecesarias, o tan trágicas que luego cobran toda la dimensión latente que tienen las armas dentro de un cajón; porque hay verdades del tamaño de un suicidio —que se eligen—, y otras que se heredan y otras que nadie reconoce y se espera que algún día mueran desnutridas como un fruto arrancado por la lluvia. Alguien dijo alguna vez que nadie logra conocer nunca a sus padres. Quién sabe si al fin y al cabo no es una de las condiciones necesarias para dejarlos afrontar el ejercicio o su dialéctica. Quizá nadie se elija a sí mismo tan deliberadamente como cuando tiene la obligación de criar a un niño. Escribo esto pensando que mi abuela jamás volvió a rehacer su vida al lado de un hombre, que no hablaba de Uruguay ni de nada que tuviera relación alguna con su pasado, pasado que en cierto modo también le pertenecía a su hija, mi madre, que tampoco se permitió evocar pasajes de su infancia más allá de un aljibe o un duraznero pronto a caer siempre en la antesala del silencio.

Todo lo que no se nombra, sencillamente, no existe, me repito una y otra vez ahora que sé que por las noches hay una luna posando desnuda de verdades para madres inmunes a los arrebatos del olvido, y cuyo destino fue parir verdades ante los ojos de una ciudad ya devastada por el odio. Hay ciertas verdades que son como caballos buscando a ciegas el galope,

saltan generaciones y tarde o temprano te alcanzan para preguntarte de dónde venís realmente. Cada vez que pienso que estuve tres meses en la Escuela de Mecánica de la Armada, me pregunto si alguna vez alguien habrá pensado que tarde o temprano una duda, la menor inquietud, o el mero hecho de crecer, haría que se derrumbase todo ese mundo, y yo con él. Sobre todo yo con él. A los quince años todavía ignoraba lo que había sucedido en aquel lugar durante la dictadura militar. Mi madre tuvo la posibilidad de decírmelo y no dijo nada, mi abuela no podía ignorarlo. ¿Cómo se explica este acto tan incoherente? No lo entiendo. Un día, Paula falleció y yo me quedé más que solo en este modesto departamento de dos ambientes.

—Cuando seas un hombre vas a comprender muchas cosas —me dijo.

Supongo que aún no llegó ese momento, no sé. Releo lo que escribí, pienso en todo lo que sé y aún no he escrito e inmediatamente me siento agotado como un hombre que taló árboles durante una jornada entera: sufro la delirante ilusión de un paisaje despejado, pero lo cierto es que a mi alrededor no hay otra cosa que ruinas. Hay tardes en que necesito pensar que mi abuela no encontró otra manera de sacarme de aquella casa que no fuera aprovechándose de la obsesión que yo tenía por las Malvinas y la terrible admiración que sentía por Francisco. No sé. Ahora que ella falleció y yo no duermo más en el sillón-cama que mandó a retapizar en cuerina negra para que no quedara un vestigio que nos recordara que lo había comprado en el Ejercito de Salvación el mismo día que me fui a vivir con ella por segunda vez, estoy seguro de que nada habría cambiado nunca si yo no hubiese tenido la necesidad imperiosa de saber la verdad. No puedo decir cuándo ni cómo tomé la determinación de visitar a la hermana de Francisco. Sólo sé que, una mañana, bajo un sol afiebrado de otoño, subí al colectivo absolutamente convencido de lo que

tenía que hacer. Algo que no me hubiera atrevido nunca estando viva Paula. Mi abuela, casi escribo; debería decir la vestal que custodió el fuego de mi infancia hasta donde pudo y le fue permitido.

Un barrio con ínfulas de pueblo, pienso ahora que me veo otra vez caminando por una calle Cuenca toda lastimada de vidrieras, fumando un cigarrillo a la sombra de las cuatro columnas corintias de la iglesia de Santa Ana, encontrándome de pronto con la plaza Aristóbulo Del Valle y el Colegio Virgen Niña con sus altos paredones y espejados ventanales que parecían mirar de soslayo al viejo Cine Bernasconi. Crucé la plaza en diagonal: altos fresnos cortejaron el vuelo triunfal de una hoja de plátano que dibujó la silueta imposible de una mujer para perderse luego dentro del sagrado silencio de una calesita detenida. ¿Era esto lo que quería escribir? No. El barrio es una excusa, un modo como cualquier otro de darme tiempo. Volver a Villa del Parque después de tantos años y decir que ya no existía más la heladería Clássico, que los pinos donados por el Rotary Club habían crecido considerablemente, o acaso contar lo que ocurrió cuando antes de llegar al paso nivel dejé tres cigarrillos en el atado y me guardé el resto en el bolsillo de la camisa con el pretexto absurdo de que un desconocido grupo de chicos sentados a un costado de las vías me desterrara con prepotencia de mi expectante inquietud, solicitando un cigarrillo, exigiendo el pago de un peaje simbólico.

—¿Me decís la hora, flaco? —oí.

Fue entonces cuando devastado, absolutamente aniquilado y reducido a cenizas por ese pedido irreprochable, caminé hasta toparme con un tacho de basura, y, arrojando con despecho el arrugado atado, dudé de que realmente estuviera preparado, sentí miedo. De todos modos fui a la casa de Mirta. Me lo contó todo, quiero decir: lo que ella cree que verdaderamente ocurrió. Y ahora estoy pensando en ese lla-

mado telefónico que Francisco hacía a la casa de Julián Migliano una vez al año, cierto día de un mes que Mirta mencionó pero no recuerdo y no quisiera inventar. Llamado telefónico que recién a los doce años comencé a percibir sin comprender y que, por otra parte, terminó tres años más tarde como muchas otras cosas que se terminaron bruscamente al fallecer mi abuelo. Recuerdo que buscaban una hora precisa y que yo, como un privilegiado espectador de esa comedia humana, escuchaba la voz enérgica de mi madre gritándole a Francisco que ya era la hora.

—Ya es la hora, Francisco —decía mi madre con el repasador en la mano, manteniendo una sonrisa expectante a un Francisco que siempre le regalaba un gesto segundos antes de que lo atendieran del otro lado.

Después, rigurosamente serio, su voz grave minaba la casa de curiosidad.

—¿No me va a decir feliz cumpleaños, cuñado? Hoy es el gran día, por supuesto. ¿Cómo? ¡No! ¿Por qué me dice eso? Entiendo, sí. Que lo hago sufrir, dice usted. —Y miraba a mi madre; ahora hay que imaginar a mi madre sonriendo, asintiendo con la cabeza como un pajarito picoteando de alegría— ¿Qué cuántos pasaron ya? A ver, dígame usted cuántos años pasaron ¿Cómo? ¿O no quiere? ¿No se acuerda o no quiere? Ya sé, sí, yo lo perdoné. ¿Lo perdoné o no? Sí que lo perdoné. No, no quiero que sufra. ¿Sabe lo que quiero? Quiero que el año que viene sea usted el que me llame a mí. ¿Seguro? ¿Hoy también va a pensar en mí? Me va a regalar algo por mi cumpleaños —Y de pronto, mirando a mi madre que aplaudía como una foca, se echaba a reír, diciendo—: Cortó.

Y la risa le generaba tos, mientras mi madre se acercaba dando pequeños saltitos para finalmente besarlo en la boca sin saber que del otro lado, según Mirta, su marido lloraba un llanto de impotencia.

—Pero si no es el cumpleaños —le dije una vez a mi madre, totalmente confundido.

—No, hijo, por supuesto que no es su cumpleaños —me contestó, y no me extrañaría que fuera la fraguadora de algo tan espantoso—. Se trata de una broma que tu padre le hace al tío Migliano todos los años.

Ahí terminaba el asunto. No había posibilidad de preguntar más porque, sencillamente, no había nadie que quisiera explicar nada.

—Son cosas de los adultos —como decía mi madre cada vez que yo intentaba preguntar algo en una reunión. Sin tutearme, agregaba—: Usted escuche y cállese.

Suele decirse que cada familia es un mundo. Es un error; el universo que se le adjudica a la familia, le pertenece íntegramente a la pareja. Si con el número dos nace la pena, entonces a los hijos no les queda otro remedio que girar alrededor de esa misma pena como satélites confundidos. Hasta que un día comprenden que por medio de las palabras han sufrido un fraude irrevocable del tamaño de un viaje lunar. Las palabras, me digo, pueden construir todo un cosmos, una realidad paralela, aislar la verdad como en el interior de un témpano, pero tarde o temprano el hielo tiene que ceder al calor de otra verdad... ¿Será entonces cuando te das cuenta de que te vencen antes de que aprendas a razonar? Ahora gracias a Mirta sé la razón por la cual me ocultaron siempre el verdadero motivo de ese llamado telefónico: mi madre nunca estuvo frente a un tren abarrotado de conscriptos como tampoco se enamoró ni pudo haberse enamorado nunca de Francisco al verlo vestido de marinero porque, sencillamente, no lo conocía. La primera vez que se miraron a los ojos, Francisco estaba internado en la sala de cuidados intermedios del hospital Durand; hospital al que había sido trasladado de urgencia con un impacto de bala producido por una Browning 9mm.

El día del accidente, no se demoró en la comisaría charlando con sus compañeros ni pasó por el bar. Terminó su horario de trabajo sabiendo que a sólo tres días del gran acontecimiento aún quedaba ultimar los detalles de una celebración que prometía ser mucho más íntima de lo deseado. Por un lado porque Migliano no tenía tantos amigos como había pregonado durante años (quizá los pocos que le quedaban huyeron despavoridos al verlo convertido en policía) y por el otro, porque el dinero que Mirta había logrado ahorrar trabajando en la Galería del Este iría a parar a un hotel cuatro estrellas en Colonia.

Migliano llegó a la casa de Mirta a eso de las dos y media de la tarde: almorzó y conversó un poco con sus futuros suegros, que ya se preparaban para la siesta, se dio un baño y luego entró en la habitación argumentando, sonriente y caprichoso, un terrible dolor de cintura que seguramente la novia podría aliviar si no le negaba unos minutos de masajes. Antes de recostarse, Migliano tiró la corredera hacia atrás, recogió el cartucho eyectado y guardó la pistola en el pequeño bolso azul que luego quedó debajo de la cama, al alcance de su mano, donde lo dejaba siempre.

—Era extremadamente responsable con el arma —me dijo Mirta, la tarde que estuve en su casa—. No se separaba un metro de ella cuando venía a casa y siempre se aseguraba de que estuviera descargada y con el seguro puesto. Guardaba el arma en su bolso y luego lo metía debajo de la cama. Fue un accidente, una de esas desgracias que sólo Dios sabe por qué ocurren.

Y lo que ocurrió fue que mientras Mirta le masajeaba la espalda a su futuro marido, Francisco llegó a su casa; recogió la pila de ropa que su madre le había dejado sobre la tabla de planchar y se dirigió directamente a la que también era su habitación. Y quién sabe, tal vez fue por el modo en que abrió la puerta, o por pudor femenino, la cuestión es que Mirta,

sentada encima de un Migliano boca abajo y con la mitad de la espalda al aire, quizá creyendo que había sido El Caballero Rojo el que abrió la puerta, dio un respingo y se golpeó la nuca contra la pared lateral. La posición en la que quedaron los novios no era menos ridícula que incómoda. Cualquiera en el lugar de Francisco habría arriesgado una broma: «¡Me encanta que la gente se quiera tanto!», dijo Francisco, divertido. «A propósito, che: ¿quién decía que no está bien contar oro delante de los pobres?».

Y dándole la espalda a los novios, apoyó la ropa sobre una cómoda. Abrió un cajón.

«Cerrá la puerta, por lo menos», dijo Mirta.

«Y pensar que el pobre viejo cree que vas a llegar virgen al matrimonio», dijo Francisco. Y con voz de falsete: «No viejo, no te despiertes, dejá, seguí durmiendo la siesta mientras tu hija...».

«¡Estúpido!», gritó Mirta.

Y con la espalda ahora apoyada sobre el respaldo de la cama, agregó:

«Podés hacerme el favor, Francisco, hermanito querido, de cerrar la puerta.»

«Tenés que esperar un momento», dijo Francisco. «Ni guardar la ropa se puede en esta casa. Un día de estos, yo también me voy a ir».

Migliano, antes de levantarse y cerrar la puerta, había dicho:

«Deberías buscarte una novia, primero.»

Dicho esto, volvió a sentarse en el mismo lugar. Miraba todo el tiempo a Francisco. Mirta le acarició la espalda.

«¿Para qué?», dijo Francisco y no se apuraba por guardar la ropa. «Si tengo a mamá. Es lo que siempre me dice ella: "Para qué querés novia si tenés a tu madre, Francisquito". Decime si no es para morirse de risa. Che, alcahuete, a vos te estoy hablando», y dio media vuelta para mirar a Migliano.

«Me imagino la portada del diario», dijo; y fue la mano izquierda la que quedó levantada, dibujando un titular en el aire, porque en la derecha tenía la pistola de aire comprimido apuntando decididamente hacia la cama. «Joven pareja es asesinada por un excombatiente a sólo tres días de su casamiento».

Mirta apoyó la cabeza en la almohada y clavó la mirada en el techo: una antigua rajadura en el cielo raso que aún hoy la visita en sueños.

«No es gracioso», dijo.

Y después no dijo nada más. Al menos eso es lo que Mirta me confesó, que ni gritar pudo, que sólo alcanzó a oír la voz de Migliano como emergiendo de un sótano diciendo:

«¿A quién?».

Fue oír esa pregunta y comprender de pronto que ese ruido seco había salido de la pistola que seguramente su novio había sacado del bolso mientras ella miraba el techo, oía la pregunta, y, enseguida, la detonación; entonces el sobresalto, un susto metido en la respiración cortada y buscar instintivamente un agujero en la pared pero ver a Francisco parado en el mismo lugar con las piernas temblando... Fue entonces cuando el grito arrancado de raíz huyó hacia adentro, hacia lo más hondo, al ver la sangre y a su hermano que parecía no entender que Migliano le había disparado porque sonreía aunque tenía los ojos en blanco.

Para el momento de la detonación, El Caballero Rojo estaba profundamente dormido al igual que Luisa, pero a diferencia de su mujer, que se despertó recién cuando su marido se alzó bruscamente de la cama, no incorporó el sonido a la realidad onírica, por el contrario, la detonación debió arrebatarlo con tanta violencia que recién al tener que dirigirse a su hija tomó consciencia de que se encontraba en calzoncillos. Pero Mirta no reparó en eso, o al menos después fingió no haber reparado, como tampoco Migliano que, apenas El Ca-

ballero Rojo entró en la habitación, soltó la pistola y salió corriendo hacia la calle.

«Las llaves del auto están encima de la mesa», le dijo El Caballero Rojo a su hija.

Y Francisco, que no perdió el conocimiento sino hasta que lo subieron al automóvil, sintió el cuerpo y la mano pesada y ancha de su padre que desesperadamente buscaba obstruir con el dedo la herida por la cual salía a borbotones la sangre, cerró los ojos y se dejó sostener por completo. «¡Apurate!», gritó El Caballero Rojo, y el problema no era encontrar la llave como el hecho de que Mirta no sabía conducir: su padre nunca había querido enseñarle. «Tocale el timbre a Gustavo y decile que venga... ¡Corré, hija!». Y apoyando la espalda sobre la pared, cargó el peso de su hijo desde la cintura con el brazo derecho, mientras el dedo pulgar de la mano izquierda impedía que siguiera perdiendo sangre. «Me aguantaste una guerra, campeón, no te me vas a morir ahora. Abrí los ojos, dale, abrí los ojos. ¡Abrí los ojos, te digo! Tráeme el pantalón, Luisa.» Pero parece que Luisa no se movió, si es que realmente estaba parada frente a su hijo. «Luisa, por favor... Abrí los ojos, Francisco. El pantalón, Luisa, por el amor de Dios».

Cuando Gustavo entró en la habitación y vio el pecho de mi abuelo teñido por la sangre de su hijo, lo primero que se le cruzó por la mente fue la sonrisa despreocupada de Francisco que, unos minutos atrás, le había devuelto junto con un saludo en la puerta de la casa. El vecino atinó a alzar a Francisco pero El Caballero Rojo le pidió que fuera a buscar las llaves del auto. Debían estar arriba de la mesa del comedor. Ya no estaban ahí; las tenía Mirta.

«Tu padre necesita un pantalón, Mirta», dijo Gustavo, mientras le quitaba las llaves a una mano que se resistía.

Sin esperar la reacción, el vecino entró en la habitación de los padres de Mirta: encontró el pantalón plegado junto a la camisa y los zapatos sobre una silla. Después hubo que lograr

de algún modo que El Caballero Rojo se lo pusiera sin quitar la mano pesada y ancha del cuello de Francisco. Y lo hicieron.

«Vamos al Zubizarreta», dijo Gustavo.

Sólo cuando arrancó el automóvil, las dos mujeres parecieron comprender lo que había sucedido. Quizá por eso limpiaron el charco y la estela de sangre que había quedado derramada en el piso antes de tomar un taxi hacia el hospital.

Cuando llegaron supieron que lo habían trasladado debido a que la guardia del hospital Zubizarreta no contaba con la complejidad necesaria para ese tipo de lesiones. Eso fue lo que les dijeron pero lo que no les supieron decir en seguida fue adónde lo habían trasladado. ¿Al hospital Naval? Por un momento lo pensaron. Pero no, el hospital no había querido aceptarlo; el mero hecho de que fuera un veterano de guerra no le daba derecho alguno. La guerra había terminado y Francisco no era militar. En el hospital Durand tuvo una intervención quirúrgica rápida y eficiente; se salvó porque el proyectil no afectó la yugular interna ni la carótida primitiva. Lo más grave fue una fractura en la diáfisis del húmero izquierdo, para lo cual debieron implantarle una placa de platino con dos clavos.

¿Y Migliano? No es mucho lo que supe de él, y francamente no me interesa demasiado. De todo lo que Mirta me contó con respecto a Migliano y su detención, previo secuestro del arma y su respectivo peritaje (donde se comprobó, o se hizo comprobar, que el arma tenía una falla en el seguro del cargador: la bala había quedado encerrada en la recámara), lo que más me sorprendió fue saber que mi madre, entre cuidados intensivos y verdades incomprobables, lo convenció a Francisco de que lo mejor era saber perdonar, y, por sobre todo, de que no hiciera la denuncia.

Nadie sabe cuáles son aquellas cosas que el otro ignora, nadie pregunta por temor a que la respuesta se convierta a su vez en otra pregunta con sabor a revancha y te alcance con el

efecto de un boomerang: lleno de lucidez y violencia. El que confiesa necesita a su vez una confesión, casi lo exige, diría, y por eso mismo terminé engañando a Mirta: le hice creer que sabía lo que ignoraba y me contó muchas cosas más que nunca seré capaz de escribir.

Antes de irme de su casa, Mirta tuvo miedo al preguntarme si sabía algo de mi madre.

—No sé nada —dije.

Abrió la puerta y me dijo que hiciera lo posible por encontrarla, me haría bien.

—Sí —dije.

Sabía que mentía. A partir de ese día yo también necesitaría elegir mi pasado; tomaría una porción de lo que menos me doliera para poder seguir adelante con mi vida.

Caminé dos cuadras y paré un taxi.

—Díaz Vélez y Billinghurst, por favor —le dije al chofer.

Con las primeras luces de la avenida abrí el diario. Casi no había página que no tuviera una alusión a la guerra. Incluso había recortes de revistas que mi madre me había regalado, jugando con la palabra herencia, a los pocos meses de irnos a vivir a Villa del Parque. De pronto vi un recorte cuya fotografía mostraba a unos cuantos soldados argentinos echados cuerpo a tierra, esperando, terriblemente armados, un posible desembarco. Esa revista era mi preferida. Cada vez que un amigo venía a mi casa, no tardaba en mostrarle la página dedicada al portaaviones 25 de Mayo. Como nunca me atreví a recortarla, transcribí lo siguiente:

ASÍ QUEDÓ EL SHEFFIELD

Martes 4 de mayo. Un avión Super Etendard de la Armada Argentina despega desde el portaaviones «25 de Mayo». Lo acompañan tres Mirages. A 30 kilómetros de la flota británica el radar le señala el blanco. El piloto dispara el misil Exocet M-39 y se va. Después se sabría el resultado de este disparo: el destructor «Sheffield» estaba hundido.

Cerré el diario y miré la foto en la que se ve a mi madre cepillándose el pelo con un aire de actriz en cierne, preguntándome si sabría que Francisco, apenas unas horas después de que ella se fuera para siempre de nuestra casa, accionó el gatillo del máuser por última vez, sentado frente a la pared donde colgaba el diploma y la medalla de honor.

Índice

1 11

2 15

3 24

4 33

5 45

6 56

7 68

8 78

9 90

10 102

11 115

12 127

13 137

14 145

15 161

Esta edición
de 1.000 ejemplares
de *Cuando te vi caer*
de Sebastián Basualdo
se terminó de imprimir
el 7 de octubre de 2008
en Encuadernación
Latino América S.R.L.
Zeballos 885, Avellaneda,
Provincia de Buenos Aires,
Argentina